© Benita Galeana
Junio 2017

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Óscar de Pablo.
Diseño de interiores: Daniela Campero.
Fotografía en portada, cortesía del archivo de la Casa Museo Benita Galeana.

@BRIGADACULTURAL

Benita

Benita Galeana

Benita Galeana no es lo que se conoce como "un escritor profesional". Tampoco es, una "artífice" o "virtuosa" del lenguaje, que es una de las formas en que se ha querido considerar, a lo largo de la historia, a los que escriben. Y su libro, consecuentemente, no es un artificio ni contiene ningún virtuosismo. Por el contrario. *Benita* —que ése es el título de esta novela-biografía-poema-testimonio, y quién sabe cuántas cosas más— no es sino un libro cargado de vida, de experiencias, de esfuerzo, de superación.

Ernesto Sábato nos dice, en su más reciente novela, que un gran escritor no es ningún virtuoso del idioma sino que, sencillamente, "un gran escritor es un gran hombre que escribe". Ninguna definición podría venirle mejor a Benita Galeana, y esto se prueba con la lectura de *Benita*, su libro, que no es más que la historia de una gran mujer, y el resultado de que una gran mujer se decidiera a escribir su vida.

LA INFANCIA

Mi padre

Tenía yo dos años cuando murió mi madre. Mi padre era un hombre muy rico, tenía muchas tierras. Al morir mi madre se dio a la borrachera. Era muy bueno. Me cuentan que a veces se llenaba las bolsas de la silla de montar con dinero, y se iba por el campo repartiendo monedas a los pobres. No sé cómo perdió su capital, el caso es que cuando yo tuve uso de razón, mi padre ya estaba pobre y se pasaba la vida en las cantinas, emborrachándose.

Mis hermanos y yo, que quedamos chicos al morir mi madre, nos fuimos a vivir con mi hermana Camila, la mayor de la familia. Mi padre nos quería mucho, especialmente a mí, pero casi siempre estaba fuera, viajando por los pueblos, gastando el dinero que le quedaba.

Cuando iba a la casa, le gustaba jugar con nosotros. Lloraba cuando yo le contaba que mi hermana me pegaba y me hacía trabajar mucho.

—¡Si viviera tu madre! —me decía.

Recuerdo que un día se acostó en la hamaca. Mi hermano Agustín y yo nos subimos también a jugar con él. Nos tenía uno a cada lado. Estábamos muy contentos jugando, pero yo estaba celosa de mi hermano Agustín.

No me gustaba que mi padre lo acariciara. Entonces en un descuido le di un empujón y lo tumbé de la hamaca:

—¡Tú quítate, pendejo! —le dije.

Mi padre se enojó.

—Te voy a dar una cueriza —me dijo— no porque aventaste a Agustín, sino por el "pendejo". No me gusta que hables así.

Siempre llevaba una cuarta en la mano y yo creí que me iba a dar de cuartazos. Pero entonces cogió un hilo de la hamaca, lo dobló y con eso me pegó. Lloré mucho, de sentimiento, porque él nunca me había pegado antes.

Como había sido muy rico, no sabía trabajar. Cuando me encontraba rajando leña, me quitaba el hacha para ayudarme, pero no podía; el hacha se le iba por un lado y yo me daba cuenta de que él no sabía hacer nada y por eso, cuando ya estaba pobre, no podía evitar que sus hijos sufriéramos.

Mi padre odiaba a Camila, su hija mayor, por el mal trato que nos daba a nosotros y porque era muy grosera con él.

A Camila le habían tocado los tiempos de riqueza y estaba muy mal acostumbrada. Tenía muchos pleitos con mi padre y como éste la odiaba no le daba ni quinto.

Un día me dice Camila:

—Hija, tu padre vendió una carreta de arroz y se fue a emborrachar a la cantina. De que se gaste el dinero a que se lo coman ustedes, mejor será que vayas a espiarlo y le robes el "garné" donde guarda el dinero.

Me fui a la cantina a espiarlo. Vi que sacó un pañuelo con dinero. Lo desamarró. Sacó unas monedas. Volvió

a amarrarlo y lo metió en el "garné". Extendió el brazo y puso el "garné" en el suelo, debajo de la hamaca. Entonces, yo entré a gatas, cogí el "garné" y me fui corriendo a la casa. Pero un amigo que estaba con mi padre me vio. Le dijo:

—Ya tu hija te robó el "garné".

Al poco rato llegó mi padre a la casa. Yo me espanté. Pero como él era bueno conmigo, no le tenía tanto miedo como a mi hermana. Me llama:

—Ven acá, ¿por qué has ido a robarme? ¿Quién te mandó? Tú no debes hacer eso nunca. Además, en las cantinas hay muchos borrachos, no debes entrar aunque yo esté. Dime, ¿quién te mandó a robarme?

—Camila —le contesté.

Mi padre se puso furioso. Se levantó y me puso a buscar a mi hermana:

—¡Camila! ¡Camila!

Camila no contestaba. Estaba escondida detrás de una cortina de manta, oyendo todo. Mi padre seguía hecho una furia.

—¡Hija de la chingada! —decía. —¡Mandar a mi propia hija a que me robe, a la cantina! ¡Cabronsísima, me la vas a pagar!

Por fin encontró a Camila. La cogió de las trenzas y la sacó arrastrando de donde estaba. Luego la agarró a patadas. Camila, caída en el suelo, se defendía como podía de las patadas y le decía a mi padre:

—¡Déjame ya, viejo desgraciado, porque te mato!...

Esto acabó de enfurecer a mi padre, que gritó cada vez más enojado:

—¡Yo soy el que te va a matar, ahorita mismo, desgraciada! ¡Tú no mereces seguir viviendo!

Cogió un hacha que estaba recargada en una pared. La levantó y le sorrajó con todas sus fuerzas un hachazo en la cabeza. Yo pegué un grito y me fui a esconder en un rincón del cuarto, temblando de miedo.

El hacha se le canteó un poco a mi padre que no sabía manejarla y además, como Camila también se sacó, pues sólo le llevó un pedazo de cuero cabelludo y le hizo una pequeña herida. Camila se levantó y corrió fuera de la casa.

Mi padre me cogió entonces de la mano y salimos a la calle. Él iba llorando en silencio. Le rodaban las lágrimas por la cara.

—Si viviera tu madre —repetía— no pasarían estas cosas.

Mi padre siguió emborrachándose con más ganas. Desapareció del pueblo por algún tiempo. Mi hermana me puso una paliza que ya me mataba, para desquitarse. Poco tiempo después murió mi padre. Toda la gente lo sintió mucho porque era muy bueno con todos. Fue velado en la casa de mi tía Antonia por espacio de tres días y enterrado en una caja de cristal. De todos los pueblos cercanos vinieron gentes a velarlo.

Camila

Tenía seis años. Allí empiezan mis memorias. Las primeras palabras que recuerdo son éstas:

—Pero, mujer, ¡si está muy chiquita!

—¡Qué chiquita, si ya está bastante grande! ¡Ya tiene seis años! ¡Ya está buena para que ayude a trabajar… y por eso la chingo, para que aprenda!...

—¡Pero ese trabajo que hace es para una mujer!

—¡Pues así se aprende, desde chica!

Muy temprano me levanté a limpiar las hojas para preparar el amasijo. Empecé a amasar. Hice un pan tan más feo que me costó una paliza; como no sirviera para la venta, me pusieron a hacer charamuscas para salir a vender a la calle y sacar lo que se perdió en el amasijo. Las hice bastante bien y como ya había llevado una paliza, salí a la calle a venderlas con ganas de que se acabaran las mentadas charamuscas. Se le ganó bastante.

Luego aprendí a amasar, a hacer dulces. A hacer tamales de todas clases. Hacía también las tortillas para ir a dejarlas a la milpa, para que comieran mis hermanos. Esto lo hacía temprano, para volver a vender en el resto del día y para que a las seis de la tarde que regresaba mi hermano, ya estuviera lista la cena. Les daba de cenar y luego a batallar con los hijos más chicos de mi hermana, a cantarles hasta que se durmieran. Mi hermana tenía un pabellón para los mosquitos. Yo dormía en una hamaca, sin pabellón, con el niño. Entre el chamaco y los zancudos, no dejaban dormir en toda la noche. Al día siguiente, a trabajar duro.

Aprendí a matar puercos, a ordeñar vacas, a hacer jabón, queso, a sembrar toda clase de semillas y a levantar la cosecha.

Cada año íbamos a sembrar arroz a una isla que queda como a un día de camino. Allí me levantaba a las cinco de la mañana, para pelar el arroz y darles de comer a los peones que eran como cien o más. Se pilaba como media fanega. Lo ponía a cocer para tenerlo listo a las siete de la

mañana que salían a trabajar y llevaran para comer en la labor. Después, iba por el agua. Allí había que hacer cola, porque era un pozo: el que llegaba primero llenaba un bule y luego dejaba el lugar y otro así.

Cerca de la casa donde vivíamos, había un estero. El estero estaba lleno de lagartos. Como estos no tenían que comer, se salían a buscar comida. Seguido se llevaban los animales. Había uno, muy grandote, que le decíamos "El Panteón", porque se bajaba hasta una vaca. Ya se había bajado a varias. Nosotros nos habíamos familiarizado con los lagartos y ya no les teníamos miedo. Sabíamos cómo defendernos de ellos. Nunca dejábamos que se nos pusieran de lado. Para luchar con ellos, había que llegarles por delante, porque así no atacan. Luego, les brincábamos al lomo y los cogíamos de las dos patas delanteras y los volteábamos boca arriba. Enseguida, les metíamos una estaca en el hocico para que no mordieran.

Una noche se nos metió un lagarto a la casa donde vivíamos. Estaba yo sola con mis hermanos, pues mi hermana y mi cuñado habían salido. Noté, a media noche, una peste muy fea. Comprendí que por ahí andaba un lagarto, pues todos apestan.

—No se muevan, que allí está el lagarto —les dije a mis hermanos.

Dormíamos todos en una hamaca grande, cuando no estaba mi hermana. La noche estaba muy oscura y yo no podía ver por dónde andaba el lagarto. Tuve que orientarme por la peste, pero no era posible porque todo el cuarto estaba corrompido. Entonces, arriesgándome, me bajé por un lado de la cama, arranqué una palapa de

la casa y la prendí. Con eso descubrí el lagarto y me le eché encima. Como los lagartos le tienen miedo al fuego, corrió y se fue al estero. Lo vi tan grandote que yo creo que era El Panteón.

Otras veces, para entretenerlos y evitar que se salieran a bajarse a las vacas, se les ponían carnadas, especialmente panzas de res, colgadas sobre el estero. Los lagartos se quedaban allí, esperando coger la carnada.

En ocasiones, me mandaban al otro lado del estero a traer cuajo para hacer los quesos para cambiarlos cuando llegaran las que llevaban carne, chorizo, jitomates y otras cosas. Cambiábamos comida por comida.

Como yo era muy golosa, me gustaba robarme el arroz o los huevos, para cambiarlos por fruta para mí y mis sobrinitos que eran bastante chicos. ¡Pero ya había unos grandes y si no les daba de lo robado, me acusaban con mi hermana y ahí está otra paliza! Me pegaba con machetes, con palos, con lo que encontraba... o me arrastraba de los cabellos... en fin, ¡como no era mi madre!... ¡pues ay de mí, qué palizas me llevaba!

Tenía yo ya como ocho años, cuando oí hablar por primera vez de México. Pensaba que, cuando fuera grande, me iría a México. Pero la gente allá usa zapatos —me decía— y yo no los tengo; pero cuando esté más grande, ¡robaré arroz para comprarme unos!

Por esa época hubo mucha hambre, porque el estero se secó. Pero en cambio hubo bastantes camarones, que no se sabe cómo llegaron, y entonces todas las mamás mandban a sus hijos a recoger camarones. Nos decían:

—Tengan cuidado que no se los vaya a comer un lagarto; fíjense bien, porque están enterrados en el lodo.

Un día salí a buscar camarones, llevándome a uno de los chicos de Camila, mi hermana, que apenas tenía un año. Mi hermana me dijo:

—Ten cuidado con el niño; no lo dejes en el puente y se vaya a caer o se lo jale un lagarto.

Cuando llegué al estero, se me olvidó el encargo que me había hecho mi hermana y como encontré a muchos niños con quienes jugar, senté al niño en el puente para que no se lo comiera el lagarto en caso de que saliera y porque creí estaría más seguro. Yo me fui a jugar con los muchachos.

Hubo un momento en que el niño empezó a llorar y me fui a ver qué pasaba. Me di cuenta de que empezaban a salir los lagartos a asolearse y que tal vez ya no nos íbamos a poder ir. Cogí al niño y busqué por todos lados por donde no hubiera lagartos, para salir, pero del miedo que tenía no sé cómo me soltó el niño y se me fue de cabeza al lodo, donde se encontraban los lagartos…

Yo nomás pelaba los ojos y no sabía que hacer. Me puse a dar gritos. Entonces vi que ya los lagartos empezaban a sacar la cabeza y entonces no tuve otro remedio que tirarme al lodo para sacar al niño o que me comieran a mí también los lagartos, al fin que, de todos modos —pensaba yo— me matarían de una paliza.

Como pude saqué al niño; lo limpié. Como se le llenó todo de lodo, la boca, los ojos, la nariz, los oídos, el niño se estaba ahogando. Yo le pegué en la espalda, para que echara lo que se había tragado. El niño ya no lloraba y noté que se había hinchado. Me puse a dar gritos y a llorar. La gente llegó corriendo:

—¡Qué barbaridad! ¡Ahora sí que te mata tu hermana! —me decían.

Llegó la hermana.

Dicho y hecho. Por principio de cuentas me dieron una paliza que estuve en la cama. El niño seguía muy malo. Tenía rota la espina dorsal. Otra paliza. Seguía hinchado. Otra paliza. Así duró diez días. Luego se murió. En esos días fueron palizas fenomenales para mí. Yo ya estaba como loca de tantos golpes.

Pasó el tiempo. La cosa se fue olvidando. Yo seguí trabajando, saliendo a la calle a vender de lo que se hacía: un día pan, otro día dulces, otro arroz de leche, jabón, panza, nanches, tamales, sandías, melones, todo se vendía y cuando no había plata, las cosas que no se vendían eran cambiadas por sal, cal, maíz, camotes, de todo lo que se ponía enfrente y que nosotros no teníamos: puercos chiquitos, gallinas, pues, la otra gente tenía necesidad de lo que yo llevaba y así hacíamos trato.

Después de vender en la calle, llegaba yo rendida a la casa… y a seguir trabajando con la cena… y así todos los días.

Las palizas se habían alejado un poco, porque yo trabajaba duro. Pero luego volvieron a repetirse casi todos los días, por culpa de mi cuñado Pedro.

Mi cuñado era un campesino joven, alto, delgado, fuerte. Yo tenía que darle de almorzar antes de que se fuera a la labor. Yo renegaba porque él era muy tragón y me obligaba a hacerle muchas gordas, y… ¡claro!, yo tenía que moler más.

—Benita, ¡dame más gordas! —me decía.

—¡Pero si te acabo de dar dos!

—¡Cómo hijos de la chingada quieres que tenga con dos gordas!

Yo me ponía a moler más y lo odiaba con más ganas. Era muy malo conmigo. Siempre se ponía de parte de Camila, contra mí.

Una noche ya estábamos todos dormidos, me desperté. Sentí que una mano testereó y andaba tentando en la cama, como buscando algo. Como dormíamos todos mis hermanos en la misma cama, pensé que sería la mano de alguno de ellos. La cogí y sentí que no, que era una mano grandota, de hombre: Reconocí enseguida la mano de Pedro, mi cuñado.

Estaba muy oscuro. Me levanté sin hacer ruido Y fui adonde guardaba los fierros que yo usaba cuando mataba puercos. Cogí un cuchillo y me volví a la cama. Al poco rato volvió la mano a andar tentando. Se la cogí rápidamente y con el cuchillo le di una cortada. Nomás oí un pugido, pero no dijo nada. Dejó un reguero de sangre.

A la mañana siguiente, Pedro no estaba porque se había ido a la labor muy temprano. Me dice mi hermana:

—¿No has visto a Pedro?

—Sí —le dije. —Anoche me cayó en la cama…

—¡Cómo!

—…y le corté una mano.

Camila me echó una mirada terrible.

—¿Y por qué no gritaste; por qué no me llamaste?

—Pues… no se me ocurrió…

Mi hermana se fue inmediatamente a ver a Pedro a la labor. Salió de la casa renegando: ¡Ay, hijo de la chingada! ¡Ahorita arreglamos cuentas!

Allá se dieron una buena "peliada". Luego regresó furiosa y recaló conmigo, me dio una paliza tremenda porque no había gritado. Pedro dejó de venir diez días a la casa. Cuando volvió traía la mano vendada. Le había cortado dos dedos de la cuchillada.

Una desgracia a cualquiera le pasa

A Camila no le convenía que yo fuera al colegio porque yo era la de todo en la casa. Yo hacía el quehacer y, además, llevaba dinero de lo que vendía en la calle. Ella prefería tenerme allí todo el día para explotarme a su antojo.

Algunas veces, cuando yo veía que los muchachos de mi edad iban a la escuela y se divertían jugando, me daban ganas de ir yo también y le decía a mi hermana:

—Camila, yo quiero ir al colegio.

Pero Camila se hacía la disimulada y no me mandaba, porque, claro, ¡le tenía cuenta que no fuera! Pero una vez, después de tanto insistir, me compró un silabario y me hacía que me lo aprendiera de memoria. Pero a mí me hacía falta la compañía de los muchachos para jugar. Entonces ella me dijo:

—Si te aprendes el silabario en una semana, te dejo entrar de pastora en la pastorela.

A mí me dio mucho gusto y me puse a estudiar duro el silabario.

En mi tierra se acostumbra por navidad que algunas personas pongan en su casa un nacimiento. En una pieza,

sobre alguna mesa, ponen al niño Dios en medio de muchas matas y heno. Luego invitan a los vecinos; cantan, rezan y toman pinole y buñuelos. Si alguna vez alguien se halla en un apuro muy grave, ofrece como manda llevarle al niño la pastorela.

Entonces contrata a los pastores para que le canten al niño y se hace la fiesta en grande. Por entonces tendría yo nueve años.

Se acercaba la fecha de los nacimientos. Todas las noches yo iba a ensayar la pastorela con un grupo de muchachos. Para que mi hermana me dejara salir de pastora, me ponía a estudiar con ganas el silabario. Me estaba horas enteras repitiendo: be o, bo; de e, de; ge a, ga: bodega. Y así hasta que se me metía bien en la cabeza.

Por fin llegó la fecha en que teníamos que ir a cantar a un pueblito que está cerca de San Gerónimo, que se llama Los Toros.

Había un tipo afeminado, que se llamaba Melitón. Había puesto nacimiento y contrató la pastorela para que fuera a cantarle al niño. Yo estaba con mucho alboroto. Mi hermana me había mandado hacer un vestido muy bonito, color de rosa, de linón. Tenía ya mi báculo y mi sombrero floreado y me había aprendido de memoria también la relación que tenía que decir ante el niño: "Yo, por ser la más chiquita, vengo más avergonzada; dicen que traigo al niño, pero no le traigo nada".

Todo estaba arreglado. Mi vestido largo color de rosa de linón bien planchadito; me sabía de memoria mi relación; por fin iba a salir de pastora. ¡Estaba encantada! La víspera del gran día me di una hartada de arroz de leche con coco y me acosté a dormir muy temprano.

Al otro día me sentía muy molesta, con el estómago hinchado, pero yo no hice caso ni le dije nada a mi hermana y me arreglé rápidamente, para estar lista cuando llegaran por mí.

Cuando íbamos en la carreta, empecé a sentir retortijones en las tripas, pero me aguanté sin decir nada. Por fin llegamos a casa de Melitón. Ya había mucha gente que nomás estaba esperando que llegara la pastorela para empezar la fiesta.

Las tripas me seguían gruñendo, pero en esos momentos yo no podía ir a ninguna parte. Me aguanté.

Se organizó la pastorela. La costumbre es que las pastoras y pastores bailen delante del niño uno por uno, diciéndole alguna relación, y el último le ofrece un regalo.

Por ser la más chica de la pastorela me tocaba a mí empezar. Las tripas me seguían gruñendo. ¡Ya no aguantaba! Hice un esfuerzo y salí a bailar entre las filas de los pastores:

"Yo, por ser la más chiquilla, vengo más avergonzada...".

Al empezar a bailar me arreciaron los retortijones en el estómago. Sudaba frío, pero seguí adelante haciéndome fuerte:

"...dicen que le traigo al niño, pero no le traigo nada".

Hice una reverencia y ¡claro!... pues ¡sucedió la cosa!

Sentía que algo caliente me escurría por las piernas. La gente que estaba cerca de mí se empezó a tapar las narices. Otros se echaron a reír y a pedir que me sacaran.

Melitón llegó en ese momento:

—¡Ay, mujer! ¡Mira nomás! ¿No te da vergüenza? ¿No que no le traías nada al niño? ¡Mira nomás lo que fuiste a traer...! ¡Llévensela al río...!

Me salí muy enojada y me fui al río. Me quité el vestido, mi vestido de linón color de rosa acabadito de estrenar y lo lavé. Me bañé y regresé a la fiesta, pero ya no me quisieron dejar bailar y no me dejaron comer hojuelas. Me estuvieron boicoteando todo el día.

Pero lo peor fue cuando llegué a la casa. Cuando me vio Camila con el vestido todo arrugado y húmedo me dijo:

—Pero hija, ¿qué te pasó? A ver, dime, ¿por qué lavaste el vestido? Algún hombre te agarró y abusó de ti. ¡Dime quién fue!

—¡No fue eso, de veras!

Pero mi hermana no esperó que le explicara y me dio una paliza fenomenal.

—Dime quién fue el que abusó de ti —me gritaba.

—Te digo que no fue eso.

—¿Entonces qué fue?

—¡Pues... me zurré!

Otra paliza. Pero Camila no quedó convencida. Tuvo que llamar a Melitón para que le contara lo que había pasado.

—Sí, fue cierto —dijo el afeminado— y otra vez que le toque ir a otro lado, no le des de cenar arroz de leche con coco…

La cucha

Mi vida seguía igual: trabajar en la casa, cuidar a los chamacos de Camila y salir a vender. Ya había perdido la

esperanza de salir del pueblo. Como no venía el hombre que me llevara, pues ya me había resignado.

Un día salía a vender jabón al pueblo de El Arenal. Por el camino encontré a doña Chana, la saligana, con una puerca recién parida con varios puerquitos. Como yo me había criado entre los puercos, sabía conocer muy bien a los cuinos de los que van a crecer y dar mucha carne. Uno de los puerquitos de doña Chana me gustó y le dije:

—Le compro esa cuchita alazana. ¿En cuánto me la da?

—No niña, no te la vendo.

—Véndamela, doña Chana, está muy bonita.

—Bueno, dame un tostón por ella.

—Pero es que no traigo dinero. Se la cambio por jabón.

La viejita aceptó. Le di cincuenta centavos de jabón y cogí mi cuinita. Llegué a la casa con ella, encantada. Camila no me regañó por el cambio que había hecho.

Desde hace tiempo tenía yo ganas de comprarme una cadena de oro. En mi pueblo se acostumbra que todas las muchachas lleven collares, aretes, prendedores de oro que les regalan sus padres. Yo tenía la ilusión de una cadena de oro y, como no tenía padres que me la regalaran, pues pensé que engordando la cuchita podría tener después dinero para comprarme mi cadena. Desde entonces la cucha se llamó "La Cadena".

Yo la quería mucho. Le daba de comer al pie del metate, mientras estaba moliendo. Le ponía un puño de nixtamal. Cuando la cucha se lo acababa me trompeaba con el hocico para que le diera más. Me seguía a todas partes.

Muy temprano me esperaba cuando me levantaba en las madrugadas. Era lo único que me acompañaba. Yo la abrazaba y le rascaba la panza. Las dos nos queríamos mucho.

Ya habían pasado como cinco meses.

Una vez me mandaron a traer queso. Al regreso se soltó una tormenta y cuando llegué a San Gerónimo vi que el río se había desbordado y ya no pude pasar a la casa. Me encontré a Camila de este lado, que había sacado a los niños y lo que pudo. Por el río andaban ya muchos pangos salvando a los inundados. La tormenta seguía.

—¿Y mi cuchita? —le pregunté a Camila.

—Pues fíjate nomás, pobre de la cucha, no pudimos sacarla. Apenas tuve tiempo de coger algunos trapos.

Así, vestida como estaba, me tiré al río y me fui a buscar a mi cuchita, pensando que si se ahogaba no tendría mi cadena de oro. Tenía la esperanza de que estuviera atorada en algún palo y pudiera salvarla. Estuve nadando por todos lados en medio de los remolinos. La creciente seguía subiendo… y nada de la cucha.

Como vieron que no volvía fueron los pangos a recogerme. Me sacaron del agua. Yo iba llorando por mi cuchita. Camila me consolaba.

—Ya no llores mujer; después te compraré otra cucha.

La tormenta seguía con más fuerza. El río arrastraba las casas o las destechaba. Las gentes se metieron a la iglesia a rezar. Yo me salí a ver la tormenta, cómo se llevaba las casas.

Después Camila nos llevó a la casa de mi tía María. Allí pasamos la noche. Yo, pensando en mi cuchita, ni podía dormir. Al día siguiente, a la hora del almuerzo, nos dieron carne de cuchi con chile.

—¿Bueno, y quién mató ayer? —le pregunté a Camila.

—¿Pues qué, no te diste cuenta que fui temprano allá arriba? Apenas si alcancé.

Etelvina, una de las hijas de Camila, se me acercó. Me quería mucho porque yo me había hecho cargo de ella. La había criado casi como si fuera mi hija. Cuando yo le pegaba, no me denunciaba con Camila, como los otros sobrinos. Prefería que le pegara yo y no su madre.

—Beni, y la cuchita cuando la estaban matando, nomás hacía: Quirrrr, quirrrr, y allí nomás quedaron los pelos...

—¡A poco mataron a mi cuchita!

Me levanté y fui con Camila.

—¿Mataste mi cucha, Camila?

—No, hija...

—¡Entonces estos pelos de quién son! —y le enseñé un montón de pelos de "La Cadena".

Camila ya no pudo negarlo.

—Pues sí es cierto, la matamos; ¿no ves que la corriente se llevó todo?

—Sí, se llevó todo... ¡y también mi cadena de oro!

Camila contra Guadalupe

Yo ya estaba cansada. Pensaba: ¿cómo no viene un hombre y me lleva para México? ¡Quiero irme donde no me den ganas de volver a ver esta tierra mía, tan fea, donde puros sufrimientos he tenido!

—Pero, ¿cómo nos vamos? No seas los deseos. ¡Crecí y nada! Perdí todas las esperanzas y hasta me olvidé de

los pensamientos de venirme a México. Como no había quién llegara y me trajera… ¡Pues ya!

Un día me fui a lavar al río y les conté a las muchachas que tampoco tenían mamá, que quería irme del pueblo.

—¡Vámonos —les decía—, vámonos lejos de aquí, donde no nos vean!

—Pero, ¿cómo nos vamos? ¡No seas tonta!

—Yo me robaré algo de mi casa. Ustedes también se roban algo y nos iremos lejos.

—¡Pero, adónde! Si nos buscan… ¡y luego, qué paliza!

—No le hace, vámonos, nos esconderemos, caminaremos de noche y de día dormimos.

Las muchachas no se animaban pero al fin se resolvieron.

—¡Pues vámonos! ¡Qué caray!

Nos largamos a la aventura. Salimos. Era una noche de luna. Cruzamos el río. Había un silencio que casi oíamos el ruido de nuestros corazones. Nos fuimos por el monte para no dejar las huellas en los arenales. Entonces yo llevaba miedo, pero como ya había salido de la casa no me quise volver y animé a las muchachas y les di valor. Una de ellas lloraba:

—¡Adónde me llevas, Benita! Tú tienes la culpa que nos robe algún hombre. ¡Ya verás lo que nos pasa!

—Yo, de mi parte, ¡que me robe!

No tardamos mucho en caminar, cuando oímos un tropel de bestias que corrían. Nos escondimos y sacamos las cabezas para ver quiénes eran y para dónde iban. Nos

dimos cuenta de que eran nuestros hermanos y otros familiares de las demás chicas. Empezó el miedo a la paliza que íbamos a llevar. Por fin que pasaron y no nos vieron. Pero al regreso nos encontraron y con una coyunda nos agarraron a golpes, que ya nos salía sangre.

Así llegamos al pueblo. La gente salió a la calle por los gritos que dábamos:

—No les peguen ya —decían. —No lo volverán a hacer, ¿verdad Benita que tú no lo vuelves a hacer?

Yo callada.

—Di que no, para que ya no te peguen.

Yo callada.

Entonces me colgaron de una reata y me quemaron los pies con una hoguera hecha con hojas de maíz. Ya no aguanté más y les dije:

—¡Ya no me vuelvo a ir!

—Bueno. Esto que te sirva de lección. ¡La próxima vez te matamos!

Me acosté, pero no podía dormir de los dolores. No tenía un lugar sano en todo el cuerpo. Al otro día empezó la cosa:

—¡Muchacha cabrona! ¡Tan chiquita que estás y ya andas con esas cosas!

De nuevo a trabajar. Pasó el tiempo. La aventura se olvidó. Pero yo cada vez tenía más ganas de largarme. Un día llegó al pueblo un circo. Yo me hice amiga de unos muchachos que trabajaban en los trapecios. Les decía:

—¡Cómo me gustaría irme de maromera, con ustedes!

—¡Pues ándale, vámonos!

—¿De veras me llevan?

—¡De veras!

El día que se fue el circo, yo me fugué, pero alguien me vio y corrió a decírselo a mi hermana.

—¡Qué barbaridad! —decía. —¡Se me fue el hombre de la casa!

Buscó quién le prestara remuda y fue a alcanzarme. Me regresó a la casa. Pero esta vez no me dio ninguna paliza. Al contrario, me trataba muy bien, pero yo sabía que lo hacía no porque me quisiera sino porque yo sostenía la casa con mi trabajo y le convenía tenerme allí. ¡Yo la odiaba!

En el pueblo había un viejo medio rico que se enteró de lo que había pasado y dijo: "Yo me caso con Benita. Es una chica buena y además es bonita, joven y como además ella no quiere estar en su casa, pues yo me voy a hacer su novio".

El viejo ya era como de sesenta años, viudo como once veces. Tenía como treinta hijos. Un día me salió al río. Me llamó y me dijo:

—Benita, yo me caso contigo.

A mí me dio miedo. Le contesté:

—¡Váyase, porque si me ven con usted me pegan!

—Estoy seguro de que en tu casa no te pegarán. Al contrario, te darán conmigo. Hoy mismo te pido. Nos casaremos luego y te daré lo que tú quieras. Serás la dueña de mis bienes. Serás rica. Te compraré zapatos, vestidos, todo lo que tú quieras.

Dime que te casas conmigo. Ya ves cómo las mujeres me quieren porque yo soy bueno con ellas. Tengo

la mala suerte de que se me mueren, pero eso no quiere decir que tú te vas a morir también.

Entonces, como yo había oído decir que el viejo las mataba, que por eso cada año se casaba con una nueva, le contesté:

—Mire, usted no me mata a mí. En primer lugar no quiero nada de su dinero y, en segundo, es un viejo.[1]

—¿Pero si en tu casa te pegan, por qué no nos casamos?

—¡Pues no!

Me voy; lo dejo plantado. El viejo va a ver a una señora para que me fuera a decir que me casara con él. Me convenció. Le dije que sí me casaba con él. El viejo se puso recontento al saber que yo ya había estado de acuerdo en casarme. Inmediatamente fue a ver a mi hermana. Le habló. Mi hermana me llamó. Me preguntó si yo quería casarme para darme inmediatamente. Me dice:

—¿Ya sabes cuántos años tienes?

—¡No!

—Pues tienes como trece. Pero si tú te quieres casar, te doy desde luego.

—Bueno, me caso.

—Pues arregla tu boda.

Así quedó la cosa. Yo no arreglaba nada. Pasó el tiempo y no había boda. El viejo seguía insistiendo, me hacía regalos, me prometía un montón de cosas, pero como no lo quería no le contestaba nada.

—¿Cuándo nos casamos, Benita? —me decía.

—Ya mero —le contestaba.

Yo pensaba para mí: si me caso con este viejo, me voy con el dinero que me dé.

Pasaron los días y empezó a arreglarse la boda. En el pueblo se supo que yo me iba a casar con el viejo y toda la gente me preguntaba:

—¿Benita, ¿te casas con ese viejo tan malo, tan muerto de hambre como es? ¿No sabes que mata a sus mujeres para luego casarse con otras? ¡Y con tantos hijos como tiene! ¡No te cases, no seas tonta!

—¡Pero si ya en mi casa me dieron! —les decía yo. —¡Y no tenemos para pagar lo que se ha gastado!

—¡No le hace, no te cases, dile que se vaya al diablo!

Tanto me lo dijeron que así lo hice. Al día siguiente que fue, le dije:

—¡Siempre no me caso con usted!

—¡Cómo que no te casas! Si ya tengo tu vestido. Además tus hermanos son pobres, ¿con qué me pagarán lo que he gastado?

—¡Pues lo que sea, pero yo no me caso con usted, viejo desgraciado!

—Pues ahora se lo digo a tu hermana.

Fue. Le dijo no sé cuántas cosas. Me llamaron. Me dijo mi hermana:

—¿Con que no te casas?

—¡No!

—¿Por qué? ¿Porque está viejo o es que tienes novio?

Yo me callo.

—¡Di por qué! ¿Con qué le vamos a salir ahora? ¿Con qué le pagamos lo que ha gastado? Te ha regalado anillos, un collar de oro, todo lo que tú querías. ¿No me decías que trabajarías de día y de noche para poder comprarte un collar? ¡Pues, ahora, regresa lo que te ha dado!

Salí y los traje. Se los tiré en el suelo.

—Bueno, esto no se queda así —decía el viejo. —¡Todo el mundo sabe que en este día me caso...!

Salió de la casa furioso. Yo comprendí que el viejo tramaría algo contra mí. Entonces yo no perdí tiempo. Hice que una amiga mía me escribiera una carta para mi hermana Guadalupe, que estaba en Acapulco. Le contaba todo lo que me pasaba. Le decía que fuera por mí.

A los pocos días llegó Guadalupe. Camila se sorprendió:

—¡Qué hubo, qué vienes a hacer!

Cuando Camila supo al fin a qué iba mi otra hermana, se puso muy enojada. Entonces ya no quería dejarme ir.

Mis dos hermanas discutieron. Viendo que había dificultades, Guadalupe arregló todo para que nos saliéramos como fuera. Volvieron a discutir:

—Benita ya no quiere estar aquí contigo, así es que me la llevo.

—Pero cómo te la vas a llevar, si me hace mucha falta.

—Pues será, pero yo no permito que la vayas a casar con ese viejo.

Seguía la cosa; Guadalupe que me iba con ella. Camila que no me dejaba ir. Entonces Guadalupe, ya enojada, dijo:

—¡Pues me cueste lo que me cueste, pero yo me la llevo!

Camila se levantó y cogió un cuchillo:

—¡Primero te mato, antes de que te la lleves!

Yo corrí a donde estaban los machetes y cogí dos, uno para Guadalupe y otro para mí. Me puse a su lado, muy

cerca de ella. Al ver eso, Pedro se levantó de donde estaba y muy despacito se acercó adonde estaban los machetes. Cogió el suyo. Mis dos hermanas seguían alegando.

—No creas que me asustas, Camila. Y lo que es Benita, se viene conmigo.

—¿Verdad que no te vas, hija? —me decía Camila.

—¡Sí me voy!

—¡Pues aquí nos lleva la chingada a todos, pero Benita no sale de esta casa!

—¡Ah, qué carajo! Veremos si no sale… ¡Yo vine por ella y no me voy sin ella!

Con el machete listo, Guadalupe y yo nos fuimos acercando a la puerta. Camila quiso atajarnos, pero Guadalupe se le echó encima con el machete.

—Y tú qué hijos de la chingada haces, que no me ayudas —le dijo Camila a Pedro, mi cuñado, que estaba nomás viendo, sin saber qué hacer. —¿Vas a dejar que esta cabrona se lleve a Benita?

Pedro se nos echó encima, pero nosotras le hicimos frente con los machetes. Luego, nos echamos a correr, por el correr, hacia donde estaban los caballos. Era una noche de luna. Yo quise salir por una puerta que había en el corral, pero por el susto y la carrera no me fijé y fui a dar contra los alambres de púas. Camila y Pedro venían detrás de nosotras.

—Córrele —me decía Guadalupe.

Yo pasé por entre los alambres desgarrándome el vestido. Camila seguía gritando insolencias y amenazando con el cuchillo.

—¡Nos volveremos a ver, hija de la chingada!

—¡Tú chinga a tu madre, cabrona!

Así se despidieron mis hermanas.

¡Ya tengo zapatos!

Caminamos toda esa noche, porque temíamos que el viejo al darse cuenta de que me había ido, saliera a buscarme con algunos soldados. Pero el viejo no se dio cuenta hasta mucho después.

Llegamos a Acapulco. Mi hermana me compró zapatos. Me arregló.

Al principio me trataba bien. Pero a los pocos días… bueno, ¡qué vida llevaba!

Me ponía a planchar; como yo nunca había visto cómo se planchaba, pues le quemaba la ropa. ¡Una paliza!

—¡Pero qué le hace, yo ya tengo zapatos!

Me ponían a hacer sopa. Pues como no sabía, se me quemaba. ¡Otra paliza!

—¡Pero qué le hace, yo ya tengo zapatos!

Que ponte a almidonar; como en mi pueblo no se conocían esas cosas, era una de palizas a todas horas. ¡Qué vida llevaba!

Ya en Acapulco empecé a tener amigas. Me decían: "¿Benita, por qué no tienes novio?".

—¡Porque no encuentro quién se enamore de mí!

—¡Pero si hay tantos muchachos! Yo tengo un amigo que me dijo que tú eras muy bonita.

—¿Quién eres tú? ¿De veras te dijo eso?

—¡De veras, de veras!

¿Qué, seré bonita?, me preguntaba.

Al día siguiente salió mi hermana a un mandado. Me arreglé. Me pinté la boca y como no sabía pintarme,

me veía horrible, pero como mi amiga me había dicho: "píntate, para que cuando pase, te vea guapa", pues me di una pintada terrible.

Pasó el joven con mi amiga. Salí a verlo. Luego que me vio se acercó. Entonces yo corrí a mi casa y lo estuve viendo por la ventana, por una rendija. Cuando se fue me quedé llorando y me dije: ¿Así serán los novios? Porque creo que ya soy su novia. ¿Ahora qué me dirá? Estuve esperando todo el día que pasara. ¡Hasta que por fin!

Era un joven como de 15 años. No sé. Yo estaba loca de contenta al pensar que ya tenía novio, pero también pensaba en la paliza que me esperaba cuando… ¡Pero no, ni había hablado siquiera con el muchacho! ¡Y yo ya pensaba que así eran los novios!

Al día siguiente, como de costumbre, fui a la plaza para la compra que se hace diario. Lo primero que me encontré fue al joven... Entonces me habló y me dijo:

—¡Señorita, qué alegría poder verla, hablar con usted!

Yo no le contesté, porque no sabía qué contestar. Bajé la vista y seguí caminando, pensando en que la gente me veía y le iba a decir a mi hermana que yo iba con un muchacho. Él me seguía hablando. Yo callada. Entonces le contesté porque él seguía diciéndome cosas:

—¿Bueno, qué es lo que usted quiere?

—Pues ser su amado, ser su novio, porque yo la amo con todo mi corazón.

—¡ Pues yo también!

—¿Entonces, somos novios?

—¡Pues sí! Pero ya no me vuelva a ver, porque yo tengo una hermana muy corajuda y no me dejaría salir a ningún lado.

—¿Pero cómo vamos a hacer para vernos?

—¡Después le digo, pero váyase ya, no nos vayan a ver!

Se fue. Seguí mi camino, contenta porque ya tenía novio. Desde ese día yo salía seguido a comprar cualquier cosa, porque él me esperaba en la esquina. Nomás nos veíamos. No hablábamos nada. Yo entraba y salía de la casa con cualquier pretexto. Como no hablaba con él, me escribió una carta pero como yo no sabía leer la guardé. Temía que la persona que me la leyera no me dijera lo que de veras decía la carta.

Pasaron los días y yo no daba contestación a la carta. Entonces salí con intenciones de verlo para que me dijera qué era lo que me decía en su carta.

Logré platicar con él y le dije:

—¿Qué me dice usted en su carta?

—¿Pues qué no la ha leído?

—¡No, porque no sé leer!

El joven no contestó. Estuvimos un rato callados, sin vernos.

Luego me dijo:

—¡Y yo tanto que la amo!...

Se despidió de mí. Se fue. Pasaron varios días y no volvió. Yo estaba desesperada sin verlo. Los ojos se me hincharon de tanto llorar. ¡Pasaron los días y nada! Entonces fui a ver a mi amiga y le conté lo que me pasaba. Me dijo:

—¿Tonta, sabes por qué no volvió? ¡Pues porque no sabes leer!

—¡Pero qué culpa tengo yo si en mi casa no me lo enseñaron! Te voy a decir lo que me enseñaron: sé hacer jabón, amasar, sembrar milpa, rajar leña y vender de todo.

—Sí, pero a él no le importa, si tú eres una tonta. ¿No ves que aquí todos sabemos leer? ¡Todos somos leídos!

En mi casa me puse a llorar porque se me había ido mi novio porque no sabía leer. Pasó el tiempo. Se me olvidó. Pero un día me lo encontré por la playa, que iba con otra muchacha del brazo. Si yo supiera leer, pensaba, yo iría del brazo con él… ¿Cuándo aprenderé?

Le dije a mi hermana, un día que la vi de buenas:

—Yo quiero aprender a leer.

—¿Y para qué quieres aprender a leer? —me contestaba. —Lo que debes hacer es aprender a trabajar, para que te mantengas. Tienes que aprender a lavar, a planchar, a hacer comida para que, cuando te cases, tu marido no te diga que eres una floja y que no te pueda decir: ¿y qué fue lo que te enseñaron en tu casa?

Con afán hacía yo todo lo que me mandaban, pero como no tenía práctica, lo hacía mal y entonces llovían las palizas.

Como yo ya estaba grande, quise aprender a leer. Fui a ver a una amiga mía que sabía y le dije que si no me enseñaba. Me dijo que sí. Me puso el "a e i o u".

—Te vas a aprender estas letras —me dijo—, y ya que las conozcas me dices.

Me estuve estudiándolas bastantes días y nada que las aprendía. Mi amiga insistió hasta que se las di de memoria.

—Ahora te voy a poner el abecedario y te lo aprendes también, y luego vienes a que me des la lección.

Algunos días después me la tomó y no la supe.

—Vuelves a leerla, hasta que me la des de memoria —me dijo.

Por fin la supe. Luego me compré un silabario y pude aprender a deletrear, pero como no tenía mucha voluntad y no me llamaba mucho la atención, pues lo dejé por la paz. Después de unos días volví a coger el silabario y a leer más y así supe juntar las letras. Escribía en la arena. Ponía mi nombre y otros que fueran sencillos y no me dieran trabajo.

Tuve otro pretendiente, un árabe, un tal Cassis, dueño de una tienda, guapo y rico, pero pensé que él había de querer que yo supiera leer. Volví a leer con entusiasmo, pero como ya tenía la cabeza volada, no me entraban las letras y yo no aprendía nada.

Empecé a loquear con el rico. Pronto se dio cuenta de que yo no sabía leer. Me dijo un día:

—¿Por qué no aprendes a leer? Para que cuando te escriba me contestes mis cartas.

Me dio mucha vergüenza y me retiré. Ya no pasaba por su tienda para que no me viera. Entonces él me buscó. Me vio. Habló conmigo; me propuso que me fuera con él; que me daría muchas cosas; que no se casaba conmigo porque yo no tenía capital; que yo era pobre y él era rico y que en su casa no lo permitirían.

Me eché a llorar.

—¿Por qué no lo haces? —me decía. —¿A quién le temes?

Yo callada. Me fui a mi casa desesperada, pensando que yo me iba con un rico y luego éste me dejaba, como hacían todos. Pero mis aspiraciones eran grandes.

Quería tener dinero, para que yo fuera apreciada por la gente que vestía bonito, que tenía muchos vestidos. Pensaba que si yo me iba con Cassis, tendría mucha ropa, pues él era dueño de tienda y me daría de todo, pero después… ¡a rodar!

¡No y no! Entonces volvió. Me hizo el mismo ofrecimiento:

—Benita, qué piensas, ¿te vas conmigo?

Me quedé pensando que ya nadie me diría que era bonita como seguido oía de labios de mis amiguitas, que me decían: "Si tuvieras vestidos bonitos, serías la muchacha más bonita del puerto…".

—¿Qué piensas, nos vamos?

…Entonces me dirían: "Ahí va la querida de Cassis".

—Qué hubo, qué dices, Benita?

—¡No! Mejor me casaré con un pobre que me quiera, pero no contigo que me propones que sea tu querida. ¡Te odio! Vete con tu dinero. Pero seré casada con un pobre que no me deje, que me quiera, que me haga feliz.

—¡Pero que no te dará lo que yo!

Me fui a mi casa pensando que yo no me casaría ni con un pobre ni con un rico, hasta que no llegara un forastero que me llevara lejos de mi tierra, para que, si me iba mal, la gente no se burlara de mí, ni mi familia supiera nada.

Mi prieta

Entré a los quince años. Me desarrollé. Pesé sesenta kilos. Estaba llena de vida. Empezaron los enamorados de todas clases: ricos, pobres; pretendientes y más pretendientes.

Yo pensaba que ya no quería ser esclava del trabajo, que ya me tenía aburrida. ¿Qué haré? ¡Pues los mando al diablo a todos y a nadie quiero! Empecé a tener amiguitas que me decían: "Si yo fuera como tú, tendría de novios a todos los que me enamoraran; ¿pero tú eres tonta, por qué no le correspondes a alguno de tus pretendientes? Con eso, nos vamos a la playa, nos dispara helados y yo pasearía contigo".

—Bueno, me voy a hacer novia de uno.

—¿De quién?

—De Enrique Estrada.

—¡Ay tú, a quién fuiste a escoger?

—Pues, ¿a quien?

—Uno que tenga dinero.

Ustedes díganme a quién escojo de todos los pretendientes que tengo. Se los voy a contar. Miren, tengo como candidatos, para ir al Zócalo, a tres.

—¿Quiénes son?

—Pues tengo a Pepe Cassis, a Tomás Lepe, a Enrique.

—Pues mejor será que sea Pepe. ¡Tú sabes lo que es ser novia de un rico, dueño de tienda! Te paseará por todos lados y entonces las ricas se quedarán viendo que tú paseas con un rico. Les dará envidia y dirán: "¡Qué bruto, mira ése con quién pasea, con una pobre!".

—Sí, sí, pero será mejor que me haga novia de Tomás Lepe.

—¿Tonta, no ves que ese muchacho no tiene dinero? Además es matador de puercos. ¿Qué sacas con eso? Tú lo que debes hacer es darles picones a las ricas para que vean que también las pobres sabemos andar con los ricos.

—Sí, pero ustedes no saben lo que me ofreció.

—¿Qué?

—Me dijo que me fuera con él. Y como ustedes saben, esos se llevan a las muchachas y luego las dejan con un hijo.

—Sí, pero tú vas bien, porque si te deja, te deja con casa bonita —dijo una de mis amigas. —Yo me voy a conseguir uno de esos para irme, tener por un tiempo todo lo necesario y que diga la gente: se fue con un rico.

—¡Pues yo no! Me voy a hacer novia de Tomás Lepe, porque él no me dice que me vaya con él. Además, me dijo que cuando venga un barco se irá de marinero y que cuando regrese se casará conmigo, traerá dinero y entonces seré feliz.

Todas se burlaron de mí y me dijeron que si yo me hacía novia de Tomás no me volverían a hablar.

—¡No le hace, seré su novia!

—¡ Pero si tú no lo quieres!

—Y qué importa. Al menos no hablará la gente de mí, ni andaré en boca de nadie.

—¡Bueno, pues no nos hables más!

Me hice novia de Tomás. Al poco tiempo se embarcó. Llegó hasta Manzanillo, porque el barco en que iba no fue a Estados Unidos que era adonde decía que iría a

buscar fortuna para casarse conmigo. Regresó muy pronto. Volvió muy triste. Me contó lo que había pasado y me dijo que seguiría matando puercos, hasta que hubiera un barco que lo llevara donde pudiera hacer fortuna. Yo seguí siendo su novia. Pasaron los días, las semanas y nada de barco que llegaba. Entonces peleé con él. Le dije que me regresaba a mi tierra porque estaba un hermano mío enfermo y como no tenía para las medicinas yo me iba a trabajar para ganar para sus curaciones.

—¿Y en qué vas a trabajar?

—¡Pues no sé!

—Nos separamos. No volvió, ni yo le hice caso porque no lo quería, ¡ni a nadie!

Poco después me hice novia de Enrique Estrada. Un día me invitó a ir a una huerta. Yo llevé a unas sobrinitas. En la huerta nos dedicamos a tumbar mangos.

Cuando llegamos a la casa, una de las sobrinitas le dijo a mi prima que Enrique me había besado. Como esto no era cierto y, además una mujer que se deja besar está perdida porque luego los hombres ya no la quieren porque dicen que está muy baboseada, salí corriendo a buscar a Enrique. Lo encontré que se estaba rasurando en un portal.

—¡Ven Enrique, pronto!

—¿De qué se trata?

—¡Ven te digo!

Ya delante de mi prima le dije:

—Enrique, dicen que en la huerta me besaste y me abrazaste.

Enrique bajó la vista y contestó:

—Ni a mí ni a Benita se nos ocurrió... Pero la que me quiere atrapar es su hija y por eso le anda levantando falsos a Benita…

Mi hermana se había venido a México y me había dejado encargada con una prima que era esposa de un diputado y que tenía una hija de mi edad, que estaba enamorada en secreto de Enrique Estrada. Como seguido había fiestas en la casa, me tuvo que presentar ante la sociedad como de la familia. Aprendí a bailar. Iba a los bailes de los ricos. Todos los muchachos que decían que yo era bonita, que de dónde era. Yo les decía:

—Soy de San Gerónimo.

—¿Quiénes son tus padres?

—No tengo padres.

—Pero quiénes fueron, ¿cómo se llamaron?

—Mi padre se llamaba Genaro Lacunza, el hombre más rico allá en su tiempo.

—¿Sí? ¿Y qué eres del general Albino Lacunza?

—Soy su sobrina, pero como nosotros quedamos pobres ya no nos reconoce.

—Pero debes ir a verlo para que te ayude. ¿Tú no eres pariente de Rodolfo Neri, el Gobernador de Chilpancingo?

—Sí.

—Y de Antonio Sosa, ¿qué eres?

—Soy su prima.

—¡Caray! ¿Y por qué no vas a verlos?, ¡si tú puedes ser algo!

—No, no quiero que nadie me tenga lástima.

—Pero hombre, debes hacerla, no ves que...

—Está bien, ¡pero no!

—¡No tienes novios?

—No. ni pienso tenerlos; no porque no quiera, sino porque todo el mundo me ve mal.

Se acaba el baile. Yo ya sabía hablar en sociedad. Ya tenía atenciones. En la casa de mis primas se organizaban bailes domingo a domingo. Tuve muchos pretendientes pero no volví a tener novio, porque todos me parecía que me llevarían y entonces no valdría nada y como lo único que tenía en la vida era el ser virgen, que era por lo que me hacían caso, pensaba que una vez perdiendo mi virginidad ya nadie se ocuparía de mí. Pensaba que para seguir recibiendo atenciones debía cuidar mi único capital, que era el ser virgen. Pero yo con el entusiasmo de llegar a México, que era mi única esperanza de ser feliz, me conservé sin tener novios.

Un día se me presentó un pretendiente al que mi prima quería, pero entonces ni él ni yo lo sabíamos. Una ocasión me habló a mí y yo se lo conté a mi prima. Se puso furiosa:

—Anda desgraciada —me dijo. —Desde que llegaste a mi casa nadie me pretende. No sé qué te ven, si tienes las patas tan feas que parecen de elefante, unas patas que parecen de mesa. ¿Qué de bonito tienes? ¡Tú no vistes bien, mientras que yo! Además soy la hija del diputado. Tú nomás tienes cuatro vestidos, yo tengo docenas. Mi padre va a México y me trae vestidos que le cuestan bastante dinero...

—Mira, no te puedo contestar como yo quisiera —le dije— porque estoy en tu casa. Lo único que te sé decir es que aunque la mona se vista de seda, mona se queda...

Cogí la ropa que tenía y me salí de su casa. Fui a ver a una amiga y le conté lo que me pasaba y le dije que si me daba un lado en su casa, porque yo no volvería a la de mis primas.

—Tú te debes ir —me dijo.

—No, hasta que mi hermana mande por mí —le contesté—. Al fin que ya me dijo que en estos días iba a mandar traerme y tú sabes, llego a México donde está mi porvenir, me casaré allá y...

—Bueno, ¡quédate!

Me quedé, pero pensando qué haría, sin tener qué comer.

Al poco rato llegó mi prima. Me dijo que la perdonara, que ella estaba enojada porque a ella no la enamoraban, siendo la hija de un diputado, pero que ya se había conformado. Que ella lo quería efectivamente, pero que esperaría una oportunidad para que él la pretendiera. Me dijo que yo no tenía la culpa de que él me hablara a mí.

—Andale, vámonos a la casa, tú sabes que todos te queremos.

—Pues a tu casa no volveré nunca y ya no me estés molestando porque no te quiero ver más. Me has insultado mucho y les doy las gracias por todo lo que hicieron por mí. Estuve muy contenta en tu casa, pero ahora me doy cuenta de que vale mucho tener uno sus padres. Me buscaré la vida independientemente. Iré a buscar al rico que me ofreció llevarme con él...

Mi prima se fue llorando.

Al día siguiente fui a la tienda de Cassis para verlo. Me encontré con que estaba enfermo. Le pregunté a su her-

mana que qué tenía y me dijo que tenía fiebre. Entonces me encontré a una amiga y le conté a lo que iba y me dijo:

—Pero, ¿no sabes lo que dice la gente?

Que Pepe está tuberculoso de tantas mujeres que ha tenido.

¿Y ahora qué haré? ¡A llorar otra vez!

Fui a ver una amiga que vivía por la casa. Le conté lo que me había pasado. En esta familia había un muchacho. Estuvimos platicando y como yo ya había aprendido a sostener una conversación y a hablar mejor que cuando vine de mi pueblo, platicamos mucho rato. Me fui a donde me habían dado posada.

Al día siguiente llegó el muchacho de la noche anterior y me dijo:

—Benita, me mandó mi madre a que te llevara para que cenes con nosotros.

—Bueno, iré.

Ya ellos tenían planeado el asunto de que el muchacho fuera mi marido. "Al fin —pensaron— no tiene quién la reclame: cuando llegue la convenceremos."

Y en efecto, me convencieron entre los dos. Me quedé sin querer al joven. Pero como yo llevaba conmigo unos niños de la casa donde me habían dado posada se dieron cuenta por la conversación. Se fueron a avisarle a su mamá, pero cuando llegaron para salvarme yo ya me había ido con él a otra casa.

Su madre me prometió que al día siguiente se casaría su hijo conmigo y yo, creída, pues no tuve ningún reparo, ya que no tenía qué hacer.

Al día siguiente la gente hablaba:

—Ya saben, se huyó Benita con el hijo de esa mujer. Pobre muchacha; con quién fue a caer. Tanto como la querían, y tuvo buenos pretendientes, ricos. ¡Tonta! ¡Fue tonta!

Mi marido era escribiente de juzgado. Sacaba para el diario pero tenía que mantener a su mamá, a toda la familia y no le alcanzaba el sueldo.

Entonces, un día me dijo su mamá:

—Benita, ¿por qué no trabajas? Al fin tú sabes trabajar. Te pondré un puesto en el mercado y tendrás dinero y ayudarás a tu marido. Además, ya vas a ser madre...

—¿Qué yo voy a ser madre? ¿De quién?

—¡Pues ya estás embarazada!

—¡Cómo!

—¡Si ya tienes cinco meses, mujer!

—¿Y usted ¿cómo lo sabe?

—¿Que cómo? ¡Pues yo lo sé!

Me eché a llorar. Al llegar mi marido le conté todo lo que su madre me había dicho: que yo ya estaba embarazada, que iba a tener un hijo y que me fuera a trabajar.

—Sí, vas a ser madre, pero tú, ¿cómo no me lo habías dicho?

—Porque no te quería espantar.

—Pero lo del trabajo... ¡eso no! Nos iremos del lado de mi madre, que ella es la de esto y para que tú tengas tu hijo contenta. Ya mi madre está bastante grande y nomás está inventando cosas...

—¿Qué es lo que piensas hacer? —le dije.

—¡ Irnos de aquí cuanto antes!

Salimos a buscar cuarto para cambiarnos donde ya no nos molestara su mamá.

Lo encontramos. Cuando regresamos a la casa de mi suegra, mi marido le dijo:

—Madre, mi mujer y yo nos vamos de tu lado.

—¿Cómo? ¿Y por qué?

—Porque tú nomás la molestas y en el estado en que está no es posible que siga aquí. Yo ya te vendré a ver. Te daré para tus alimentos...

Mi suegra se puso furiosa:

—¡No faltaba más que esta mujer te quite de mi lado! Además, no eres su esposo. Se fue contigo. Cuando tú salgas del lado mío, será con tu esposa.

Luego mi suegra cogió un cuero y me quiso pegar. Yo entonces le contesté:

—No soy su esposa, porque usted me encerró y con engaños me hizo caer. Pasó el tiempo y no nos casamos... Pero eso a mí no me importa. Yo no quiero a su hijo. Está muy feo. Parece horquillón. La gente me está aconsejando que lo deje, que no tengo ningún porvenir con él…

—Ya ves, hijo, ¡te lo dije! Que esta mujer no te sería fiel. Así es que no le busques casa. Quédate con tu madre, que es la única que verá por ti.

El hombre se puso a chillar:

—¡Y pensar que la quiero tanto! —decía entre sollozos. —¿Qué hacer, madre? Y ahora que tenía la ilusión de ser padre de un hijo o de una hija. Yo que había pensado que si fuera hombre le compraría un traje de aviador y si fuera hija, la vestiría con todos los lujos que tuviera un rico... ¡Pero qué desgracia! Su madre no me quiere y ser padre de un hijo que fue fruto de un amor... ¡que ni siquiera fue un amor! ¡Tú, madre, tú tienes la culpa de

todo! Ven, mujer mía, nos casaremos luego le daré mi nombre a mi hijo... serás casada...

Yo pensaba: si me caso con este hombre tendré que soportar a esta suegra, así es que mejor no. Le dije a mi marido:

—No quiero casarme. Sólo espero tener tu fruto para irme con mi hermana a México.

La madre se puso muy contenta. Dijo:

—¿Ya ves cómo es? ¿No oyes lo que espera para irse? Y así tú todavía quieres casarte... ¿Ya ves que tengo razón, hijo?

La madre y el hijo siguieron discutiendo. Yo nomás oía. Luego me resolví:

—Mire, señora, es claro que no quiero a su hijo. ¿No se acuerda que yo no era su novia? Yo no era nada de él. Usted me dijo: "Mañana se casarán…".

—Pues por esto no quise que se casaran; yo sabía que iba a ocurrir esto... y mi hijo no se casa...

—Ni yo quiero tampoco —le interrumpí—, lo que quiero es irme...

—¿Cuándo?

—¡Ahora mismo!

—Pero adónde te vas, si no tienes más que cinco meses de estar preñada y vas a tener un hijo sin nombre.

—¡Y qué! ¡Si yo no tuve padre ni madre!

—¡Pues lárgate ahorita mismo!

—¡Ya lo creo que me voy!

Recogí mi ropa y salí, sin saber a dónde ir. Anduve caminando sin saber por dónde. Cuando me pasó el coraje, fui a ver a una señora que tenía una hija que estudiaba

y le pedí permiso para quedarme en su casa. Me lo dio y me quedé con ella. Era lavandera. Yo le ayudaba a lavar, para ganar la comida. Como se acercaba el parto y no tenía ni un centavo, fui a ver a la partera. Me dijo que sí me parteaba, pero que le diera la mitad del dinero adelantado, porque —me dijo— ¿tú con qué me vas a pagar después?

Entretanto, los dolores arreciaban. Por fin, que la convencí de que tan luego como yo me aliviara le pagaría.

—Pero, ¿sabes cuánto te va a costar la sacada de tu parto?

Un día empecé a estar mala como a las cinco de la mañana. Felizmente nació una nena tan fea, que parecía una changuita prieta. ¡Fea que estaba mi hija! La besé.

Me dice la partera:

—Ya ves, si te hubieras ido con Pepe te hubiera llevado en buen caballo. Tuvieras una hija blanca, bonita, con dinero. No que ahora, ni a mí me vas a pagar el parto. Pero yo iré a ver a su padre...

—¡Sí, él le pagará!

—¡Pagará! ¡Si ya lo fui a ver!

—¿Y qué le dijo?

—¡Pues que como tú abandonaste el hogar, no te da ni un centavo! Bueno, espero que no te olvides que me tienes que pagar.

Como al mes, fue su padre de la niña a conocerla. Me dijo:

—Ya pagué a la partera. De hoy en adelante te daré un tostón diario.

Así estuve como tres meses. Un día le dije:

—¿Qué, no le compras zapatitos a la niña?

—No —me contestó—, porque ya me voy a casar con la hija de la señora que te dio posada y me dijo que si te seguía dando dinero, ya no me querría... y como tú no me quieres pues... ¡ni un centavo más!

—Me fui a ver a mi prima y le conté todo que me había pasado. Me regañó. Le pedí que me prestara unos centavos para empezar a hacer dulces o pan. Me dio cinco pesos. Empecé a luchar. Me fue bien; vendía todo el pan que hacía. La niña ya tenía cinco meses. Comencé a juntar algún dinero. Entonces pensé que si me fuera a mi pueblo, haría más dinero. Decidí irme y me fui.

Mi familia estaba alarmada porque yo iba con mi niña. Decían que, al cabo, ellas no la habrían de querer.

Empecé a hacer la lucha por vender. Emprendí mi negocio. Compré cerveza y me fui a un cuartel y como nadie vendía más que yo, porque estaba prohibida la venta de cerveza, la vendí a buen precio.

Un día amanecí y me di cuenta de que mi hija tenía un granito en la barba. Ese día iba a matar puerco mi hermana Camila. Le dije:

—¿Qué, vas a matar siempre el cuchi?

—¡Claro! ¿Por qué?

—Porque mi hija tiene un grano en la barbita y si matas al puerco, le cae pasmo y se me va a morir.

—¡Pues que se muera esa muchacha tan fea! No sé para qué fuiste a injertar con ese hombre que tiene sangre de puerca. ¡Y nosotras que tenemos sangre real!

—Como yo tenía que ir por la cerveza a un pueblo que está a cuatro horas de camino de San Gerónimo, le

rogué a mi hermana que no matara su puerco, que yo le daría el importe que iba a sacar de él, cuando regresara de mi viaje. Estuvo conforme con lo prometido, pero apenas me había ido, mató al puerco.

La niña se rascó con las uñitas el barrito que le había salido. Se desangró y se empezó a hinchar de la cara a tal grado que ya ni lloraba.

En el pueblo me empecé a sentir inquieta. Sentí que algo pasaba. ¡Sentía una desesperación...! No sabía ni qué comprar.

Al fin hice la compra y salí con ella en la cabeza, que era como yo podía tener más ganancia porque no alquilaba burro. Cuatro horas de ida y cuatro de vuelta a pie, pero como de regreso venía cargada hice más tiempo.

Cuando llegué a la casa, noté que mi hija no salía a verme. Pensé que algo pasaba. Entré. Todo en silencio. Le pregunto a mi hermana:

—¿Dónde está mi prieta?

—¡Enfríate para decírtelo!

—Pero dime, qué tiene, ¿dónde está?

—¡Pues está mala!

Corrí, levanté el pabellón donde la tenían. Cuando la vi, ya no podía abrir los ojos. Empecé a llorar. Me acordé que mi tía me la curaría porque era doctora. Fui y le dije:

—Tía, traigo a mi hija mala, ¿qué, no me la cura?

—La veré —me contestó.

Después de examinarla me dijo:

—Está muy mala; no tiene remedio. Es mejor que se muera. ¿Para qué quieres esa muchacha tan fea? ¡No te la curo!

Me fui pensando que no tenía ni un centavo porque había gastado todo en la mercancía y como no podía vender las cosas por andar atendiendo a mi hija que estaba mala... Entonces me acordé que un general me había hecho el amor. Fui a verlo. Le conté lo que me pasaba. Él me dijo:

—Bueno, pero ya sabes, te irás conmigo. Te curará un doctor a tu hija, el doctor "Pata de Palo", porque el del batallón no está aquí. Me cobra doscientos pesos y los voy a pagar, pero ya sabes... ¡te irás conmigo!

—No le hace, yo quiero ver a mi hija buena.

—Pues ven, vamos a ver al doctor.

El médico la vio, cogió una navaja de rasurar y le abrió la barbita. Le lavó con agua de permanganato y la vendó.

Me fui a la casa, pensando que tenía que irme con el general... ¡y sin quererlo! Pero no tiene remedio, ¡me iré! A los dos días me dijo:

—¿Qué pasó? Estoy esperando el día que te vayas a mi casa. Quiero tenerte allá, pero no quiero que te lleves a tu hija, porque... ¿qué dirá la gente? Déjala con alguna mujer, yo te daré para que le pagues y la cuide.

—Bueno, así lo haré —le contesté.

Llegó el día que le había ofrecido yo irme. Empecé a llorar. Pensaba: a ningún hombre he querido y tampoco a este lo quiero. ¿Cuándo iré a querer a un hombre? Tal vez nunca, porque todos me quieren por interés de mi cuerpo; todos se han aprovechado de mi situación tan mala.

—¿Por qué no me enamorará un hombre a quien yo quiera?

A los pocos días me dijo el general:

—Nos vamos a México, pero no te llevarás a tu hija, ¡la dejarás!

—No, ¡eso no!

—Pero qué importa, si después vendrás a verla.

—Bueno, está bien.

Fui a ver a mi hija. La besé y le dije: pronto te vendré a ver hija mía. Me voy a México, donde yo quería ir.

Salimos a las cinco de la mañana. Mientras seguía la caminata, yo pensaba que no volvería a ver a mi hija. ¿Qué haré?

Hubo un momento en que no sé qué pasó, que el general tuvo que ir corriendo a dar órdenes y me dejó con el asistente. Le platiqué mi situación y le pedí que me dejara que yo me regresara. Me dijo:

—Bueno, ¿y qué le digo a mi general?

—Le dice que usted no me vio.

—...Pero sólo que me regale algo.

—¿Qué le regalo?

—¡Pues dinero! Al fin que usted tiene.

—Le daré lo que quiera.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto quiere?

—Pues lo que me dé.

—Aquí tiene cincuenta pesos.

—No, es muy poco.

—Es que no llevo más que cien...

—Bueno, ¡qué vengan!

Se los di y me regresé. Corrí tanto por el camino que al poco rato ya estaba insolada y me desmayé. Cuando volví en mí seguí corriendo.

Como llevaba un caballo del ejército bueno para correr, antes de que me alcanzaran llegué al pueblo.

La gente empezó a decir:

—Ya llegó Benita, ¿qué le pasaría?

Yo estaba triste, con un dolor que nadie entendía, ni a quién platicarle. Estaba como loca, sin saber qué fuera de mí.

De la vergüenza que tenía no salí por espacio de unos días. Me acabé los pocos centavos que me quedaban del general y como tenía miedo que fuera a regresar y me pusiera una paliza, pues no salía. Por fortuna no volvió el guacho. A mí se me acabaron los temores al mismo tiempo que los centavos. ¿Qué hacer ahora? Me decía una señora:

—Benita, esto te pasa porque nunca rezas, ¿por qué no te confiesas? Ve a la iglesia y te confiesas.

—Bueno, iré a ver si cambia mi suerte. Llegué a la iglesia, pero no me confesé porque no sabía qué decirle al padre.

Lo veía y pensaba que él sí tenía dinero y no le pasaban cosas tan feas como a mí. Le tuve odio. Yo pensaba: si hubiera Dios yo no habría sufrido tanto.

¡Salí de la iglesia con un coraje a Dios! Le decía interiormente: ¿Por qué no me das un hombre bueno que me quiera, que me lleve lejos de aquí, con mi hija? ¿Qué, no te das cuenta de todo lo que me ha pasado? ¿Por qué otros tienen dinero? ¿Por qué a los pobres no les das también?

Me preguntó la señora:

—¿Ya te confesaste?

—¡No!

—Ya verás cómo te lleva el diablo —me dijo.

Me dio miedo y empecé a rezar por las noches antes de dormirme. Como a eso de la medianoche sentí que en realidad me llevaba el diablo. Sentí como que la cama volaba y me daba vueltas. Entonces, me prometí a mí misma, no volver a rezar, porque se sueñan cosas feas.

A los pocos días tuve un pleito con mi hermana y me corrió de su casa. Yo no tenía ni quinto. La gente seguía hablando horrores de mí:

—Si siempre fue muy viva —decían—, quién sabe por qué le fue tan mal, ¡pobre!

Ni en su casa la quieren. Pero ella también... ¿Por qué no siguió al guacho? Ya se la había llevado, ¿qué más quería?

—Ya ven, la mala suerte —decían otras.

—No, perro que da en comer huevo aunque le quemen el hocico.

—Pues sí, es cierto.

La cuestión es que mi hermana me corrió y yo me fui a ver una casita de palapa en las afueras del pueblo. La casita estaba sola; se llovía. La dueña tenía otra. Fui a verla y le dije que si no me la daba, que yo se la cuidaba.

—¡Qué es eso de que yo se la cuido ni qué nada! Si quieres paga setenta y cinco centavos.

—Le daré un tostón, adelantado.

—Está bueno.

Cogí a mi hija y me fui al jacal. No tenía en qué dormir ni con qué taparme. Cogí unos vestidos que el general me había comprado y me los eché encima para dormir.

¡Siguió mi dolor! Sola, con mi hija y sin dinero...

El mezcalero

Un día llegó un mezcalero. Se me ocurrió una idea. Fui a verlo para que me fiara un garrafón de mezcal. Me lo dio. Cuando regresé les dije a mis conocidos que yo tenía mezcal bueno, que si no me iban a comprar.

—¿Pero de veras es bueno? —me dijeron.

—De veras, de veras.

—Bueno, a la noche vamos.

En la noche no se paró nadie, pero por la mañana, como allá se acostumbra que los trabajadores antes de entrar al trabajo se toman una copa para hacer la mañana, fueron a comprar mezcal.

—¿A cómo das el cuarto?

—A tostón.

Les di un cuarto. Les gustó. "Muy bueno que está", dijeron, "a la noche venimos con más compañeros, porque está de veras bueno el mezcal".

Como yo sabía que irían esa noche y que vendería bastante, le eché agua tibia al mezcal y claro, ya no estaba bueno. En la noche llegaron:

—Danos una media.

Se las di y apenas le dieron el trago:

—¡Malo, mano, esto no sirve! ¡Es pura agua! ¿Pero Benita, para qué le echaste agua al mezcal? ¡Si así estaba bueno! Vámonos a otro lado. ¿Saben dónde? Con Adela. Ella lo vende bueno.

—¡Pues vámonos allá!

Se fueron todos, me dejaron sola otra vez, con mi mezcal.

—¿Y ahora qué haré?, pensaba. Mañana viene el mezcalero a cobrar el mezcal… y ni él lo va a querer. Por la tarde llegó:

—Señora, ya vine por el dinero o por el mezcal.

—No he vendido nada—le dije—, está intacto.

—Ya me lo figuraba que usted no tenía pata para gallo. Esto sólo gentes conocedoras. Pues me lo llevo. Bueno, ¿...pero no le puso agua?

—Me callé. Mi silencio lo hizo pensar y probó el mezcal.

—¡Con razón no vendió nada, si le echó demasiada agua!

Yo no sabía qué contestarle.

—Le aseguro que si le prendo un cerillo no arde, y, ahora ¿qué va usted a hacer? ¿Cómo me pagará el mezcal?

—¿Cómo? Muy sencillo: me llevará usted. Al fin que sólo soy una mercancía para los hombres... ¡Y después de todo, no lo querré!

El hombre se espantó.

—¿Por qué me dice eso?

—¿Porque con qué le voy a pagar?

—Sí, pero... no, eso no; yo soy un caballero, no la volveré a molestar.

Se fue el hombre.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Al irse volteó y me dijo:

—¿No ha comido?

—¡No!

Se fue meneando la cabeza y diciendo:

—¡Qué muchacha! ¡Qué muchacha!

Por la noche llegó. Yo estaba dormida en el suelo, cuando tocó:

—¿Quién? —pregunté.

—Yo, el mezcalero.

Me entró miedo.

—¿Qué quiere?

—Levántese, que le traigo de cenar.

—Es que ya estoy dormida.

—Párese, la necesito; además le traigo un regalo.

—Bueno, allá voy.

Con miedo, pero ya decidida a todo me levanté pensando: éste, lo que quiere es que le pague su mezcal.

Entró. Prendí un cerillo. Me dijo:

—¿No tiene luz?

—No.

—¡Por qué!

—Porque no tengo candil, sólo velas, pero ahora ni eso.

—Pero, ¿qué, no le da miedo?

—Yo no le tengo miedo a nada.

—¿Ni a Dios?

—¡Menos! Tanto como le he pedido que cambie mi suerte y no me ha hecho caso.

—Bueno, pero ahora va a cambiar. Tenga.

Vi que sacaba dinero de la bolsa. No sé cuánto. Me lo dio y me dijo:

—Tenga, mañana irá a la plaza y se comprará lo que quiera. Ahora a dormir; mañana será otro día. Buenas noches.

¿Qué querrá de mí?, pensaba; nada, que también me llevará por lo que debo del mezcal. ¿Qué dirá la gente que me vea mañana en la plaza comprándole leche a mi hija?

Con la cara levantada salí el día siguiente muy temprano. Compré un diez de leche y pagué con pesos. La gente se me quedaba mirando. Seguí adelante. Compré carne y otras cosas, pero pensando en que todo eso sería bien pagado al mezcalero, algún día cualquiera.

Al otro día no se presentó ni al siguiente. Yo esperando. Nada. ¿Pues qué le habrá pasado? Qué bueno es, pensaba; siquiera me dio el dinero. ¿Con qué le pagaré lo que hizo por mí? ¡Y ni siquiera me dijo nada! Abracé a mi hija y le dije: qué señor tan bueno hija mía. ¿Dónde estará? Como era forastero no sabía de dónde era. Pensando en él me decía: qué bueno es; con él sí me iría; seré su mujer. ¿Cuándo volverá?

Un día estaba sentada en la puerta, dándole el pecho a mi hija cuando oí que me decían:

—¡Buenos días! ¿Cómo la ha pasado?

—¡Bien!

Era el mezcalero.

—¿De veras contenta?

—Sí, de veras.

—Aquí le traigo un regalo para su hija.

¿Qué será? ¿Zapatos? ¿Un vestido? ¡Qué alegría! Con algunos temores lo recibí. Luego me dijo:

—Si quiere usted venir conmigo, yo la llevaré donde quiera.

—Lo pensaré.

Yo sabía que todo eso se lo tenía que pagar al mezcalero.

—¿Adónde me llevará?

—A mi tierra. Ándele, vámonos, que en este día salgo.

—Bueno, pero no me vuelva a traer a mi tierra, que ya me tiene aburrida.

—¡Nos iremos y no volverá!

Salimos. Estaba lloviendo. Era al atardecer.

—No quiero que se dé cuenta la gente —le digo.

Él me echa el capote encima. El río estaba crecido y no pudimos pasar.

—Tenemos que llamar al del pango —me dice el mezcalero.

—¡Pero se va a dar cuenta de que me voy con usted!

—¡No se destape que ahí viene! ¡Arriba!

El hombre del pango no me reconoció. ¡Qué felicidad! Ya no hablará la gente de mí. Sólo dirán: "¿Qué le pasaría a Benita? ¿No la han visto?"

Caminamos. Por fin llegamos a un pueblo que no me conocían. Cenamos. Le pregunto:

—¿Y ahora qué?

—¡Nada! Yo le arreglaré la cama para que duerma con su hija y le prometo que no la molestaré para nada.

A dormir tranquila, porque ya no tenía problema de comer. Pero no se me quitaba de la cabeza que todo eso se lo tenía que pagar, en cualquier forma. Amaneció. Seguimos caminando. Él llevaba como veinte mulas cargadas de coco para llevar a su tierra. Cuando llegamos a un lugar que le dicen Pie de la Cuesta, me dijo:

—Ahora sí ya mero llegamos al puerto de Acapulco. ¿Y qué va a hacer con la niña?

—Pues, ¿qué he de hacer? ¡Llevarla conmigo!

—No, porque vamos a mi tierra y la gente dirá que esa niña no es mi hija. ¿Por qué no se la deja a su abuelita?

—¿Y por qué la he de dejar?

—¿Y para qué se la quiere llevar? Nosotros siempre andamos en el camino y no podemos llevarla. Ahora que pase por Acapulco se la deja a su familia.

—Bueno, vaya ver qué hago.

En Acapulco me decidí. Fui a ver a la suegra. Le dije:

—Le dejaré a la niña por una temporada.

—¡Sí, cómo no! —me dijo. —Si yo quiero mucho a la niña. ¿Y tú adónde vas?

—¡Pues no sé!

—Bueno, déjala.

Dejé a mi hija. Fui con el hombre y le dije:

—Ya se la dejé.

—Vamos, ahora ya irá tranquila.

—¡Pues ni tanto! Porque, ¿por qué dejo lo que quiero tanto en mi vida?

—Pero eso ya se arreglará pronto.

Seguimos el viaje. Llegamos a un lugar que se llama La Sabana. Nos apeamos a comer. Allí estaba una señora, de pelo ya blanco. Me llevó detrás de la casa y me dijo:

—¿Usted es la mujer del mezcalero?

Yo le conté toda la historia.

—Pues tenga mucho cuidado —me dijo. Este hombre tenía hace poco una querida joven y muy bonita. Se llamaba Ángela. Una vez estuvo aquí con ella. Me di cuenta que la trataba muy mal. La ponía a limpiar los sudaderos de las bestias como a cualquier mozo. En una

ocasión le dio una patiza y la mató. Así es que váyase con tiento.

Seguimos caminando. Yo iba pensando en lo que me había dicho la señora de pelo blanco.

—¿Qué piensa? —me decía el mezcalero. —¿No va contenta?

—¡Sí, cómo no!

Camina y camina. Piensa y piensa.

Al mezcalero le gustaba tomar sus tragos cuando viajaba. Se emborrachó. A mí me entró miedo. Antes de llegar a otro pueblo, mandó a uno de los mozos que se adelantara y le dijera a su mujer que no lo fuera a encontrar porque llevaba a su novia y que si lo hacía le daba una paliza.

Yo oí todo y me quedé pensando que ya iban a empezar mis sufrimientos. Me hice como que no había oído nada. Cuando llegamos ya estaba completamente borracho. ¡Qué miedo! ¿Qué será de mí con este hombre? ¡Pues vamos a ver qué sale!

Eran como las doce de la noche. Mandó preparar la cena.

—¡Ya está, señor!

—¡Bueno, a cenar todos!

Después de que cenamos todos juntos, ordenó:

—Ahora, a dormir; que le arreglen la cama a la señora.

Uno de los mozos extendió la cama de campaña. Me acosté. Luego se me acerca y me dice:

—¿Q'iubo, está contenta?

—Sí.

Pues a dormir, que me acaban de informar que por allí andan los de la gavilla que roban y se llevan a las mujeres. Yo traigo por allí unos centavos. Hay que esconderlos.

—Pero también se roban a las mulas —dijo uno de los mozos.

—Por eso no hay que retirarlas mucho y hay que estar todos pendientes.

—¿Y a usted, no le da miedo que se la lleven? —me preguntó.

—Pues vamos a ver.

No sé cuánto tiempo había dormido, cuando me despertó un grito:

—¡Que viva Rosalío Radilla!

Todos nos pusimos de pie. Alguien me da un machete. Yo pensé: si es él, lo mataré, porque es el asesino de mi pueblo, el que acaba de matar a los muchachos Escudero, los que dieron las tierras a los campesinos y pelearon contra los gachupines para que bajaran el precio del maíz.

Otro "¡Quién vive!" se oyó fuera, pero más cerca.

—Gente pacífica —contestaron.

—¿Qué traen?

—Mezcal.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—Pues saque un garrafón.

Sacaron el mezcal. Los de Radilla se pusieron a tomar. Yo estaba escondida detrás de un árbol, con un miedo espantoso. Se me doblaban las piernas. Luego oí que platicaban:

—¿Por dónde anda mi general?

—Se embarcó. Los gachupines le dieron un barco para que se fuera, porque si se quedaba lo matan pero que ni qué.

—Pero si el Gobierno está con él.

—Sí, pero el pueblo está enojado.

—Pero eso lo arreglamos nosotros. ¡A chingar a todos los que no estén con mi general!

Los de Radilla se fueron alejando, tomando mezcal. Regresé a la casa. Qué miedo pasé. Ahora, a dormir, que mañana hay que madrugar. Nos acostamos. Al poco rato se oyeron tiros por allí cerca. A pararnos todos de nuevo. ¿Qué pasará?

—Denme una pistola —grité.

—¿Pero para qué la quiere, si usted no sabe tirar?

—¡Démela, que ya se acercan!

Los tiros se oían cada vez más cerca: ¡Pum! ¡Pam! ¡Pum! ¡Ahí vienen ya! ¡Ahora sí que se prendió la mecha! Tiros por todos lados, hasta que llegaron muy cerca de donde estábamos nosotros.

—Venga usted, le dicen al mezcalero y se lo llevan.

Vi cómo lo iban golpeando. ¿Y yo qué hago? Si salgo, me llevan a mí también. Les di órdenes a los mozos:

—¡Hay que libertarlo!

—Sí, ¿pero cómo? —me decían.

—Pues miren: echaremos a correr las mulas y pegaremos gritos de "Viva Rosalío Radilla", para que crean que somos de los mismos.

Así lo hicieron los mozos; echaron a correr las mulas: ¡rra! ¡rra! ¡rra! Los mozos se fueron detrás de las mulas:

—¡Viva Rosalío Radilla! ¡Suelten al mezcalero! ¡Déjenlo!

Armaron una gritería tremenda. Los otros, los de Radilla, pensaron que eran muchos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntaban.

—Somos enviados de los gachupines.

—Pero, ¿por qué quieren que lo suéltemos?

—Pues porque le deben favores los gachupines.

Los de Radilla cayeron en la trampa y soltaron al mezcalero. Los mozos volvieron a la posada con él. Esperamos un rato que se fueran los de la gavilla. Estábamos callados. Nadie comentaba nada. Ensillaron. Nadie decía una palabra, quién sabe por qué. Como a las cinco de la mañana salimos. En la aldea encontramos varios campesinos muertos. Seguíamos callados y callados. Hasta después de mucho rato, me dice el mezcalero:

—¡Caray! Pero qué arriesgada es usted. ¡De veras que no lo creía! Gracias por lo que hizo para salvarme. Realmente no sé cómo fue esto.

—Ni yo —le dije.

—Desde este momento le regalo mi caballo y mi pistola, para que usted los use, y luego, me divorcio de mi mujer y me caso con usted.

—¿Está usted casado?

—Sí, pero mi mujer no sabe los peligros que tiene uno en el camino.

Estuve pensando mucho en las palabras que me dijo. Como a los dos días volvió a insistir.

—Ya estoy arreglando el divorcio.

—Bueno, yo voy a ser su mujer. Pero, ¿quién es su esposa?

—La hermana de Joaquín, el mozo que la cuida.

Al día siguiente se acercaba la fiesta de la Virgen. Le digo:

—¿Qué, no me llevas a la fiesta?

—No puedo porque tengo que salir y me llevo a Joaquín. Si quieres ir, que te lleve Genaro.

Salí con Genaro. En eso llegaron unos hombres. Uno de ellos me dice:

—¿Q'iubo, qué andas haciendo por aquí?

—¿Y usted quién es?

—¿Ya ahora ya no me conoces? ¿No te acuerdas cuando andábamos tomando juntos?

—Pero si no sé ni quiénes son ustedes. ¡Ni de qué están hablando!

—Pues venga con nosotros, le diremos dónde la conocimos.

—Me cogen de la mano. El mozo se va y me deja sola. Ya me llevaban lejos, cuando vi venir al mezcalero. Nos alcanzó y les dijo:

—¿Qué pasa amigos, adónde la llevan? ¿Qué, no saben que va a ser mi esposa?

—No lo sabíamos, creíamos que había venido de paseo... y ya sabes que nosotros nos llevamos a la mujer que nos gusta...

—Nada de eso —dijo el mozo. —Tu mujer les pagó para que se la llevaran; les pagó buen dinero.

El mezcalero se puso furioso. Me cogió de la mano y se metió a tomar cerveza a las cantinas. Se emborrachó. Anduve con él todo el día. Ya era de noche. Me llevó lejos y me dijo:

—¿Qué, los conoces?

—No.

—¡Pues si no me lo dices te mato!

—¡Pero si es que no los conozco!

—¡Pues si no me lo dices te mato!

Yo no perdí el control. Estuvo alegando conmigo mucho rato. Sacó la pistola y me la puso en el pecho. Cuando menos se las mascó, le di una patada en la espinilla y le arrebaté la pistola. Lo hice mi prisionero. Me lo llevé a empujones hasta la casa. Lo hice que se acostara. Al poco rato se durmió. Ya no me dio guerra.

Al otro día me dice:

—¡Dame mi pistola!

—¿Te acuerdas de lo que me hiciste anoche?

—¿Yo?

—¡Sí! Pues ahora yo te mataré. No te doy la pistola hasta que me digas qué vas a hacer con lo de tu mujer.

—Pues, ¿qué pasó? ¡Hombre, de veras que me la debe! Esto no se queda así.

—Pero es que ella tiene razón...

—No, ella no sabe lo que te debo a ti. Tú eres mi brazo derecho. A ti te debo la vida. Se lo voy a decir ahora mismo.

—Pero es que tú me dijiste que te estás divorciando. Yo no lo permito. Yo me voy. Ya no quiero estar contigo.

—Nunca te dejaré que te vayas. Mira que...

—Será el sol, será el sereno, pero yo me voy.

—Pues de aquí no sales.

—Bueno, pero prométeme que no dejarás a tu esposa.

—Está bien, no la dejaré, pero tú seguirás conmigo.

Ya estoy en México

Fueron seis meses de andar en los caminos. El mezcalero tenía una mujer en cada pueblo. Me di cuenta de todo desde el principio. Ninguna mujer me molestaba. Él iba y se metía con ellas. Yo contenta. Como no lo quería ¿por qué iba a meterme en cosas que no me importaban? Lo único que yo veía era que me trataba bien, tenía que comer, vestía bien. Mandaba yo a los mozos. Era la señora del ricacho. En el camino, yo era la que mandaba, pero llegando a Tixtla, era su esposa la que se imponía.

Yo pensaba que a él yo no podría hacerle una traición, por lo que había hecho por mí y eso no me permitía que yo lo dejara.

¡Y pensar que estaba tan cerquita de México! ¡Tanto como yo quería ir a México! Un día se lo dije:

—Oye, yo quiero ir a México.

—Sí, te llevaré. Nomás quiero arreglar un asunto para que nos vayamos.

Pasó el tiempo y nada.

Un día me enfermé y tuvo que dejarme en Acapulco para que me curara, y cuando él regresara nos fuéramos a México. Pasaron unos días y no llegaba el mezcalero. Un día me encontré a una amiga:

—Qué hubo, ¿ya no te quieres ir a México? —me dijo.

—Sí, sólo espero tener algún dinero para irme.

—Pues, ¿como cuánto tienes?

—Sólo tengo treinta pesos.

—Que lástima; yo salgo mañana y quería que te fueras conmigo.

—De veras que me están dando ganas; pero no, no me alcanza el dinero. ¿Qué haré? ¿Me voy? ¿Cuánto cuesta el pasaje?

—Más o menos sale costando como cien pesos —me contestó.

—Pues no hay trato.

Me regresé a mi cantón, pensando qué haría. Bueno, me voy. Pensé que el mezcalero tenía cuentas en los pueblos y que yo podría pasar por Tierra Colorada y vería a un señor que le debía como mil pesos de mercancía y le cobraría. Con ese dinero, me iría a México. Al fin que allá tengo una hermana y trabajaría con ella. Ya sé que mientras no sepa hacer nada, serán palizas seguras, pero qué le hace. A ver si cambia mi suerte. Me pondré a vivir con un hombre que tenga dinero o que por lo menos, yo lo quiera. Tengo ganas de tener un amor, una pasión que nunca he tenido. ¿Cómo será eso?

Volví a la casa de mi amiga y le planteé el asunto. Me dijo:

—Pero, ¿y te los dará?

—Claro que sí. Si por los pueblos saben que soy su esposa y nadie me lo negará.

—Pues salimos mañana.

Fui a ver a mi hija. La besé: —madre, me voy muy lejos, pero ya te volveré a ver. Ya sabes que tu madre se va, pero no se le olvida que tiene una hija. —La besé otra vez. Lloriqueó.

Salí pensando: si el mezcalero me encuentra, me va a dar una paliza que no me voy a acordar ni del día en que nací. Alquilamos bestias hasta un lugar en que se toma el coche para ir a Iguala y luego al tren. Bueno, pues que llegué a Tierra Colorada y le pedí el dinero al señor:

—Sí, cómo no, señora, aquí está el dinero.

—Gracias. Cuando pase mi marido a cobrarle, le dice que ya pasé por aquí y le pedí el dinero. Y le dice también que me voy a México y que llevo muchos recuerdos de él.

—Oiga, señora, ¿pues qué se va usted juída?

—¡Claro! Me le voy.

—¡Pues, entonces, deme el dinero!

—¡Qué le voy a dar! Dígale que me los dio a mí. Él es muy bueno y no se enojará. Él sólo piensa en mí, en que me quiere... Pero en esas condiciones yo no podía seguir, viviendo nomás. Yo estaba contenta porque no me apuraba por nada. Tenía mozos. Les gritaba. Los mandaba. Tenía un buen caballo, negro, muy bonito que lo hacía bailar en dos manos y subirse a las piedras. Dejo las dos cosas que más quiero en el mundo: mi caballo y mi hija... Ahora, ya estoy tan lejos de ellos... Pero qué se le va a hacer... ¡Me voy a correr la aventura!

El pobre señor no sabía qué hacer ni decir. Me despedí llevándome el dinero. Todavía se quedó mucho rato, parado en la puerta, viendo que me iba. Y no me dijo nada.

Tomamos el tren... ¡y ya estoy en México!

LA LUCHA

El cabaret

Eran como las ocho de la noche cuando llegué. No tuve ninguna impresión: ni alegría ni nada. Sentí como si ya hubiera estado antes... Pensaba en tantas cosas y tantas aventuras y en que tal vez no se acabarían en México...

Llegué a la casa de mi hermana Lupe. No le conté nada de mi vida, porque ni ganas tenía de hablar con nadie. Sólo pensaba en ser buena, en que iría al colegio para aprender a leer y una vez que hubiera aprendido, me pondría a trabajar para ir por mi hija.

Como a los cuatro días de haber llegado, me dijo mi hermana:

—Ponte a lavar el piso.

¡Caracoles! Cómo lo voy a lavar, pensé, tan grande que está, ni sé cómo se hace esto; son cosas que en mi tierra no se hacen porque los pisos son de ladrillo, pero aquí pura duela... ¡Pues a lavar el suelo!

Mojé toda la pieza y nada que lo lavaba. Cuando llegó mi hermana me dijo:

—Pues qué, ¿ni eso sabes hacer? Ya eres una mujer. Ya tienes una hija y no has aprendido nada. Pues, ¿qué vas a hacer? ¡Ni creas que yo te voy a mantener toda la

vida! Ya no eres una señorita. ¿Cómo vas a mantener a tu hija? ¡Fregada ésta, ni para criada sirves! Y también quieres aprender a leer. ¡Si no es cualquier cosa!

—Entonces, ¿no sabré leer nunca? ¡Iré a la nocturna!

—Aquí hace mucho frío en las noches.

—No le hace, ¡yo quiero aprender a leer!

—¿Y si te pega una pulmonía?

—Bueno, no voy, pues. Nomás quiero salir a ver si alguien me quiere para nana, para juntar dinero e ir por mi hija.

—Eso es lo mejor, pero ahora pronto no. Deja que conozcas México y después lo harás. Estate dos meses para ver si te va bien.

En esos meses, estuve saliendo a La Lagunilla a comprar el mandado. Hasta que un día me dijo mi hermana: Ahora sí es bueno que vayas empezando a buscar trabajo, Benita.

Al día siguiente salí a la calle con intenciones de buscar chamba. Recorrí toda la calle de Allende. Luego me fui al Jardín de Santiago. Allí me senté un rato. Estaba muy cansada. Luego regresé a la casa.

Ya tenía como cinco meses con mi hermana. Ésta, enojada porque no encontraba trabajo, me trataba cada vez peor. Me ponía unas palizas que ya no sabía de mí. Entonces pensé volver otra vez a mi tierra, a seguir trabajando, vendiendo cosas y recoger a mi hija. Pero, ¿cómo regresarme ahora? ¿Con qué dinero?

Ya resuelta a todo, le robé a mi hermana treinta pesos y con eso me fui a la estación, para tomar el tren para Iguala. Pero sucedió que como no sabía leer, me equivo-

qué de tren y tomé otro. Ya en el camino, cuando íbamos llegando a una población, le pregunté a una señora:

Oiga, señora, ¿qué es aquí?

—Tulancingo.

Yo me asusté y me puse a llorar.

—Pues ¿para dónde va usted? —me preguntó.

—Para Iguala, Guerrero.

Yo no sabía qué hacer. Seguía chillando. Entonces el auditor del tren se interesó por mí. Me dijo que no tuviera cuidado, que me bajara en Tulancingo, que él me regresaría a México con mi familia.

En Tulancingo estuvimos un día, luego me trajo a México. Pero como yo no quise ya llegar con mi hermana, porque tenía miedo a la paliza que me daría por haberle robado los treinta pesos, pues acepté irme con el auditor a una casa de huéspedes. Poco después me puso mi casa.

Como él viajaba constantemente, yo estaba casi siempre sola. Una ocasión se fue para Tampico y dejó de escribirme. Pasó el tiempo y no regresaba. Yo pensé: éste ya se me largó; ahora no hay más remedio que empezar a buscar trabajo.

Un día me dijo una señora:

—Benita, le voy a pagar porque me haga un mandado; ¿conoce usted la calle de Cinco de Mayo?

—¡Ya lo creo que la conozco!

Por las dudas me dio el número, las señas de la casa; me dijo por dónde debía irme. Me dio para que tomara un coche, por un tostón. Salí. Pasó un coche. Lo llamé. Le di el papel con la dirección. Llegamos. El chofer me dijo:

—Aquí es; es ese edificio.

—¡Ay!, pero ahora, ¿por dónde me meto? ¡Esto es enorme!

El chofer se dio cuenta de que yo no era de México. Me dijo:

—Si quiere la acompaño.

—Está bueno.

Llegamos al elevador.

—Suba por aquí.

—¡No, yo no subo!

—¿Por qué?

—¡Pues quién sabe adónde me llevará!

—Pues allá arriba, adonde tiene usted que ir.

—Pues será, pero yo no voy.

El chofer se estaba riendo.

—Bueno y, ¿a qué va?

—Pues a entregar esta carta. Si quiere vaya usted.

—¡Bueno, démela!

Yo le tenía miedo al elevador... Cuando regresó le pregunté que dónde lo había llevado ese animal. El se rió y me explicó lo que era un elevador.

—Bueno, tenga su tostón —le dije.

—No, no es nada señorita y la voy a llevar a su casa, porque si no se va a perder. Suba al coche.

—Pero... pues ya van a ser dos tostones y nomás me dieron uno.

—¡Si al fin no le voy a cobrar nada!

¡Bueno, arriba! Me preguntó que de dónde era. Le dije:

—Soy de San Gerónimo, Guerrero.

—¡Qué simpática! Dígame, ¿qué, es bonito por allá?

—No sé.

—¡Cómo que no sabe!

—¡Pues no!

—Debe ser bonito porque usted es bonita.

—Será, pero a mí no me gusta.

—Me gustaría saber de por allá.

—¡Pues vaya!

A mí, cada vez que me preguntaban por mi tierra, me daba un vuelco el corazón. Yo tengo que ir, decía, pensando en mi hija, pero si me va bien. Y luego me la traigo.

Llegamos a la casa. Me dijo:

—¿Qué, aquí vive?

—Sí.

—Bueno, que no sea la última vez que la veo.

Era un joven como de 18 años. Moreno, con el pelo chino, muy agradable. Pensé:

Después de todo, se portó muy bien conmigo. Ni siquiera me cobró el coche. A los dos días lo encontré. Me llamó:

—Suba a mi coche, señorita.

—No. gracias.

—Suba, que le quiero decir muchas cosas.

Subí. Me invitó a tomar nieve. Me dijo que se llamaba Manuel Rodríguez; que yo le simpatizaba mucho, que si no quería que yo fuera su novia.

—Pero cristiano —le dije. —Usted desde que me conoció me anda diciendo señorita: si yo soy señora, ¡tengo una hija!

—¡No!

—Sí, y voy a ir por ella.

—Pues, ¿no la tiene aquí?

—No.

—¿Qué, es viuda?

—No, me dejó su padre cuando no nacía la niña.

—¿Y con quién está allá?

—Con su abuela.

—¡Y usted se lleva con ella?

—Sí.

—Entonces, cuando vaya usted por la niña no la va a dejar venir.

—¡Pues quién sabe! Bueno, me voy. Gracias.

—Pero, ¿de qué?

Nos separamos. Qué muchacho tan simpático. Le platiqué a una de las vecinas y me dijo:

—Tú no sabes lo pícaros que son los choferes. Desde que se llevaron a mi hija los del Automóvil Gris, mírala, pobre, está mala del susto. Me estuvo hablando de cómo los del Automóvil Gris se llevaban a las muchachas a Chapultepec y les hacían horrores. Su hija había quedado como alelada desde entonces, pero... yo ya estaba un poco enamorada.

Pasaron los meses; tuvimos relaciones.

Él me iba a ver, siempre muy bueno. Siguieron los amores. Me prometió el coche, que por cierto era de su padre. Me dijo que él estudiaba, pero que trabajaría para darme todo lo que ganara y que, cuando tuviera dinero, iría por mi hija, que él la cuidaría.

Un día me dijo:

—Vamos a dar la vuelta.

—Vamos.

Como siempre iba, no le tuve desconfianza; me llevó a un hotel. ¡Qué decepción!

Me dijo:

—Tú ya no vas a tu casa. Aquí te quedas conmigo.

No logré convencerlo de que me llevara a mi casa y me quedé con él. Me empezó a llevar por todas partes. Conocí los bailes. Me llevó a varios paseos. Como yo todavía no lo quería bien, siempre pensaba: qué suerte la mía, cuando todavía no acabo de querer, me llevan...

Me paseaba mucho. Me quería con exageración. Me llevó con su madre, que me quiso mucho. Tenía ya un año aquí en México. A veces me ponía a llorar por la niña. Él me decía: espérate, nomás que tenga irás por tu hija. Yo te voy a ir dando para que juntes dinero y puedas ir por ella.

Me daba un tostón diario. Pero como habían pasado otros meses y no se juntaba el dinero para ir por mi hija, le volví a decir: el coche no te deja nada. Todos los días te levantan infracción; que llanta, que el faro...

Lo que sacaba se lo daba a su padre. Me decía que no ganaba mucho en ese coche porque ya estaba viejo. Que sacaría uno nuevo para que la gente lo tomara seguido y entonces tener dinero y que yo fuera por mi chamaca.

Un día le mandé una carta a mi suegra diciéndole que ya pronto iría por mi hija.

La vieja me contestó que cuánto le había costado, que si tenía tres mil del águila, que ahí estaba la niña.

Cuando vino Manuel leyó la carta y me dijo:

—Pronto tendrás el dinero para tu pasaje y tus gastos.

—Pero, ¿cómo le vas a hacer? Si ya no es sólo el pasaje lo que se necesita ahora.

Pasaron dos años y ya merito se juntaba el dinero que faltaba para ir, cuando chocó y tuvo que salir huyendo de México. Entonces, el dinero que tenía lo gasté. Pasaron dos meses y ni su madre sabía de él, ni yo. Me empecé a desesperar. Lloraba. Su madre me consolaba: "Cuando venga mi hijo, te llevará por la tuya".

Pasaron cuatro meses desde que se fue Manuel. Entonces yo le dije a su madre que me iba a trabajar para tener dinero para ir por mi hija. Me preguntó:

—¡Y dónde vas a trabajar?

—Pues no sé. María me dijo que ella me llevará donde se gane dinero.

—Pero ¿tú vas a ir allá? ¡No sabes que esa María es del cabaret? Te llevará para echarte a perder y cuando venga Manuel ya no te querrá.

—Pero yo me conservaré buena y no querré a nadie... hasta que él venga.

—No vayas, yo te daré dinero.

—No, que por ganar más dinero hasta lo perdí a él. Si él que no es su padre, estaba haciendo porque yo fuera por mi hija, pues yo con más razón también me sacrificaré, iré por mi hija...

Cogí un vestido verde, me lo puse y fui con María. Me presentó con el dueño del cabaret El viejo Jalisco, que estaba por la calle de San Juan de Letrán.

¡Qué de gente en el cabaret! ¡Cómo se servía cerveza; cómo se emborrachaban y cómo les daban propinas a las muchachas! Me decía María: "Ahorita no te das cuen-

ta como es esto, pero ya cuando sepas que las propinas abundan no te vas a querer ir. Fíjate cómo es la cosa, si te invitan dices 'anís para mí' y te tiene que dar una ficha que vale veinte; si pides cerveza, te ganas un quinto; si te dan té, con ficha, te ganas treinta...".

Yo pensaba: no tomaré cerveza; tomaré anís y ponches para tener pronto dinero para ir por mi hija, que si tardo más van a ser cuatro mil... y, ¿de dónde voy a sacar dinero? Empecé a tomar ponches. Cuando ya era media noche, ya tenía bastantes pesos, tomando ponches y las propinas. Al día siguiente me levanté muy desvelada. Le platiqué a mi suegra lo que había ganado y me dijo:

—Eso no está bien. Cuando regrese mi hijo, ¿qué le dirás?

—Le diré que soy buena.

—No, eso no.

—Sí, él me va a creer que soy buena y que no he querido a nadie...

Después de dos meses de cabaret, yo ya sabía bien lo que era eso: las caras arañadas, las navajas, las borracheras, todo...

El gobernador

El cabaret El viejo Jalisco estaba cerca del Teatro Nacional. Todas las noches los trabajadores de esa obra iban al cabaret a pasar un rato. Entre ellos, el ingeniero de las obras, que me hacía el amor. Como yo nunca acostumbraba salirme con nadie, sino que, a las cinco de la mañana, cuando se cerraba tomaba un coche y me iba derechito a la casa, todo el mundo creía que yo era señorita. Yo había

asegurado a todos que efectivamente lo era, para que no me molestaran y me respetaran más.

El ingeniero insistía todas las noches en que me fuera con él. Yo me negaba. Mi actitud lo tenía intrigado y encaprichado. No faltaba ni una noche y gastaba mucho dinero. Un día se armó una discusión entre el ingeniero y el dueño del cabaret. El ingeniero alegaba que yo no era señorita. El dueño del cabaret decía que sí lo era.

—Apuesto mil pesos, a que Benita no es señorita —decía el ingeniero.

—Acepto la apuesta —contestó el gachupín.

Sacaron el dinero. Para saber quién tenía razón se convino en que me llevarían con un médico, amigo del ingeniero, para que me examinara.

—Benita, no me vayas a hacer quedar mal —me decía el gachupín, dueño del cabaret.

Por fin se llegó el día en que me tuvieron que llevar con el médico para saber si era o no señorita. Fuimos. Llegamos al consultorio del médico, que estaba por Insurgentes y que resultó ser muy amigo mío. Le hice un guiño para que comprendiera. Dice el ingeniero:

—Hice una apuesta a que esta muchacha no es señorita y quiero que tú la examines y me des un certificado.

—Muy bien —le contestó el médico. Mañana tienes el certificado. Voy a examinarla.

Naturalmente, me dio un certificado afirmando que sí era señorita. El ingeniero perdió la apuesta. Yo me gané en ese negocio cien pesos, que me dio el gachupín.

Seguro de que yo era señorita, el ingeniero insistía cada vez más en casarse conmigo. Me hacía muchas pro-

mesas. Yo me negaba y me negaba. Por fin, cansada de la insistencia del ingeniero y temerosa de que se fuera a descubrir la verdad, le confesé un día al gachupín que no era señorita y que tenía una hija:

—¡Coño! ¡Me cago en la hostia! ¿Y cómo le hiciste para que ese fregado diera el certificado? —me dijo el dueño del cabaret. —¡No vayas a decir nada! Deja pasar unos días y luego...

Una noche llegué al cabaret y les dije a las muchachas:

—Figúrense que ya me pasó la cosa...

—¡No la amueles! ¿Y con quién?

—Con El Pierrot.

El Pierrot era un cancionero, muy amigo mío.

Apenas llegó el ingeniero, las muchachas corrieron a decírselo:

—Benita ya no es señorita —le dijeron. —La deshonró El Pierrot.

—¡No! ¿Es posible?

Me llamó. Me dijo:

—¿Es cierto eso Benita?

—Sí, es cierto.

—Parece mentira. ¡Con quién fuiste a caer!

Llegó El Pierrot al poco rato. El ingeniero lo llamó y le dijo:

—Amigo, cánteme unas canciones. Luego que El Pierrot cantó, le dijo el ingeniero:

—¡Ahora vamos a brindar por su conquista!

—¿Cuál conquista?

—No se haga, amigo. ¡Ya me lo dijo Benita!

—Pero no sé de qué se trata —decía El Pierrot.

—Cómo, ¿no te acuerdas que me llevaste la otra noche y me deshonraste?

—¿Quién, yo?

—Está bueno, te felicito —decía el ingeniero—, ¡te llevaste lo mejor del cabaret!

Ya que se fue el ingeniero, me dijo el cancionero:

—Está bueno, Benita, yo cargué con el muerto, pero... ahora me cumples o me dejas como estaba.

En otra ocasión, un gobernador de un Estado dio en ir todas las noches al cabaret. Estaba empeñado en que yo me saliera con él. De acuerdo con mi táctica, yo no me salía. El hombre estaba encaprichado. Cuando él llegaba, yo no podía atender a ningún cliente ni bailar con nadie. El gobernador me obligaba a que me estuviera con él. Si llegaba y me encontraba bailando con alguien iba y le pegaba al que fuera mi acompañante. Yo le tenía miedo y cuando él llegaba me escondía, pero él me sacaba de donde estuviera.

Un día se empeñó en que saliera con él.

Casi por la fuerza me sacó y para vengarse de mí no quiso que tomáramos coche. Me llevó a pie. Caminamos muchas cuadras. Esto me sirvió porque al poco rato nos encontrábamos con un oficial de la policía. Me le cogí del brazo y le dije:

—Este hombre me viene molestando; hágame el favor de llevarlo a la comisaría.

El gobernador sacó unos papeles y se identificó con el oficial. Éste no sabía qué hacer. Viendo que no se resolvía a llevarlo a la cárcel, le dije:

—Además, yo lo acuso de robo. Me ha quitado un relojito de pulsera. Allí lo tiene.

Efectivamente, el gobernador se había puesto en la muñeca mi reloj. Esto animó al oficial y fuimos todos a la comisaría, después de alegar mucho. Ya en la cárcel lo volví a acusar de robo. Me entregaron mi reloj y el gobernador se quedó allí alegando. Me salí y me fui otra vez al cabaret.

Otra noche llegó bien borracho, acompañado de una señora. Me llamó. Me tuve que sentar con ellos a tomar.

El gobernador me obligó a sentarme a su lado y se puso a abrazarme y a decirme que me quería. La señora que iba con él no hacía más que llorar y llorar.

—¿Qué pasa? —le decía yo.

Salimos a cenar a un restaurante. Allí volvió a sentarme a su lado y me siguió abrazando. Él pidió más vino y al poco rato se quedó dormido. Entonces le pregunté a la señora:

—¿Por qué llora usted, señora?

—Porque este hombre es mi esposo...

Él está enamorado de usted... me ha traído nomás para que la conozca...

La señora se puso a llorar con más ganas.

—Bueno, ¿y por qué no lo larga usted?

Véngase acá al cabaret con nosotras, y aquí se busca un hombre que la quiera...

—¡No, me mataría!

El gobernador seguía dormido. Se me ocurrió una idea: desperté al gobernador. Le dije que ya quería acostarme. Que me llevara a un hotel. Él, encantado. Entre las

dos mujeres lo subimos en un coche y nos fuimos a un hotel. Estaba ahogado. Lo acostamos. Yo hice como que me iba a acostar con él. Apagué la luz y le dije a la señora que se acostara con su marido. Luego me salí sin que me sintiera.

Al día siguiente se presentó furioso conmigo:

—¡Ay, hija de la mañana, me has traicionado! Yo creyendo que me había acostado contigo y esta mañana al despertar me doy cuenta de que era mi mujer... ¡Eso no se queda así!...

Vida nueva

Una noche, estaba yo sola. No llegaba nadie de las demás mujeres. En eso vi a un hombre a través de los cristales de la puerta, que pasaba y volvía a pasar, mirando para adentro. Tuve el presentimiento de que era mi marido. En efecto, era él. Me llamó. Me dijo:

—¿Por qué te veniste al cabaret?

—Después te lo explico.

—¡Vámonos!

Me cogió de la mano y salimos. Me llevó a su casa. Le dije:

—Si tú, que no eres nada de mi hija, has tenido que huir de la policía, que no la conoces, pues yo que soy su madre con más razón he tenido que ir al cabaret.

—Bueno, pero dime que no vuelves más a ese lugar.

—¿Por qué no? ¡Si estoy ganando dinero!

—Yo te prometo que pronto irás por tu hija.

—Bueno, está bien, no volveré.

Un día le dije:

—¿Por qué no dejas el carro? Al fin no ganas gran cosa. Apenas para pasarla.

—Dices bien —me contestó. Yo buscaré un trabajo, donde gane poco, pero seguro...

—Sí, hombre, yo te ayudaré. Ya verás cómo nos va bien.

Todos los días Manuel busca trabajo. ¡Nada! ¡Pasan los días y nada!

Un día me dice:

—Figúrate que me ofrecen un trabajo, pero me pagan un peso.

—Pues, ¡ándale, acéptalo! Yo comeré caldo, frijoles, pero ya no vayas más al coche.

Aceptó el trabajo. Al principio le pagaban un peso. Pasamos muchos trabajos. A los cuatro meses, ya ganaba tres pesos diarios. Bueno, ya estábamos bien. Luego, que ya ganaba cinco. Luego, que ya tenía comisión aparte de los cinco. Entonces me dio dinero para que fuera juntando para mi viaje.

Como ya tenía dinero, empezó a llegar tarde a la casa. Ya andaba elegante. Mandaba hacerse trajes de cien pesos. Compraba perfumes, lociones. Bueno, era un joven guapo. Un día le dije:

—Ya tengo dinero para ir por mi hija.

—Bueno, ve; ten este resto de dinero.

Salí para Acapulco. Cuando llegué a la casa donde estaba, le dije a la señora:

—Ya vine por mi hija.

—No, ¡tú no te llevas nada!

—Sí, luego se la traigo, ¡démela!

—Mira, la niña todavía está muy chiquita. Necesita muchos cuidados. Además, va a estar con un hombre que no es su padre y va a sufrir mucho... Además, tienes que pagarme lo que he gastado en ella...

Por fin que me convence y no me la traigo. Llegué a México sin la niña. Le conté a Manuel lo que me había pasado: bueno, pero al menos ya la vi, le dije, ¡está mi hija bonita! Cuando yo tenga el dinero suficiente iré por ella.

Pasó el tiempo. Le volví a pedir dinero a Manuel para juntar para el viaje.

—Está bien —me dijo— pero si vuelves a venir sin ella, ya no te doy más.

Entonces hice mi plan: les caigo a escondidas, sin que sepan cuándo llego. Ya estando allí, la espío que ande jugando. La cojo y ya voy a tener un auto listo para llevármela y así no les pago nada de dinero que me piden.

—Pues tú sabes lo que haces —me dijo Manuel.

—Salgo en estos días —le contesté. —¡Me jugaré el todo por el todo!

En efecto, salí por mi hija, decidida a no volver sin ella. Llegué a Acapulco como a las siete de la noche. Me escondí y me puse a ver qué movimientos había. Me tocó tan buena suerte que la encontré jugando. La cogí. La eché al coche... y empezaron los gritos:

—¡Una mujer se llevó a tu hija!

—¿Quién sería?

—¡Pues quién sabe!

Dieron parte a la policía. Luego averiguaron que era su madre la que se la había robado. Me exhortaron por todas partes. Yo me escondí en el rancho El Quemado,

que era de mis hermanos. Hicieron un pozo en la tierra y allí me metía con mi hija cuando se acercaba la policía. Como yo supe que la autoridad me buscaba, no salí para nada, porque sabía que si salía la perdería, porque ellos tenían medios para pagar a la policía y, como es sabido, el dinero es la causa de que ganen los que lo tienen, aunque no tengan razón.

Luego me compré una pistola, porque yo dije: me quitan a mi hija, pero yo mato al que se atreva a quitármela. Ya tenía yo cinco días escondida cuando de repente me doy cuenta de que ya me habían localizado, pero ya entendida de lo que me iba a pasar, me escondí con la niña en un matorral, con la pistola en la mano. Cuál no sería mi sorpresa al ver que era la policía armada la que iba por mi hija. Estaba perdida. Si hacía fuego, era inútil. Pero ya decidida a todo pensé que mejor me mataran; ya estaba cansada de la vida que llevaba. Por donde quiera estaba obligada a venderme por la niña.

La policía no me encontró y yo pude escapar. Llegué a una casa y pedí posada. El de la casa me dijo que no quería compromisos y que no me daba posada. Entonces me fui a la orilla del río. Allí lloré mucho, con la niña en los brazos. Me pasé la noche espantándole los zancudos, sin poder dormir. Al amanecer me fui a otro ranchito. Allí estuve dos días y luego salí para México. Llegué con mi hija.

Una sorpresa me esperaba en México.

Me encontré con la novedad de que mi marido se había ido con una amiga íntima mía, al grado de que la invitaba a comer y nos pasábamos el resto de la tarde charlando. Me dice la mamá de Manuel:

—Ya ves, tú tienes la culpa; ¿para qué te fuiste?

Fui a buscarlo. Lo encontré en su trabajo. Le pregunté:

—¿Qué pasó con esto?

—Nada —me dijo—, yo te voy a seguir pasando dinero, al fin que a ti te debo todo mi bienestar; a nadie más que a ti. Estate en mi casa, con mi madre, y no te faltará nada.

Pasé una temporada. Luego me entró la desesperación y me fui otra vez al cabaret. Llegué en la noche. Las amigas que yo había dejado ya las encontré cortadas de la cara. Otra estaba en la cárcel, por robo. Pensé que si yo seguía allí, me pasaría igual, pero que yo no iba a ser tonta, que yo me portaría bien para no tener que sufrir las cosas de las demás mujeres.

Al poco tiempo empezaron con la cosa de que todas las mujeres del cabaret debían sacar su tarjeta de salud. Y pensar que yo la tenía que sacar porque ahora ya tenía a quién mantener y porque era forzoso. Se llegó el plazo que había dado Salubridad para que las mujeres sacaran su tarjeta. Se lo conté a mi suegra. Me dijo:

—¡Tú porque quieres, si al fin mi hijo te pasa!

—Sí, pero, yo no estoy conforme en que una mujer me haya quitado a mi marido.

—¿Entonces por qué no vas a quitarle a esa mujer lo que te corresponde?

—Lo que me corresponde ya lo tengo, que es mi hija.

—Lo que pasa es que tú le tienes miedo a esa mujer que te quitó a tu marido.

—No, eso no; pero es que iría a la cárcel y cuando yo vaya será por algo que valga la pena.

—Tu deber es quitarlo de esa mujer.

Después de lo que le ayudaste para que se hiciera hombre y que te pague ahora con esa moneda...

—Pues prefiero estar con tarjeta, que irlo a buscar.

—Bueno, ¡entonces no te quejes! Saqué la tarjeta y seguí en el cabaret por espacio de cinco meses. Tenía enamorados que me ofrecían casa bonita y todo, pero yo, ya temerosa, no me quise meter en más enredos. Me conservé bien, nomás con las propinas. Había noches que me ganaba hasta cinco pesos, según estaban los parroquianos.

Un día estaba yo durmiendo en la casa cuando llegó Manuel y me dijo:

—Ya sé que te vas al cabaret. Me lo dijo un amigo. ¡Qué vergüenza!

—Y qué, si yo estoy feliz, gano dinero.

—Sí, pero es que yo no quiero que tú estés en esos lugares. Mira, yo ya voy a ser bueno contigo. Esa amiga tuya se llevó todo lo que yo tenía: mi reloj, mi dinero y eso me hizo pensar que sólo mi mujercita era buena y espero que ya estará contenta. ¿Verdad que ya no te vas a ir a esos centros de vicio?

—Bueno, me quedaré contigo.

—Seguro que sí, ¡a hacer vida nueva!

Mi chivo Bencho

Nos fuimos a vivir a una vecindad, por la calle de José Joaquín Herrera. Era una vecindad horrible. Había se-

tenta viviendas, sin baños, con dos excusados para todos los inquilinos y diez lavaderos. Rentaba $16.00. Todas las mañanas había pleitos entre las vecinas por los lavaderos. Las que llegaban primero lavaban. Al sacudir la ropa se salpicaban de agua:

—¡Ora, no moje! Ya me está asté echando su porquería...

—Pues si no le gusta asté, ¿por qué no se va asté a vivir a las Lomas de Chapultepec? Allí hay casas muy bonitas.

La clase de ropa que lavaban las vecinas era lo que servía para clasificar a las gentes. Como yo usaba ropa un poco mejorcita que las demás, me decían la "curra de quinto patio". Había otras como yo. Entonces nos organizamos las curras contra las demás, contra las pobres, para defendernos. En las conversaciones de los lavaderos se pasaba revista a todas las vecinas.

—Figúrense que el marido de Natalia está viviendo con otra mujer y ahora nomás viene de vez en cuando a visitarla; y ésta tiene la desvergüenza de recibirlo, ¡como si ni tal cosa!

—Pero ella tiene razón —decía otra vecina—, cuando dice que si no quién la mantiene. No le queda más remedio que aguantarse.

Había otra vecina que se llamaba Juanita; estaba casada con un ferrocarrilero grandote. Todas las mañanas metían a la casa un barrilito de doce litros de pulque. Ya para medio día, nomás se oían los golpes y los gritos. ¿Quién ganará? Todas estábamos pendientes de la puerta, para ver quién salía. Pasaba rato y no salía nadie. Seguramente

los dos se habían noqueado. Ya en la noche salía Juanita, con la cara envuelta en un rebozo o en una toalla.

—¿Qué le pasó Juanita? —le preguntaban.

—Nada, nada, he estado un poco enferma, me dan calenturitas...

Nunca denunciaba a su marido. Y las palizas se repetían todos los días.

A lado de mi vivienda vivían unas espiritistas que casi todas las noches se ponían a hacer sus cosas raras. A media noche andaban por la azotehuela con velas encendidas y unos muñecos de cera.

—Ten cuidado Benita con tus vecinas —me decían— no te vayan a embrujar.

Un domingo, Manuel me llevó a pasear en auto a Contreras. De regreso, en el camino, se le atravesó un chivito recién nacido. Me bajé del auto y me robé el chivito. Estaba precioso. Mi padre tenía una chiva muy bonita. Se llamaba "Bencha". Entonces yo le puse al chivito "el Bencho". Lo quería mucho. Lo tenía en mi cuarto y lo sacaba a jugar al patio con los muchachos de la vecindad. Pero pasaron los meses y "Bencho" creció y se volvió muy aguerrido. Se brincaba la reja y se salía. Con el tiempo, le empezaron a crecer los cuernitos y ya le gustaba dar topes.

Los muchachos de la vecindad lo habían hecho bravo. Una vez que no estaba yo en la casa, se salió el chivo y se metió a la de las espiritistas. Tiró las macetas, mordisqueó las almohadas y las colchas. Cuando yo llegué vi que no estaba Bencho en la casa. Salí a buscarlo. Lo tenían encerrado las espiritistas y le estaban pegando. Se los quité. Pero desde ese momento, quedamos peleadas.

Cada vez que nos encontrábamos nos gritábamos y nos amenazábamos. Le conté a Manuel lo que había pasado y que las vecinas me provocaban todos los días.

—Si alguna vez vengo y te encuentro peleándote de pico con esas viejas —me dijo— no creas que te voy a defender: a ti te voy a dar una paliza. Si te vuelven a insultar éntrales a trancazos y si te encuentro golpeada, también te pego... para que no andes de escandalosa.

Los pleitos siguieron con las espiritistas, pero un día una tal Isabel, que no me podía ver les dijo:

—Ustedes ni se ensucien las manos, déjenmela a mí.

Me dio mucho coraje. Entré a la casa y cogí lo primero que encontré, un tenedor. Salí y me le eché encima. Se lo clavé por las costillas. El tenedor se le quedó prendido. Se armó el escandalazo. Vino la policía y me llevaron al Carmen. Al poco rato llegó Manuel, pagó la multa de doce pesos que me impusieron y salimos. No habíamos todavía dado vuelta a la esquina, cuando Manuel me arrima una cachetada que me sentó en el suelo. Hasta se me levantaron los pellejitos en el lugar del golpe y me quedaron los dedos pintados.

El comisario alcanzó a ver eso y ordenó que aprehendieran a Manuel.

Nos alcanzaron:

—¡A ver señora, qué le pasó?

—¿A mí? ¡Nada!

—Cómo no, y eso que tiene en la cara, ¿qué es?

Metieron a Manuel al bote. Yo fui a ver al comisario, a rogarle que pusiera en libertad a mi marido, que él no había hecho nada malo. El comisario se negó. Le estuve

rogando mucho. Yo no me fui de allí, insistiendo. La cosa sucedió como a las cuatro de la tarde. A las cuatro de la mañana, por fin, me lo dieron libre. Salimos. Por el camino nos fuimos peleando. Habíamos caminado como dos cuadras cuando me agarró otra vez a cachetadas. Me tiró y luego me cogió de los cabellos y me arrastró...

Y mi Bencho, ¡pobre!, lo tuve que regalar.

Jornada de ocho horas

Un día se me aparece con un montón de propaganda que iba a repartir y otra a pegar en las paredes. Le pregunté:

—¿Qué significa tanto papel?

—¿No sabes que ya ingresé al Partido Comunista? —me contestó.

—¿Y eso qué es?

—Pues el Partido de los trabajadores; un Partido que defiende los intereses de los obreros, como el que tienen en Rusia. Allí todo lo que existe es de los trabajadores y por eso me hice miembro de él. Al rato van a venir los compañeros que van a repartir conmigo la propaganda, porque mañana es 1o. de mayo...

—¿Y qué tiene que ver que sea 1o. de mayo?

—Pues es el aniversario de la matanza de Chicago, cuando los trabajadores de los Estados Unidos empezaron a luchar por la jornada de ocho horas... y otras cosas, que es muy largo de platicarte. Luego te lo voy a explicar. Si no vengo esta noche es que estoy en la cárcel. Se cuida mi mujercita, ¿eh?

—Yo te acompañaré.

—No. ahora no; ya será otro día. Salió. Esa noche no regresó. ¡Amaneció y nada! Seguro que ya está en la cár-

cel, pensé. ¿Qué será ahora de mí? Sin marido y con una hija que mantener. ¿Otra vez al cabaret? Salgo a buscarlo. Le pregunté al agente de guardia, en la Jefatura, que si estaba Manuel Rodríguez preso.

—Sí —me contestó—, lo cogieron anoche, por insultar al Primer Magistrado.

—Y ¿quién es ése?

—¡Cómo que quién es ése! Pues el presidente de la República. Todos los que lo insultan y tienen esas ideas como las del hombre que usted busca, van a la cárcel.

Me dio miedo. Pensé: ¡esto sí que está de la patada!

—Oiga, señor, ¿y qué haré para sacarlo?

—Nada, señora. ¡Al que insulta al presidente nadie lo puede sacar!

Salí llorando. ¿Qué haré? ¡Nada! Pues ese señor me dijo que no se puede hacer nada. Llegué a mi casa. Al rato se presenta un señor del Partido Comunista y me dijo:

—Señora, en representación del Partido Comunista de México le traigo un saludo por lo que le pasa a su marido...

—¡Ah!, ¿entonces por causa de ustedes está preso mi marido? ¡Ya verá lo que le va a pasar!

Tenía ganas de pegarle. Lo insulté, le eché la viga, le dije un montón de cosas, lo corrí, pero él se aguantó. Luego me dijo:

—¡Mire, señora, cálmese! Nosotros necesitamos su ayuda para sacar de la cárcel a Manuel. Usted debe ayudarnos.

—Pero, cómo, ¡si me dijo el policía que no se podía hacer nada!

—Usted vendrá con nosotros a un mitin y le hablará a la gente.

—¡Y qué le digo a la gente?

—Les dirá que su marido está preso por decir la verdad y defender a los trabajadores.

Nos fuimos al mitin. Por el camino me fueron explicando qué cosa era el Partido Comunista, por qué luchaba Manuel, por qué lo habían aprehendido, por qué teníamos que hablarle a la gente y lo que teníamos que decirle. Llegamos a la plaza Hidalgo. Allí hicimos un mitin. Hablaron varios oradores y luego yo. Casi ni sé lo que dije. Era primera vez que hablaba en público. Cuando estaba hablando yo, llegó la "julia" y se armó el lío. Me agarraron y me llevaron al bote, dizque por alterar el orden público.

Quedé detenida. Y ahora, ¿qué haré?, me decía. Mi marido en la cárcel. Yo presa, ¿y mi hija? ¿Qué será de ella? En la jefatura me tomaron declaración.

Me preguntaron:

—¿Por qué la detuvieron?

—¡ Pues no sé!

—¿No sabe? Bueno, pues por inocente, ¡queda detenida!

Viendo la injusticia que cometían conmigo, empecé a pensar que entonces mi marido también estaba preso por una causa justa y que yo debería seguir el camino de él: luchar por los demás, por los pobres, por los oprimidos, como me decía mi marido. Y como yo ya había llevado una vida arrastrada, ya conocía lo que era la miseria y el hambre, comprendí que el único camino que debía seguir era el de los trabajadores.

Como a los cinco días me dieron libre por falta de méritos, pero mi marido no salía. Yo seguí luchando con todo mi corazón para lograr su libertad. Pero Manuel seguía preso. Se tuvo que hacer otro mitin en la plaza de Santa Julia. Allí hablé otra vez y protesté por la prisión de mi marido y por la agresión del Japón a China. Los compañeros del Partido, ya me habían explicado esas cosas.

Llegó la policía y... ¡otra vez al bote! Yo pensaba: ¿pero por qué me ponen presa? Si nomás he protestado por la prisión de mi marido y he pedido que termine la guerra chino-japonesa porque es injusta. He protestado porque el imperialismo manda petróleo al Japón, para que siga la guerra contra China. ¿Es esto justo?

Empecé a interesarme por esas cosas y a preguntarles a los compañeros del Partido, para que me explicaran esas cosas que yo no entendía: qué era el imperialismo, qué era el Japón, China... y todo lo demás.

A los pocos días estaba otra vez libre. Pero mi marido seguía en la cárcel. Me aconsejaron que fuera a ver al Juez de Primera Instancia. Fui a verlo. Me recibió. Le dije lo que quería: la libertad de mi marido. Me contestó que era orden del presidente Ortiz Rubio, que sólo con una orden de él podría salir. Pero como no era posible ver a ese señor…

Entonces conseguí unos chiquillos. Les aconsejé que dijeran que yo era su madre y que Manuel era su padre. La treta me dio resultado, pues logré conseguir la libertad de mi marido, después de un mes de cárcel.

El juez me dio la orden de libertad como a las diez de la noche; en lo que llegué a la Penitenciaría eran las

once. Como era tarde, se negaban a darme al preso. Por fin, después de tantos lloriqueos logré que lo dieran libre. Salí con él. En el camino me prometió que nunca me olvidaría, que yo seguía siendo la mujer divina... y no sé cuántas cosas más.

Volvimos a ser felices. Ahora, él me explicaba en la casa todas las cosas que yo no entendía bien.

—¿Qué es eso de la jornada de ocho horas? —le preguntaba.

—Eso quiere decir que nadie debe trabajar más de ocho horas al día.

—Y capitalismo, ¿qué es? ¿Y qué quiere decir burguesía?

Él me iba explicando todo y yo ya empezaba a entenderlo, aunque no muy bien. Oía sus explicaciones pero a veces no las entendía. Él seguía en la lucha con entusiasmo. Una noche se me presenta y me dice:

—Benita, tengo que salir luego; pégame este botón que se me cayó.

—¡No te pego nada!

—¡Cómo que no!

—¡Claro! Porque yo ya trabajé mis ocho horas y tú me has dicho que nadie debe trabajar más de ocho horas al día...

El se rió mucho y me abrazó:

—Eres muy linda —me dijo.

Pero a las pocas semanas, se volvió a enamorar de otra mujer y me abandonó. Luego, a navegar yo sola, con mi hija...

La inculpada

Cuando vivía con Manuel, nos visitaba mucho Jorge Piñó Sandoval. Entonces era muy joven, estaba en el Partido Comunista. Por esa época luchaba como revolucionario. Aún no había traicionado la causa de los trabajadores. Como andaba muy amolado, casi no salía de la casa, para que le diera de comer. Siempre llegaba a pedirme una planilla o algo. A mí ya me tenían aburrida esos comunistas brujas que nomás iban a sonsacar a Manuel y a que les diera de comer.

Piñó procuraba explicarme por qué los comunistas andaban siempre sin dinero, por qué era que no tenían qué comer. Me hablaba de la lucha tan dura que tenían que sostener en esa época contra el régimen callista, que perseguía a los trabajadores y principalmente al Partido Comunista, vanguardia del proletariado, que se enfrentaba en primera línea al callismo.

Me decía lo que era la lucha de clases.

—Qué lucha de clases ni qué tus narices —le decía—, ¡lo que pasa es que los comunistas son unos flojos que no quieren trabajar!

—No. Benita, mira, deja explicarte. Yo lo picaba porque me gustaba oír sus explicaciones. Pero cuando llegaba Manuel, Piñó dejaba a un lado las explicaciones políticas y me decía:

—¿Vamos a comer, Benita? Ya llegó Manuel. ¿No tienes hambre. Manuel?

Comíamos los tres. Luego me pedía una planilla y se iba. Al día siguiente allí estaba y así todos los días. Un

día resolví no darle de comer a ver si se retiraba. Había yo preparado un mole muy sabroso. Cuando oí los pasos de Piñó que ya venía, corrí a la cocina y tapé las cazuelas. Entró Piñó:

—¡Aló, Benita! —me dijo con su voz atiplada. —¡Qué bonito huele!

Era el mole.

—Ah, sí —le dije—, es el mole que comimos ahora. Estaba muy oloroso, pero ya nomás el aroma quedó.

—¡Cómo! ¡A poco ya comieron!

—Pues sí, figúrate. Llegaste tarde.

—¡No la amueles, Benita!

En eso estábamos cuando llega Manuel:

—¡Dame de comer, Benita, que traigo mucha hambre!

—¡Entonces no han comido! —dijo Piñó. —¡Qué bueno!

Yo tiré a broma el asunto, pero en el fondo pensaba: qué caray, ya me falló el golpe. Piñó se frotaba las manos de gusto. Pero después, cuando llegaba a la casa, se iba directamente a la cocina y destapaba las cazuelas:

—Con permiso —decía. —¿Qué tenemos ahora de comer, Benita?

Yo ya había entrado al Partido Comunista, por eso la separación de Manuel no me pudo mucho. Comprendí que lo mejor para mí era seguir en el movimiento revolucionario. Me dediqué de lleno a la lucha. Me preparé, preguntando a los compañeros lo que no entendía, oyendo hablar a los oradores del Partido en los mítines. La poli-

cía ya me conocía rebién, así es que siempre que había un mitin, yo era de las primeras en caer a la cárcel.

Una noche, llegaron un grupo de muchachos trotskistas, amigos de mi marido. Yo iba a pegar propaganda esa noche, invitando a un acto para conmemorar la muerte de Julio Antonio Mella. Les dije a los muchachos:

—¿Qué hubo, qué pasó, me acompañan a pegar propaganda?

—¡Zas! ¡Vamos! —me dijeron.

—¿Y si los agarran presos?

—¡Que nos agarren!

—Bueno, vamos: mientras yo pego la propaganda, ustedes me echan aguas.

Salimos. Nos fuimos por toda la calle de Pedro Moreno. Al poco rato se me acerca uno de los muchachos y me dice:

—Parece que te viene siguiendo uno. Yo caminé más aprisa. El individuo también. Más aprisa, y el sujeto corrió para alcanzarme. Comprendí que era un agente y que iba a aprehenderme. Cuando me alcanzó me dice:

—Señorita, ¿no me da un volante de esos que anda pegando?

—No, porque son para la pared —le contesté.

—No le hace, deme uno, no tenga miedo.

—Le digo que no puedo, son para fijarse. No me venga molestando.

—Mire, si no me lo da, se lo tendré que quitar por la fuerza.

Para entretenerlo y ver qué hacía, le dije:

—¡Bueno, téngalo!

—Sí, pero no quiero uno, ¡los quiero todos!

—¿Y usted quién es para que le dé la propaganda?

Yo seguía caminando, buscando la oportunidad de correr. Él no me dejaba retirarme mucho. Al llegar frente a una tienda, me coge del brazo:

—¡Me da la propaganda o me la llevo presa!

¡Ay hijo de la mañana!, pensé, ¡cómo me estás jodiendo!

Para ver si podía escaparme, empecé a armar un escándalo, alegando a gritos con el agente. Él a que se la diera y yo a no dársela. Al poco rato ya se había juntado un montón de gente. Eran las nueve de la noche. Seguíamos alegando: que me dé la propaganda; que no se la doy. Pues me la da...

Se había reunido un grupo muy grande, para vernos alegar. Entonces le dije:

—Mire, ahora que me estoy acordando, usted no me quita nada, ¡ya se me subió lo Galeana!

—¡Cómo que no se la quito!

—¡No, joven! ¡Me llevará presa, pero con todo y propaganda!

Me estuvo jaloneando, pero no me la pudo quitar. Se me ocurrió echarle encima el cubo del atole. Dicho y hecho. Lo bañé todo. Mientras él se limpiaba los ojos, le pegué la propaganda en el cuerpo.

—¡Ay, hija de la mañana, ya me echó a perder el traje! —dijo el agente furioso.

—¡Qué bárbara! A quién le fue a echar el atole —comentaban las gentes. —¡Si es un agente!

Y el agente era nada menos que Sotomayor, el peor enemigo de los comunistas. Yo corrí, pero el agente me

alcanzó ya con la pistola en la mano. Me paré y cuando estuvo cerca de mí le di con todas mis fuerzas un puntapié en la espinilla y le arrebaté la pistola.

Así, armada, me subí a un mostrador de un gachupín y me puse a hacer un discurso porque había mucha gente. Todos estaban contentos porque había desarmado al policía. Con la pistola en la mano, apuntando a Sotomayor, seguí hablando de la muerte de Julio Antonio Mella, del gobierno de Portes Gil, enemigo de los trabajadores, cómplice de la muerte del camarada cubano, y de todas las demás consignas del Partido.

—Si se mueve, lo mato —le decía al agente y seguía hablando, sin perderlo de vista.

El gachupín de la tienda estaba furioso también. Con un palo me pegaba en las piernas para que me bajara del mostrador. Yo volteaba de vez en cuando para donde estaba él y le decía, apuntándole con la pistola:

—¡No me esté fregando, gachupín desgraciado!

Sotomayor estaba que echaba chispas:

—¡Bájese! —me grita. —¡Bájese!

Yo seguía adelante, echándole duro a la burguesía y a Portes Gil. Cuando terminé mi discurso, me bajé del mostrador.

—Deme mi pistola —me decía Sotomayor. —Si me la da, no me la llevo presa.

—¿De veras?

—¡Se lo prometo!

Yo me acordaba que en mi pueblo, el vencedor devuelve el arma al vencido y quedan amigos.

—Bueno, se la voy a dar.

—Venga acá.

Apenas se la di, me la pegó en las costillas y me dijo:

—¡Queda detenida!

—¡Ay, traidor! ¿Con que esas tenemos?

Me llevó a la Jefatura.

—Aquí traigo una que andaba pegando propaganda —les dijo—, pero ante todo quiero que me pague el traje; me costó doscientos pesos.

—¡Me meterán a la cárcel, pero que le pague el traje quién sabe!

—¡Me lo tiene que pagar!

—¿Sí? ¡No se vaya a empachar con lo que le dé!

Después de tres días incomunicada, me pasaron a Belén. Llegué:

—¿Cómo se llama usted?

—Pues la pura verdad, ya ni sé cómo me llamo. Cuando me agarran hasta se me olvida mi nombre.

—Oiga usted, aquí no se viene a jugar. ¡Diga cómo se llama!

—Bueno, pues Benita Galeana.

—¿Y su madre?

—¡Yo no tuve madre!

—¡Cómo que no!

—¡Pues no!

—¿Y padre?

—¡Padre sí, pa'que's más que la verdad!

Los viejos de la cárcel estaban retenojados. Por fin me pasaron.

Empezaron los gritos: "¡Ya parió la leona!" "¡Ahí va una nueva!" "¡Baño, baño!".

Y cosas por el estilo. Las presas se me echaron encima.

—Qué hubo, ¿qué traes?

—¡Nada! Nomás muchas ganas de bañarme.

—¡Újule! Ya nos falló el truco. Ésta no es de las que le tienen miedo al baño.

La celadora me preguntó:

—Y a usted, ¿por qué la trajeron?

—Por comunista.

—Pobres de los comunistas, sufren mucho; son las víctimas... Pero también dan mucha guerra, son muy escandalosos. Acaban de salir unos de aquí. ¡Dieron una lata! ¡Quieren que se les atienda como a unos reyes! ¡Espero que no será usted como ellos!...

—¡Su cama de la nueva! —gritó alguien.

—Pase a su dormitorio —me dijo la celadora.

Allí empezaron las presas a verme de reojo:

—Ya llegó otra comunista; no hay que juntarse con ella.

Estuve sin hablar con nadie. Al quinto día:

—¡Benita Galeana, a la reja! ¡A declaración a Cordovanes!

Me llevaron a pie, en medio de diez soldados. Sotomayor, como estaba ardido conmigo porque lo había desarmado, era mi peor enemigo y me tiraba muy duro. Quería que se me detuviera por un año. Yo me hice una defensa bastante buena y el agente quedó con un palmo de narices.

Pero no paró allí la cosa, sino que me pedían una fianza de dos mil pesos. Como yo no tenía dinero, ni mi

Partido tampoco, pues no era posible salir. Entonces me fui a ver al licenciado Carlos Zapata Vela y le dije lo que me pedían de fianza. Me prometió que él me la daría.

Pasaron otros días presa. Me volvieron a sacar a declaración. Por la calle vi fijada propaganda en donde el Partido Comunista exigía la libertad de la compañera Benita Galeana.

Llegué al Juzgado y le pedí al juez que me dejara salir en libertad por dos horas.

—¿Para qué? —me preguntó.

—Es que va a haber un mitin y yo quiero estar presente. Tan luego como se acabe, yo me vengo otra vez a la cárcel. Le doy mi palabra de comunista.

El juez me contestó:

—¡Muchacha, tú no tienes miedo a la ira de Dios! ¡Estás detenida por eso y todavía quieres ir a mítines!

—¡Sí, señor, porque ésa es la única forma que tenemos los trabajadores de salir avante!

—¡Pues no se puede! —me dijo. —¡No es posible!

Bueno, yo pensé que me les escaparía a los guardias. En eso llegó el licenciado Zapata Vela y dio la fianza que me pedían. Me pusieron libre, pero antes me leyeron el acta. Me dijo el juez:

—Supongo que no la va a firmar.

—¡Si me conviene, me canso de llamarla!

La empezó a leer. Pero en una de las líneas decía: "¡La inculpada declara…!".

Entonces yo lo interrumpí:

—¡Caramba! ¡Eso yo ya lo sabía, que yo no era culpable!

—¿Por qué?

—¡Pues usted lo acaba de confirmar!

—¿Dónde?

—Allí donde dijo eso de la inculpada...

Todos se echaron a reír, quién sabe por qué. Se pusieron a charlar comentando mi defensa. Luego el juez me dijo:

—¡Bueno, firme!

—¡Cómo no! ¡Traiga su papel!

Me puse a firmar deletreando, poniendo una letra aquí, otra allá. Se dio cuenta el juez que yo no sabía leer ni escribir, pero que mi defensa estuvo bien. Al despedirse me dijo:

—Señora, la felicito porque tiene usted mucho pico. ¡Si yo hubiera sabido que usted no sabía leer, la dejo un tiempecito más grande!

—¡Bueno, adiós! Me voy porque hay un mitin y espero que esta vez no me cojan.

—¡Adiós! ¡Qué le vaya bien!

Cuando llegué al mitin, ya había empezado. Pedí la palabra y apenas acababa de pedirla, me dice un agente:

—¡Queda detenida!

—¡Caracoles! ¡Todavía ni empiezo y ya otra vez!

Pero como no nomás a mí me iban a detener sino que querían llevarse a todos los comunistas, llegaron como veinte "julias". Se armó la bola. Hubo trancazos, pero nos agarraron a todos.

Ya en la cárcel siguió el borlote. Alguna de las presas gritó:

—¡Chingue a su madre Sotomayor!

—Ésa es Benita —dijo el agente. Se vino furioso.

—¡Tú gritaste eso, Benita!.... —me dijo.

—¿Yo? ¡Ni me ocupo! En primer lugar yo no uso ese lenguaje... y en segundo, yo no podría mentarte a ti la madre.

—¡Por qué no! ¡Ni que fueras tan educada!

—¡Pues por la sencilla razón de que tú ni madre tienes...!

Sotomayor se puso furioso conmigo y empezó a insultarme. Nosotros le contestamos. Los demás presos, al oír la gritería, se pusieron de nuestra parte, a protestar contra los atropellos de la policía. Se armó el relajo en toda la cárcel. Los celadores no pudieron callarnos y entonces llamaron a los bomberos. Llegaron estos con sus mangueras y nos echaron duchazos de agua fría, nos golpearon y luego... a dormir. ¡Fue una buena jornada!

De allí nos llevaron a Peredo. Nos pusieron a todos los comunistas juntos y, como no había rancho, el coronel nos mandó comprar de su dinero unos panes. Como no nos ajustara la comida, tuvo que partir por la mitad los panes.

Cuando llegaron las mitades, todos a una empezamos a gritar:

"Exigimos el rancho completo, si no, no comemos. ¡Nos declaramos en huelga, de hambre!".

El coronel avisó a la Jefatura que los comunistas se habían puesto pesados y entonces mandaron una "julia". Nos sacaron y fuimos a dar a la Penitenciaría. Y a allí pensamos que cuando estuviéramos en las celdas, nos iban a poner a hacer la "talacha". Nos pusimos de acuerdo para no hacerla.

Al día siguiente, a la cinco de la mañana, empezamos a oír el ruido de los aldabones de las puertas que se abrían para el aseo de la prisión.

Despertamos. Nos pusimos de acuerdo:

"Nos agarraremos a trancazos con la policía, antes que hacer la 'talacha'."

Los negreros de la prisión gritaron:

—¡Esas comunistas, afuera!

Salimos de las celdas.

—Cojan las escobas para la "talacha".

Entonces yo les grité:

—¡Muchachas, alertas! Nadie hace la "talacha".

—¡Seguro que no la hacemos!

—¡Cómo que no! —decían los negreros. —Aquí no vienen a querer; no están en sus casas, señoras.

—Nosotras, las comunistas, no estamos sujetas a los deseos de nadie —les contestábamos—, así es que pónganse en sus cinco sentidos y trátennos bien.

Luego empezaron las otras presas:

—¡Ora, a darle, señoras, porque si no lo hacen las vamos a pasar a cuchillo!

Viendo que las demás presas estaban contra nosotras, resolvimos improvisar un mitin para explicarles la situación. Cuando les hablamos, las presas se callaron y se empezaron a poner de nuestra parte. Cuando terminamos el mitin, las presas dijeron:

—Nosotras estamos con las comunistas y tampoco haremos nada de "talacha".

Entonces el director de la Peni nos mandó a distinción para que no siguiera la bola. Nos separaron. Nos

aislaron a las más escandalosas. Cada una en su celda, al grado de que no teníamos ningún contacto con los demás. Pero nosotras nos conchabábamos a los que llevaban el mandado y así podíamos comunicarnos. ¡Yo ya me sentía en la cárcel como en mi propia casa!

¡Cinco mujeres desnudas!

Por esa época estaba también en la Penitenciaría Alberto Gallegos, el asesino de la señora Chinta Aznar. Se hablaba de que se lo iban a llevar a las Islas Marías, pero que en el camino lo matarían. Se decía que en el mismo tren nos llevarían a todos los comunistas.

—¿Qué hacemos muchachas? —nos decíamos.

—¡Pues nada! ¡Aguantarnos como buenas comunistas!

Un día nos avisaron que íbamos a salir. Empezamos a gritar "mueras" al gobierno de Portes Gil. Cantamos La Internacional, La Varsovianka y demás coros revolucionarios que sabíamos. Así nos dábamos ánimo y a la vez impresionábamos a la gente, que veía que ante la amenaza de llevarnos a las Islas Marías, en vez de llorar, los comunistas nos poníamos a cantar.

Pero nosotras no dejábamos de pensar en nuestras gentes. Yo pensaba en mi hija. ¿Qué va a ser de ella, decía, si me llevan a mí también?

Cuando estábamos cantando, se acercó una señora, Eva Martínez, que estaba presa porque había matado a un doctor que la había engañado y le había hecho una cosa muy fea. Nos dijo:

—¿Ustedes son comunistas?

—Sí, ¿por qué?

—Yo conozco a algunos comunistas: a Gómez Lorenzo, a Revueltas, son muy buenos muchachos. Yo los admiro a ustedes por su abnegación, por su valor.

Nos hicimos amigas. Nos preguntó:

—¿Ya comieron?

—¡No! —le dijimos.

—Bueno, les voy a mandar.

Ella tenía criada, porque estaba en una celda de distinción y tenía muchas cosas de comer: chorizo, latas, y muchas cosas más.

—¡Mientras yo esté aquí —nos dijo—, no les faltará nada!

Pero a los pocos días, como vieron que ella nos estaba ayudando y se había solidarizado con nosotras, empezaron a molestarla. Le quitaron la criada, pero ella siguió haciendo la comida y nos daba de lo que hacía. Se portó muy bien con nosotras.

Como se seguía hablando de que pronto iba a salir la cuerda para las Islas Marías y que nosotras, las comunistas, íbamos a ir en esa cuerda, hicimos una reunión para ver qué acuerdos tomábamos. Discutimos el caso. Yo propuse que para dar tiempo a que los compañeros hicieran algo por nosotras, cuando fueran a sacarnos nos desnudáramos todas para provocar un escándalo, porque yo pensaba que no se atreverían a sacarnos así desnudas.

Las demás compañeras no estuvieron de acuerdo. Éramos cinco comunistas. Yo insistía en que era el único camino que nos quedaba, porque no se atreverían a sacarnos así por la calle y si lo hacían se provocaría un escándalo en los periódicos y entre el público que nos viera.

Pero resultó que una tarde se fugó un "pelón" de su celda, para ir a visitar a una presa que estaba en el Departamento de Mujeres, y de la cual estaba enamorado.

Las celadoras andaban buscándolo de celda en celda, porque no sabían con qué presa estaba. Los fierros de las puertas rechinaban y había gran alboroto en la prisión. Nosotras pensamos que ya andaban sacando a los presos para formar la cuerda para las Islas. Nos alarmamos mucho. Yo les dije:

—¡Ahora sí, no queda más camino que éste!

Y me puse a desnudarme rápidamente. Las demás no sabían qué hacer, pero al ver la resolución con que yo lo hacía, se pusieron también a desnudarse. Al poco rato ya estábamos todas completamente desnudas en nuestra celda, esperando que llegaran por nosotras.

—Se escapó un "pelón" —decían las celadoras. —¿Quién ha visto al "pelón"?

Los fierros de las celdas seguían rechinando. Nosotras listas, de pie, frente a la puerta, cogidas de la mano, totalmente desnudas. Por fin llegaron la celadoras. Abrieron y entraron. Cuando nos vieron en esas fachas, se sorprendieron mucho:

—¿Y ustedes qué están haciendo ahí encueradas?

—¡Nada! ¡Estábamos esperando que nos lleven a las Islas Marías! ¡Estamos listas! ¡Llévennos!

—¡Qué Islas Marías ni qué sus narices!

Se escapó un "pelón" y lo andamos buscando. Aquí debe estar porque están ustedes desnudas.

—¡Aquí no hay ningún "pelón"! —les contestamos indignadas porque nos habían hecho desnudarnos sin necesidad.

Las celadoras buscaron en la celda y se fueron. Nosotras nos vestimos rápidamente. Yo les dije a las compañeras:

—¿Ya ven que mi táctica empieza a dar resultado? ¡Las celadoras se asustaron y eso que son mujeres! ¿Qué tal si hubieran sido hombres?

Pasaron los días y no había nada de cuerda. Empezaron a caer más compañeros en la cárcel, entre ellos algunos que nosotras creíamos nos estaban ayudando a salir libres. Perdimos la esperanza de que nos soltaran.

Un día llega un negrero y nos dice:

—Por órdenes del presidente de la República quedan en libertad todas las comunistas.

Nos formaron y nos leyeron el telegrama:

—Ahora —nos dijeron— mándenle un mensaje al presidente, dándole las gracias.

—¡Nosotras no le damos nada! ¡Al que encarcela a los obreros y asesina campesinos no le vamos a dar las gracias!

—Bueno, pues quedan detenidas por no saber corresponder a la bondad del presidente.

Nosotras armamos una gritería terrible:

—Preferimos salir cuando los trabajadores se echen a la calle a exigir nuestra libertad, cuando los obreros de las fábricas denuncien a este gobierno vendido a los capitalistas y lo obliguen a ponernos en la calle.

Los negreros de la prisión, nomás meneaban la cabeza y decían:

—Son los comunistas la gente más escandalosa que hemos conocido.

—¡Seguro que sí! Porque sabemos defender nuestros derechos.

—¡Bueno, pues a sus celdas! Otra vez presas.

Como a las dos horas volvieron y nos dijeron:

—¡Esas comunistas, a la calle!

Nos pusieron en libertad. Nosotras estábamos encantadas, porque les habíamos hecho comprender que nosotras, las comunistas, no necesitábamos nada, ni le pedíamos nada al presidente asesino de trabajadores. Les demostramos que nosotras sabemos imponernos, y hacer valer nuestros derechos en cualquier parte.

Con los soldados

Ya en la calle, me acordé que se había vencido el mes de renta de la casa y el dueño era muy exigente; que me iba a poner una maltratiza porque no le había pagado la renta, y que tal vez hasta me lanzara.

Efectivamente no tardó en llegar. Me dijo:

—Señora, la renta.

Me quedé callada, pensando: ¿con qué le saldré a éste ahora?

Me dice:

—Ya vi su retrato en el periódico.

—¿Y qué? —le contesté.

—No nada. Yo lo que quiero es mi renta. Lo demás no me importa.

—Pues me tiene que esperar.

—No, eso no es posible.

—Pero, ¿qué quiere que yo haga?

—Que me deje la pieza o la lanzo.

—¿Para cuándo quiere que se la deje?

—Pues ya pronto. Bueno, tiene que venir el notario, para que él la lance.

Sin dinero, sin trabajo, sin casa, me decía yo. Y este viejo desgraciado, ¿por qué me maltrata así? Por eso he luchado y seguiré luchando para que los trabajadores se den cuenta que los ricos son nuestros enemigos y que ellos son los dueños de todo, hasta de nuestra libertad.

Pasaron unos días y llegó el notario. Me notificaron de lanzamiento. Me dieron dos meses de plazo.

Pues ahora, a buscar trabajo. Todos los días salía a ver qué encontraba. ¡Nada!

Yo vivía en la colonia Obrera. Era tiempo de lluvias. Salía con el agua a los tobillos, porque esas calles se enfangan mucho. Cuando llegaba al centro, ya no podía andar, con los zapatos llenos de lodo y sin haber desayunado. Sentía que me doblaba...

Un día me dijeron que en el periódico se decía que en Cuartel de Mesones necesitaban una señorita. Me arreglé y salí a ver si acaso me daban el trabajo. Llegué con el pagador y le dije:

—Señor, yo quiero trabajar.

—¡Újule, usted no puede! Está muy delgada. Yo quiero una persona fuerte.

—Deme usted trabajo —le contesté. Si no le cumplo, a los cuatro días me corre.

—Bueno, mañana se presenta.

Salí con bastante gusto. Llego a la casa. Le pregunto a la portera si no había visto dónde se había ido mi hija. Me dijo: se fue al colegio. Y yo pensaba: ¡pobre de mi hija, se fue sin desayunar! Pero ya pronto tendré dinero y comeremos. Yo le voy a demostrar al pagador que estoy delgada pero que le desempeñaré el puesto.

Al otro día llegué:

—Ya estoy aquí.

—Bueno, pues a darle. Hay que hacer seis barriles de agua fresca.

¿Qué será de mí?, pensé, yo no sé cómo se prepara. Le pregunté:

—Señor, ¿por qué no me dice cómo se prepara el agua fresca?

—Sí, yo la enseñaré cómo se preparan las aguas, la nieve y todo lo que no sepa, para que después las haga sola.

Todo salió bien. Pasaron los días. Una vez me consultó que si poner un restaurante daría resultado. Me dijo: Yo vendería cerveza para que los soldados la consumieran. Les podría aceptar vales para que los paguen cuando ellos rayen. Como yo soy el pagador, yo mismo se los descuento y me cobro.

—Siendo así, el negocio es seguro —le dije.

Se puso el restaurante.

Como los soldados estaban acuartelados, hacían el consumo. ¡Claro! Cuando llegaba la raya, ya estaban vendidos con el pagador y nunca tenían dinero. Un día me dijo el pagador:

—¿Ya ve cómo estamos haciendo negocio?

—Sí —le dije—, pero a los soldados los está explotando.

—¿Por qué?

—Pues, ¿no cuando llega la raya les descuenta todo lo que consumen de cerveza?

Otro día me dice:

—Yo la quisiera mejor para que fuera mi mujer. Ya así usted cuidaba del negocio como si fuera suyo. Pondría más atención en el asunto. ¿No le parece? ¿Qué me dice de eso?

A mí me dio mucho coraje. Le contesté:

—Yo lo único que le sé decir es esto: que usted quiere que sea su mujer para explotarme más, porque ya así no me pagará sueldo. Así ya tiene usted mujer y empleada al mismo tiempo. Me explotará como a los soldados...

—¿Cómo se atreve usted a decir eso?

Así quedó la cosa. Él no volvió a insistir. Yo seguí trabajando. Empecé a engordar. Llegué a pesar sesenta kilos. Cuando empecé a trabajar sólo pesaba cuarenta y cinco. Me puse bastante bien. Ya empezaban los hombres de mando a hacerme la rueda. Cuando el pagador se dio cuenta de que yo era cortejada por los otros me dijo:

—Si usted se enreda con alguno de esos, le quito el trabajo.

—No hay cuidado —le contesté—, de los que me andan enamorando ninguno me llena el corazón. Yo tengo ganas de querer a un hombre que sea de mi agrado, un hombre a quien yo quiera de veras, porque hasta ahora no he querido a nadie. Algún día tendré un cariño que me dé alegría. Yo creo que todavía no nace el hombre que será amado por mí...

—Bueno, pues ya le digo.

—Está bien, nomás que usted no se meta conmigo. Lo que pasa es que usted tiene celos mal fundados, porque yo no lo quiero.

Como ya se quedó enojado conmigo, un día me dijo que por qué no había checado una tarjeta, de las que les

daba a los soldados. Le respondí que se me había olvidado. Él me contestó que si no ponía más cuidado me quitaría el trabajo, y como eso me lo dijo delante de los soldados, estos me animaron:

—No tenga miedo, madre, que si él le quita el trabajo, nosotros no le compraremos nada de lo que tiene aquí.

De repente llegó un día y me quiso besar; como yo me lo fajé, se enojó y me dijo:

—¡Queda despedida!

—Está bien, ¡págueme lo que me sale debiendo!

—¡Aquí lo tiene!

Me pagó sólo cinco pesos y me mandó a la calle por el simple delito de no haberme dejado besar. Los soldados se dieron cuenta. Me dijeron que lo iban a boicotear, para que yo volviera pronto.

—Bueno, muchas gracias —les dije, y me despedí de ellos agradecida.

Por la tarde ya tenía una criada, pero los soldados no fueron a cenar ni a desayunar ni a comer. Perdió la mercancía que debía haber salido en dos días. Como no se vendía nada y como era negocio tener el negocio, tuvo que ir por mí. Luego que yo llegué los soldados me dijeron:

—¿Ya llegó madre? ¿Ya vio como dio resultado lo que hicimos?

—Gracias, muchas gracias —les dije. Seguí conquistándomelos. Un día les dije:

—Yo quiero platicar con ustedes. Quiero que tengamos una reunión.

—¿Para qué?

—Pues para hablar de organización. Ya ven, cómo están empezando a hablar del Servicio Militar Obligatorio y ustedes no lo van a permitir...

—Bueno, ¿en dónde va a ser la reunión?

—Yo les digo más tarde, por ahora sólo quiero que se pongan de acuerdo para que cuando yo los llame ya estén, listos.

Empezamos a reunirnos. Yo les daba pláticas sobre cómo debían organizarse para defender sus derechos. Sobre el Servicio Militar Obligatorio, que por entonces se hablaba mucho de él. Pasó el tiempo. Yo ya tenía un grupo de soldados que iban a ingresar al Partido Comunista. Estaban de acuerdo para ir a la célula que yo estaba formando, cuando uno de los soldados fue a decírselo al general.

Un día, el general llegó y me preguntó qué había de eso. Yo le dije:

—¡Nada!

—¡Cómo que nada!

—Pues ni modo que se lo vaya a decir, porque luego me hará su prisionera y a los soldados también. Pero le prometo que no hay nada entre los demás.

—¿Nada?

—¡Nada!

—Bueno, confío en usted, pero ya sabe que si llego a tener otra noticia la mando presa.

Pobre, pensé, cree que me va a asustar con el petate del muerto. ¡Si ya de eso estoy quemada!

Se fue. Dejamos la cosa así, por un tiempo sin hablarnos ni reunirnos.

Era un domingo. Oí que silbaban La Internacional. Fui a ver quién era. Eran los comunistas que habían caído presos, pero ellos no sabían que yo trabajaba en el cuartel. Yo me puse inquieta al ver que ya estaban allí los compañeros en el mismo cuartel donde yo trabajaba. Salí y le pregunté a un soldado:

—¿Quiénes son esos que están haciendo escándalo?

—Son unos comunistas que acaban de caer.

—Pobres muchachos, ¿por qué serán comunistas?

—Son unos tontos, porque el gobierno de Calles no los dejará vivos. Dicen que los van a matar a todos.

—¡Pobres! ¿Qué pudiéramos hacer por ellos?

—Nada, si los tienen incomunicados.

—No le hace; hay que hacer algo. ¡Tenemos que salvarlos!

—¿Pero cómo?

—Ustedes deben ir a los periódicos a avisar que aquí hay comunistas presos.

—Bueno, si usted quiere lo haremos.

—Pronto, vayan a la prensa, digan que en esta prisión hay comunistas.

Los soldados se fueron. Yo no podía comunicarme con los compañeros. Sabía que si los veía, me cogían presa a mí también. Un soldado fue a los periódicos e informó. Por la tarde, los diarios decían que estaban presos como cien comunistas por querer matar al Primer Magistrado. Eso no era cierto, sino que habían caído por luchar contra el Servicio Militar Obligatorio que se quería implantar entonces.

Esa misma tarde sacaron a los comunistas. Yo no pude saber para dónde. Le pregunté a un soldado:

—¿Para dónde se llevaron a los comunistas?

—Parece que los van a llevar a las Islas Marías.

—¿Sí? Pero, ahorita, ¿en dónde están?

—No lo sé.

—Pues procure averiguarlo y dígamelo luego.

—Bueno, ¿pero a usted qué le importa?

—Yo le diré después, por ahora quiero saber adónde los llevaron.

—Está bien, voy a preguntar.

Poco después me informaron que los habían llevado al Palacio Nacional. Bueno, pensé, cuando salga del trabajo iré a buscarlos. Pero como dieron las cinco de la mañana y yo no salía porque era el día que los soldados se emborrachaban y hacían el consumo de cerveza, no me era posible salir para avisar al Partido donde se hallaban los compañeros. No dormí pensando que se los llevarían a las Islas Marías y que el Partido no sabría dónde estaban.

Eso yo me lo suponía, pero en aquella época el Partido tenía más cuidado con sus presos que en la actualidad. El Partido tenía vigilados todos los lugares donde podían estar los caídos en las prisiones. Cuando caían algunos compañeros presos, los seguían hasta la jefatura y se ponían guardias en todas las prisiones. Claro que el que iba preso y lo llevaban en la "julia", tenía que cantar La Internacional para que los que vigilaban las prisiones se dieran cuenta de que lo sacaban.

Al día siguiente me presenté con los camaradas y les dije:

—¿Saben ustedes de los compañeros que cayeron ayer a la cárcel?

—Ya lo sabemos. Ahora sólo falta ir con los trabajadores de las fábricas y hacer mítines y protestar por la detención de ellos. Vete a ver a José Revueltas para que se pongan de acuerdo y ver cómo le hacen para salvar a esos compañeros.

Salí a buscar a Revueltas. La policía tenía ya órdenes de cogerme otra vez. En eso me encuentro a Revueltas. Me dice:

—Mana, te ando buscando para que hagamos un mitin por los presos.

—Pues a eso vengo yo también. Estábamos en la calle de San Juan de Letrán. En ese momento llega un agente y nos dice: "¡Quedan detenidos!". Vimos que un compañero se acercaba con propaganda. Entonces yo pegué un grito: "¡Viva el Partido Comunista!", en señal de que estábamos presos. El compañero no se acercó. Nos siguió para ver dónde nos metían y avisó al Partido que estábamos en el bote.

Para eso, mi compañero, Manuel, había pensado volver conmigo. El día anterior había estado en el cuartel a verme. Me dijo que me quería y que no había encontrado otra mujer como yo. Que ya estaba cansado de que todas lo quisieran nomás por su dinero. Me dijo que al día siguiente me vería para hablar más detenidamente del asunto. Lo estuve esperando, pero no llegó. Como no vivía conmigo, la cosa me tenía sin cuidado. Cuál sería mi sorpresa al llegar a la jefatura y encontrármelo allí.

—¿Qué haces aquí? —me dijo.

—¡Y tú?

—Pues cuando salí del cuartel me aprehendieron, por eso no fui a verte como habíamos quedado. Y a ti, ¿por qué te cogieron?

—Por lo mismo, ya sabes.

—Vaya, qué suerte.

Llegan los gendarmes empujándonos.

—¡Adentro señora!

—En momento, nomás no me toque —le dije al policía. —Yo iré cuando se me pegue la gana... porque los comunistas así somos.

—¡Cómo que espere! ¡Si usted no manda aquí!

—¡Será el sol, pero yo no me muevo!

Por fin entré a mi celda. Cuando estuve sola pensé que ya no iba a tener la chamba que me había dado el pagador. Pero, qué le hace, pensaba, ya mi marido se juntará otra vez conmigo y al menos me daría la comida y no tendría el problema de trabajar... ¡mientras no me dejara! Porque ya lo conocía que le gustaban mucho las mujeres y en cuanto le gustara otra... ¡segura dejada!

Salió él primero. Se portó muy bien. Vio a todos los camaradas para que saliéramos todos los que habíamos quedado en el bote. Cuando salí, volvimos a tener una vida buena.

Ya por entonces le había dado por el trotskismo. Un día se me presenta con Diego Rivera en mi casa, por Dr. Lavista. Como yo no conocía a semejante elefante, y tan feo, hasta me dio miedo de pronto. Me dice Manuel:

—Es el pintor de quien tanto te he hablado.

—Mucho gusto, señor, siéntese.

Yo no sabía bien todavía las cosas políticas. Empezaron a hablar del famoso Trotski. Quién sabe quién será

ese señor, me, decía yo; se fue el pintor. Yo ya estaba dormida, cuando se acostó mi compañero le dije:

—¡Qué hombre tan feo!

—Sí, pero es muy inteligente.

—Oyes, y ése que le dices tú... el caballito de Troya, ¿quién es?

—¿Te refieres a Trotski? ¡Uh! ¡Tú no lo conoces! Es el que ganó la guerra en Rusia... pero antes te quiero hacer una aclaración, que yo no hablé de ningún caballito de Troya...

—Bueno, es que no sé decir su apellido.

Un día Manuel me dice:

—Ya es hora de que te vayas a tu célula. Me cuentas luego qué se trató, porque yo quiero estar pendiente de todos los movimientos... ya ves cómo están las cosas. Me fui a la sesión. Después le conté todo lo que se había tratado. En otra ocasión:

—No sé cómo se pongan las cosas, porque me acusan de trotskista —me dijo.

—¿Y qué es eso? —le pregunté.

—Quiere decir que soy partidario del señor ése que te dije que había ganado la guerra en Rusia.

—Pues cómo se han de poner, si él luchó por lo mismo.

—No seas tonta, ¿no ves que ahora se peleó con Stalin?

—Pues yo no entiendo nada de eso.

Se fue y cuando regresó me dijo:

—Me querían expulsar del Partido.

—¿Y qué pasó?

—Me defendí. Cuando vayas a tu célula, no les digas nada si te preguntan algo.

—Pero de qué, si no sé nada.

—Del señor ése...

En el Partido me dice un camarada:

—Tú nos vas a decir dónde se reúnen los trotskistas.

—Pero si no sé qué serán los trotskistas.

—Cómo no, si descubrimos que tu marido es trotskista.

—¡Cómo! Si él siempre está conmigo y nunca falta a la casa. Así es que a mi marido no le anden agregando esos vicios, que él nomás el de las mujeres tiene, pero otro no.

—Mira, te vamos a explicar quién es Trotski: es un individuo que en una época estuvo por accidente a favor de los trabajadores, pero que luego traicionó a la Revolución.

—Ah sí, ya me acuerdo: el otro día estuvo en la casa. ¡Cómo no! Sí, ya lo conozco. Otro día que vaya lo corro.

—Pero si es que no está aquí.

—Sí, cómo no, les voy a decir cómo es: botijón, con los ojos saltones...

—No, si ese tío no está en México...

Otro día que tengamos tiempo te vamos a explicar quién es Trotski y qué es el trotskismo, pero ahora se trata de tu compañero que es un traidor y tú, como buena comunista, debes decir lo que sepas de tu camarada.

—No sé nada, verdad de Dios, que no sé nada.

—Bueno, de ahora en adelante te fijas en todo lo que haga y si te pregunta algo no le digas de lo que se trate aquí.

—Ya sé todo; él me dijo que lo quieren expulsar, después de todo lo que él ha luchado.

—Pero no te enojes, al fin que tú lo vigilas.

—No, ni crean, porque él me encargó lo mismo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te dijo?

—No se los digo, porque entonces me dirán que soy una traidora.

—Al menos ya sabemos que es trotskista declarado —comentaron los compañeros y se despidieron de mí—: ¡Salud!

Llego a mi casa y mi compañero me dice lo mismo:

—¿Qué hubo, qué se trató?

—¡Nada! Yo no soy una traidora ni a ti ni a ellos. No les diré nada. Yo mi asunto y nomás.

—Mira —me dijo—, si tú quieres tener una vida buena me tienes que decir todo lo que pasa en el Partido, ¡si no, nos separaremos!

—A mí no me andes con cuentos. ¡Tú ya tienes otra mujer y por eso me quieres dejar!

Las cenizas de J. A. Mella

Por ese tiempo, el Partido estaba organizando el envío de las cenizas de Julio Antonio Mella a Cuba. La represión estaba en todo su apogeo. Las cenizas de Mella habían sido colocadas en una cajita de madera para ser enviadas a La Habana, pero como presentíamos que la policía iba a tratar de quitárnoslas, el Partido había mandado construir dos cajitas iguales, para despistar. En una colocó las cenizas y la ocultó bien, en lugar seguro. La otra cajita, que no tenía nada, fue la que sirvió para los actos públicos que se iban a celebrar.

El Partido organizó un gran mitin en el Anfiteatro de la Preparatoria, con objeto de rendir el último homenaje a las cenizas de Julio Antonio, antes de salir de México. El Anfiteatro estaba lleno hasta los topes. Empezó el mitin. Hablaron Juan Marinello, de Cuba; Valentín S. Campa, del Buró Político del Partido Comunista de México; Manuel García Rodríguez, y otros oradores. Naturalmente los discursos eran contra el gobierno de Portes Gil, cómplice del asesinato de Julio Antonio.

Antes de que terminara el acto, la policía ya estaba en la puerta del Anfiteatro, tratando de entrar a arrebatarnos la urna con las cenizas de Mella. Nadie sabía que las cenizas no estaban en esa cajita, nomás el Buró Político del Partido y la comisión encargada de llevarlas a Cuba y que estaba compuesta por Marinello, Rodolfo Dorantes y otro camarada.

Al ver que había llegado la policía, el compañero Enrique Peña, creyendo como todos, que las cenizas estaban en esa urna, corrió, cogió la urna y fue a esconderla. La policía se fue detrás de él y lo rodeó. El pasó la cajita a otro y, así, la urna anduvo de mano en mano, para que no cayera en las garras de la policía. Los gendarmes estaban furiosos:

—¡La cajita! ¡La cajita! —gritaban. —¡Allí va la cajita!...

Pero la cajita había desaparecido.

Yo me había llevado, por aquello de las dudas, unos cuantos huevos podridos, porque sabía que se iban a necesitar. Efectivamente, al bajar las escaleras me encontré con que ya la gente estaba agarrada con la policía. Sin

más ni más, le aplasté un huevo en la cara al policía que estaba más cerca. El gendarme se fue a vomitar a un rincón. Seguí de frente estrellando huevos a los agentes, hasta que se fijaron en mí y empezaron a gritar:

—¡Agarren a Benita!

Se me vienen encima cuatro policías. Me agarran de los brazos y de las piernas, después de una lucha terrible. Hubo un momento en que me les solté y me puse a repartir patadas a los agentes. A uno lo tumbé desmayado. Cuando trataron de cogerme de nuevo, me le eché encima a un gendarme, pero éste quién sabe cómo me hirió con la bayoneta en un brazo. Por fin que me meten en una "julia", junto con los demás detenidos. Entre ellos estaban Juan Marinello, el licenciado Enrique González Aparicio, Germán Lizt Arzubide, Juan de la Cabada, Mirta Aguirre, las hermanas Proenza, Catalina Peña, y otros muchos compañeros y compañeras. Entre los detenidos estaba también un chino. Quién sabe quién sería. Nadie lo conocía.

Ya en la jefatura, empezaron a tomarnos declaración; le tocó primero al chino:

—¿Cómo se llama usted?

—Wong kom nan song pang ga mau.

El chino se soltó hablando en chino.

—Pero, ¿qué, no sabe usted español?

—Pote gim go kom pang san mom.

Nada. El chino empeñado. Entonces mandaron llamar a otro chino para que sirviera de intérprete. Le preguntaron en su idioma quién sabe qué cosas. El chino empezó entonces a hablar en inglés. Los de la jefatura se

dieron cuenta de que el chino les estaba tomando el pelo y se enojaron:

—¡Métanlo al bote!

—¡No! ¿Pol qué metel bote? ¡Plotesto!

—¿No que no sabías hablar español, chino desgraciado?

—¡Yo no hacel nada! Yo pasal pol allí, casualilá...

—¡Tenga su casualilá! —decían los agentes.

—Yo honolable. Tiene café. Comunistas muy enledosos; yo pasando pol ahí me agalan...

—A ver su pasaporte.

El pasaporte estaba bien.

—Bueno, queda en libertad.

Luego siguieron con nosotros. No me había dado cuenta de que estaba herida de un brazo. Alguien me dijo:

—¿Pero qué te pasó? ¡Estás herida de un brazo!

Entonces me volvió a dar coraje. Me subí a una banca para hacer un mitin dentro de la jefatura. Volví a atacar al gobierno de Portes Gil, hasta que por fin me encerraron en mi celda y caí rendida.

Pero Sotomayor no se conformó con llenar las "julias" de comunistas, sino que siguió buscando la cajita con las cenizas de Mella. Tuvo que forzar las cerraduras de las puertas de la Preparatoria para meterse a todos los salones. Meneó por todos lados, hasta que por fin halló la cajita en un tinaco vacío en la azotea. La abrió y se encontró con un papel que decía: "Como ya esperábamos este atropello, pusimos las cenizas de Mella en un lugar seguro"...

Las cenizas de Julio Antonio Mella reposan hoy en suelo de Cuba.

Se había levantado, por aquel entonces, la Ciudad Pullman para recibir a un grupo de capitalistas de Wall Street, rotarios o no sé qué. El Partido hizo entonces una propaganda contra esos individuos. A mí me comisionaron para repartirla. Yo me fui directamente a los patios de Buena Vista y les eché la propaganda a los carros donde vivían los turistas millonarios. La policía no tardó en aprehenderme. Pero yo logré fugarme y me subí a una de las rejas de la estación de Buena Vista y desde allí hice un mitin.

Los policías querían bajarme jalándome de los pies, pero yo les tiraba de patadas y los tenía a raya. La gente del pueblo se puso de mi parte: ¡Déjenla!, gritaban, ¡ella se bajará sola!

Por fin me bajaron y me llevaron a la cárcel. Me tuvieron tres días. El mismo día que salí llegaron los compañeros con más propaganda, ahora contra Hitler, para ser fijada esa misma noche. Yo me puse a preparar el atole y alisté todo para irme a la calle a fijar los volantes.

Tenía en la casa a dos paisanos que estaban muy amolados. Yo les estaba dando de comer, pero cuando salí de la cárcel les dije que buscaran dónde irse porque yo ya no podría tenerlos más allí. Estos, creyendo que la policía les daría algo, fueron a denunciarme que tenía más propaganda y que, además, me habían llevado parque y que se reunían allí muchos comunistas.

El día que iba a salir a fijar la propaganda, a eso de las tres de la tarde, llega un montón de policías a catear mi casa. Yo estaba dormida. No me di cuenta de que habían entrado los gendarmes, hasta que Lilia, mi hija, me despertó. Me dijeron:

—¡Abranos ese ropero!

—Nomás deje sacar las cosas de valor, porque ya los conozco, que son muy bandidos.

En la vecindad se había producido un alboroto tremendo al ver tantos policías en mi casa.

—¿Qué hiciste, Benita, a quién mataste? —me decía la gente.

No encontraron nada más que la propaganda. Me condujeron a la cárcel. Mi hija, se puso a llorar. Se les echó encima a los agentes:

—No se lleven a mi mamá —gritaba. —Mañana es día 6 de enero y si se la llevan no me compra mis juguetes. Además, me va a inscribir en la escuela... Si se la llevan ya no me inscribe. ¡Déjenla!

Le hice unas señas a mi hija para que se calmara y se quedara para que avisara al Partido y a los compañeros que no fueran a la casa porque los podrían aprehender, pues la calle quedó vigilada. Mi hija comprendió y se quedó. Algunas vecinas, al ver a la niña sola, quisieron llevársela a su casa, pero Lilia se negó:

—No. tengo que quedarme en la casa para atender a los huéspedes, porque si no se van y si no están cuando salga, mi mamá se enojará mucho.

A los pocos días me dieron libre otra vez.

El filoso

Pero no salíamos a descansar. En aquel tiempo el Partido tenía muy poca gente y entre los pocos que habíamos, teníamos que hacerlo todo. Hacer mítines, ayudar a los trabajadores en sus huelgas, reclutar obreros en las fábri-

cas, distribuir propaganda, hacer pegas y pintas en las noches y vender *El Machete*.

El órgano Central del Partido no había dejado de publicarse a pesar de las persecuciones, de haber sido saqueada la imprenta, de que muchos compañeros habían caído a la cárcel por venderlo o por leerlo. Quién sabe en dónde lo harían, pero el filoso estaba siempre en manos de los trabajadores, en las fábricas y hasta en los cuarteles, con los soldados. Cuando el Partido parecía que se iba a desbaratar, después de cada ofensiva del gobierno callista, encarcelando y mandando a las Islas Marías a los comunistas, *El Machete* salía, alentando a la gente, dando las directivas necesarias para el trabajo, llevando a todos la confianza y la fe para seguir luchando, sabiendo que había un Comité Central que no desmayaba, que escondido en cualquier parte trabajaba y mantenía viva la llama del entusiasmo.

Yo no leía el filoso porque me daba mucho trabajo, pues apenas podía juntar las letras, pero Manuel me lo leía en las noches y me explicaba las cosas que no podía entender. A mí me gustaba que me lo leyera porque las cosas que decía para explicar la situación las encontraba muy claras. Sentía yo un gran cariño por el filoso. Por eso, cuando por primera vez me comisionaron para salir a venderlo, me sentí orgullosa y feliz. Me parecía que el Comité Central me tenía confianza y me había encargado una tarea muy importante.

El filoso lo distribuía en el Distrito Federal un compañero polaco que había ingresado al Partido en México. Le decíamos "Bota-Botas": no sé por qué, pero todo el

mundo lo conocía por ese nombre; el suyo verdadero nadie lo sabía. Una vez, el compañero "Bota-Botas" cayó al bote por andar vendiendo el filoso en compañía de otros camaradas. Como se trataba de un extranjero, podían expulsarlo. Lo llamaron a declarar:

—¿Cómo se llama usted?

—Carlos Rosas —dijo "Bota-Botas" por decir algo, pero con un acento extranjero que echaba a perderlo todo.

—¿Es usted mexicano?

—¡Sí, señor!

—¡De dónde es usted?

—Soy micoacano...

Los de la jefatura soltaron la carcajada.

—¿Cómo? —le volvieron a preguntar.

—Micoacano —repitió "Bota-Botas".

Quién sabe cómo le haría pero el caso es que no lo expulsaron y siguió repartiendo el filoso. Cuando me entregaron el primer rollo de periódico para que saliera a venderlo me dio mucho gusto. Me levanté al día siguiente muy temprano, para arreglarle a Manuel el almuerzo. A las nueve ya estaba listo todo. Le di de almorzar a Manuel; arreglé la casa y salí a vender el periódico. Me fui por San Juan de Letrán. Como me sentía orgullosa de llevar *El Machete,* me puse a gritarlo en voz alta. Quería que todos supieran que yo llevaba el filoso. Cuando vendí el primer ejemplar sentí una cosa rebonita. Pero al poco rato me di cuenta de que unos agentes venían detrás de mí. Me eché a correr. Los agentes corrieron detrás de mí.

Lo que es a mí me matan, pero no me quitan el periódico, me dije, y me metí los ejemplares que me sobraban en el seno.

Los agentes me corretearon entre los puestos de San Juan, pero como había tanta gente no pudieron agarrarme. Seguí vendiendo y antes de mediodía ya los había acabado todos y pude volver a la casa a tiempo para preparar la comida y darle de comer a Manuel.

Cuando vieron que yo había vendido los periódicos, me dieron más y me comisionaron para vender en las fábricas La Carolina y El Ánfora. Allí era más difícil. Por aquella época, algunos líderes obreros hacían una labor terrible contra los comunistas y lograban engañar a los trabajadores. A veces, cuando nos presentábamos a las fábricas a vender el periódico algunos obreros nos insultaban:

—¡*El Machete,* compañeros: el periódico de los trabajadores!...

—¡Qué buena estás, negra! —nos decían. —Te lo compro pero te vas conmigo esta noche, ¿quiubo?

Pero había otros que sí nos lo compraban. En otra ocasión, que estábamos haciendo un mitin frente a La Carolina para vender el filoso, unos compañeros, azuzados por los líderes reformistas, nos echaron agua: nos bañaron toditas. Nosotras no hicimos caso y seguimos hablando. Entonces otros obreros se pusieron de nuestra parte:

—¡Estas son carajadas! —dijeron. No hay que ser así con las mujeres.

Los otros contestaron y se armó la bola.

Se echaron unos contra otros y hubo muchos trancazos. En las manifestaciones vendíamos también el filoso. En medio de la bola, había compañeros que nos decían leperadas. Muchas veces salíamos de allí casi llorando, al

ver que nuestros mismos hermanos de clase, los trabajadores, nos trataban así, pero cuando nos encontrábamos con otros obreros que nos respetaban y nos sabían tratar como camaradas, se nos olvidaba todo. ¿Qué importaba eso? Algún sacrificio había que hacer para que nuestro querido filoso estuviera en manos de los trabajadores, para que el Partido Comunista no perdiera su contacto con las masas. Esa tarea se nos había confiado y yo la desempeñaba con orgullo...

Los ojos verdes de Consuelo

Era el aniversario de la Revolución Rusa. Había que celebrarlo por encima de todo. El Partido organizó un mitin en el Salón Pirata, por la calle de San Miguel. Cuando llegué, ya había empezado el acto. Como acababa de salir de la prisión y no quería que me agarraran de nuevo, me había agenciado un sombrero muy elegante para disfrazarme, si era necesario.

Lo primero que vi llegando al mitin, fue a Sotomayor que andaba disfrazado de papelero, con un parche en la cara. Como él, andaban muchos agentes, también disfrazados. Se empezó a correr la voz de que en la sala había policías disfrazados y se avisó a los oradores. A los diez minutos ya habían empezado a querer hacer aprehensiones. Se armó la trifulca. Cuando terminó el acto, los agentes se apostaron en la puerta para ver a la gente que iba saliendo y aprehender a los comunistas.

Entonces yo me disfracé, poniéndome el sombrero. Parecía yo toda una burguesa y salí creyendo que no me reconocerían los agentes. Al pasar frente a ellos, me dijeron:

—Benita, quítate el sombrero; ya te conocimos.

—Ay, desgraciados, yo también ya los conocí; a poco creían que andaban muy bien disfrazados.

Ahí vamos a la jefatura. Lo mismo de siempre, preguntas y más preguntas: ¿Cómo se llama? ¿Por qué la traen? Huellas digitales, y todo.

Nos agarraron a varios comunistas: Consuelo Uranga, Rosa Pérez, Pedro Juliac y muchos otros.

Naturalmente: ¡Detenidos por insultos al Primer Magistrado!

Al mismo tiempo, la policía había aprehendido a un gringo que andaba estafando con un aparato para localizar tesoros. Al gringo lo metieron en una celda cerca de la nuestra.

A Consuelo y otras compañeras se las habían sacado a medianoche para llevarlas a Belén.

Al día siguiente, el gringo empezó a gritar:

—¡Consuelo! ¡Consuelito!

Yo dije: voy a hacerme pasar por Consuelo, para vacilar a este gringo.

Le contesté:

—¡Aquí estoy! ¿Pero quién te dijo que me llamaba Consuelo?

—¡Oh!, yo saberlo cuando ellos tomarte declaración.

—Y a ti por qué te trajeron, ¿por bandido?

—¡Oh no! Yo no ser bandido. Yo ser hombre de negocios. Y tú, ¿por qué estar aquí?

—¡ Yo por comunista!

—¡Oh, mocho malo!

Nos callábamos y al poco rato el gringo volvía a gritar:

—¡Aló Chelo! ¿Tienes colchón?

—¡No!

—¿Y jabón?

—¡Tampoco!

—¿Ya comiste?

—No he comido, ¡figúrate!

El gringo que tenía mucho dinero, hizo que me llevaran una colchoneta nueva, jabón Palmolive y encargó una comida al Regis con gelatinas, pollo y un montón de cosas buenas. Mis compañeros y yo, encantados de la vida. Yo repartía las comidas que me mandaba el gringo entre todos los compañeros. ¡Nos estábamos dando la gran vida!

—¡Consuelito! —volvía el gringo.

—¡Quiúbole!

—¡Has recibido lo que te mandé?

—Sí, muy agradecida.

—¿Sabes, Consuelito? Yo estar enamorado de ti.

—¡Pues, qué bueno! Yo también estoy enamorada de ti.

—¿Sí?, ¿y cuándo te enamoraste de mí?

—Pues cuando te estaban tomando las huellas digitales.

—¡Oh!, no ser momento oportuno.

El gringo era muy bruto y no se daba cuenta de que me lo estaba vacilando. Por lo pronto, él seguía cada vez más enamorado, mandándome cosas: desayuno, comida y cena del Regis, en una charola llena de cosas magníficas.

Así pasaron como ocho días:

—¡Consuelito!

—¡Qué hay!

—Voy a pedir cambio a otra celda más cerca de la tuya.

—Pero para qué... ¿no estás cómodo allí?

—Sí, pero yo querer ver otra vez tus ojos verdes...

Ahora sí que la amolamos, pensé yo. ¡Se acabaron las comidas del Regis! Volveremos al rancho de la cárcel. Como el gringo tenía dinero, consiguió que lo pasaran a una celda frente a la de nosotras. Un día de esos se nos presenta. Yo me acuesto, con la cara hacia la pared para que no me viera:

—¡Consuelito!

—¡Qué quieres!

—Yo querer mirarte.

—Estoy enferma. No me molestes.

Al fin del cuento, no pude evitar que el gringo me viera:

—¡Oh, tú no ser Consuelo!

—¡Bueno y qué!

—Tú ser muy fea... ¡Infeliz! Estarme estafando una semana... ¡Bandida!

Se puso furioso. Me la rayó en inglés y en español. Pidió que lo cambiaran a la celda que tenía antes.

¡Pero durante ocho días, el nombre y los ojos verdes de Consuelo Uranga, nos dieron de comer, como hacía mucho no habíamos comido!

Unos dicen que hice mal, otros que hice bien al explotar al gringo.

Yo lo único que sé es que los que estaban conmigo, en la cárcel, se ponían muy contentos cuando llegaban las

charolas del Regis. Y luego, yo pienso: al cabo el dinero el gringo lo robó a los mexicanos, entonces es justo que lo aprovechen los mexicanos...

Errores del Partido

Manuel se había vuelto a juntar conmigo para que le sirviera de espía, pero se llevó el gran chasco, porque cuando yo supe lo que era el trotskismo me puse alerta y me empecé a fijar en sus movimientos.

Había un español, llamado Manuel Grandioso, que me decía:

—Mire, camarada, usted debe estar con nosotros, porque los comunistas quieren matar al hombre que hizo la Revolución, usted nos servirá mucho.

Total, que ahí viene la lucha entre mi compañero y el Partido. Yo no les decía nada, ni a uno ni al otro. Uno me decía que él tenía razón. Los otros que ellos. Hasta que un día me dijeron en el Partido que si no dejaba a Manuel me expulsarían.

¿Cómo le haré?, pensaba yo.

Por esos días a Manuel le dio por el deporte. Se hizo socio de la Guay. Se iba a nadar todos los días. Ya no quería salir de allí y era que allí se veía con una mujer. Entonces, decidí dejar el asunto por la paz. Nos separamos. Él se fue con la otra, pero esta vez me dejó dinero y muebles.

Un día me llaman de mi célula. Cuando llegué ya estaban reunidos. Empezó la discusión. Se trataba de expulsar a los trotskistas. Yo me opuse. Proponía que se les dieran trabajos pesados para probarlos. Entonces el secretario de la célula, Revueltas, me dijo:

—Mira, Benita, si tú te opones, también a ti te expulsamos.

—Mano, si tú no eres nada. El Comité Central es el único...

—Pero yo, como representante de él, declaro expulsados a todos los trotskistas y a ti también.

—Mira, cabronsísimo, tú no me vas a expulsar a mí.

—¡Me canso!

—Pues para que de veras te canses...

Me le eché encima y nos agarramos a trancazos.

Yo no tomé en cuenta la expulsión tan arbitraria que había acordado Revueltas. Seguí luchando como si tal cosa. Caí a la cárcel por tomar parte en la huelga de los camioneros de Tacuba. Quería demostrarles con hechos que yo seguía siendo revolucionaria por encima de todo. Lo de la expulsión lo consideré como una cosa de Revueltas y nada más. Aunque también sentía que el Partido cometía algunos errores, pero que, a pesar de eso, era lo suficientemente listo para corregirlos y seguir luchando contra la burguesía.

Lo veía por mí, que había logrado arrancarme del cabaret y despertar mi conciencia revolucionaria; me había hecho comprender cuál era mi papel en la sociedad capitalista: a lado de los trabajadores. Y no porque el Partido se ocupara mucho de la educación de sus miembros. Al contrario, yo critico el descuido que tenía con sus hombres y mujeres que militan en él. No se preocupaba gran cosa por su educación. Yo me pongo como un ejemplo de ello.

Veía que camaradas muy capaces e inteligentes, eran los que más maltrataban a sus compañeras, con despre-

cio, sin ocuparse de educarlas, engañándolas con otras mujeres como cualquier pequeño burgués y, en cambio, los primeros en decir: "¡Son unas putas!", cuando la mujer anda con otro.

Yo que he querido ser un ejemplo para las camaradas, no lo he logrado porque he tenido muchas desventajas, por ejemplo, la desgracia de no saber leer; es una de mis debilidades más grandes. Pero de esto, yo no culpo al Partido... Bueno, en parte, porque cuando estuvo bien, podía haberme educado políticamente. No lo hizo. Otras veces fui a pedir que me ayudaran a conseguir trabajo. Vi a varios camaradas para que me ayudaran y, a pesar de que ya el Partido estaba en mejores condiciones, no me hicieron caso, pero en cambio sí veía con tristeza que gentes que ni siquiera habían luchado por nuestro Partido estaban con buenas chambas... Eso no me desanimaba porque comprendía que yo no le podía dar al Partido el rendimiento de trabajo que otros compañeros más capaces.

Entonces algunos camaradas me decían:

—¿Por qué no vas a ver al compañero Laborde?

—No, eso no.

Yo pensaba: Laborde es nuestro jefe.

Él está para orientar la lucha de nuestro Partido, no para ocuparse de las pequeñas cosas que nos ocurren a nosotros. ¿Qué le puede importar a él que Benita Galeana tenga o no trabajo?

Es cierto que a veces, cuando la situación se me ponía muy mala, me decía: tengo ya algunos años de luchar en el Partido Comunista. Cincuenta y ocho veces he caído a la cárcel por la lucha. He pasado hambres, priva-

ciones, persecuciones. He estado a punto de quedarme ciega y muchas veces he expuesto mi vida por el Partido. Pero hasta ahora, ni siquiera se han ocupado de mí. En estos años de militar en el Partido no he tenido siquiera una frase de aliento, de simpatía, del jefe de mi Partido. Es más, y aunque parezca mentira, en estos años de lucha ni siquiera un "Buenos días, Benita" he recibido de Laborde.

Ya sé que no soy nadie en el Partido. Un miembro de fila, atrasado políticamente. Pero nunca sentí que los dirigentes del Partido mostraran ningún interés por encauzarme, por mejorar mi trabajo revolucionario, por hacer de mí, aconsejándome o estimulándome, una luchadora más consciente y capaz. He sentido que me han dejado sola con mi ignorancia.

En mis años de lucha activa en el Partido logré conquistarme algunas simpatías entre el pueblo, porque yo he vivido toda mi vida en contacto con el pueblo, al grado de que, cuando me presentaba en algún mitin, la gente empezaba a gritar:

"¡Que hable la compañera de las trenzas!" La de las trenzas era yo, porque así me peinaba, como las mujeres del pueblo, y la gente me tenía confianza por eso y seguramente también por mi modo de hablar que ellos entendían muy bien. Estas cosas, podía haberlas aprovechado el Partido, haciendo de mí una militante más capaz y mejor orientada... pero nunca se ocuparon de mí.

Después, cuando estuve a punto de alejarme del Partido, por mi amor tan grande por Humberto, no hubo nadie que dijera: "¡Hay que ver si salvamos a Benita!, sino

que se pusieron a decir nomás: "¡Benita ya está perdida, está muy aburguesada!".

Así como a mí no me ayudaron a desarrollarme, creo que ha sido con casi todos los camaradas.

Pero a pesar de estas cosas, yo seguía con la misma fe en mi Partido, sabiendo que es capaz de corregir sus errores, porque admite la crítica. Luego pensaba: si el Partido, con todos sus errores ha logrado transformar mi vida, arrancándome del vicio, ¡qué no haría si corrigiera esos errores!

Camaradería

Vivía yo con la mamá de Manuel. Una noche me encuentro a Juan de la Cabada. Me dice:

—Te invito al teatro.

—Pero es que no puedo llegar tarde a la casa.

—Bueno, nos saldremos temprano. Fuimos al Iris. Al salir nos encontramos a Pedro Juliac.

—¿Adónde van? —nos pregunta.

—Voy a dejar a Benita a su casa —contesta Cabada— porque no puede llegar tarde.

—Pues yo traigo dinero, si quieren les invito unas tortas.

—Pero, ¿no son unas "tortas corridas"? En los tiempos de ilegalidad, los jóvenes del Partido pasaban por una miseria terrible. No tenían qué comer. ¡Pasaban unas hambres! Entonces, el grupito de estudiantes comunistas compuesto por Pedro Juliac, Rodolfo Dorantes, Enrique Ramírez y Ramírez, José Revueltas, Carlos Rojas Juanco, Raúl Calvo, Ignacio León y otros, habían dado en llegar a

los cafés y restaurantes y pedir de comer. Después que se habían hartado echaban a correr. A esto le llaman "cafés corridos" o "cenas corridas", según lo que fuera.

Una vez, cuando vinieron a México los escritores españoles Rafael Alberti y María Teresa León, los jóvenes comunistas les ofrecieron un "banquete corrido", únicamente que, como eran los del homenaje, les dieron media hora de ventaja para que corrieran antes de que se armara el lío.

Después, el Buró Político del Partido criticó mucho a los jóvenes comunistas por estas cosas y los "cafés corridos" se acabaron. Pero entonces, todavía se usaban...

—No, de veras —nos dijo Juliac— traigo unos centavos.

—Bueno, vamos.

Estuvimos en los puestos del portal y cuando nos dimos cuenta ya se nos había hecho tarde.

—¿Ahora qué hago? —les dije—, ya a esta hora no se puede entrar a la casa. Además me da pena despertar a la señora.

Los muchachos tampoco tenían casa dónde dormir.

—Bueno, si quieren —dice Juliac—, yo conozco un hotel por Colombia, donde hay cuartos de setenta y cinco. Podemos tomar uno.

Fuimos y pedimos un cuarto. El hotelero se nos quedó viendo:

—¡Cómo! ¿Una mujer para los dos?

—¡Claro! —dijo Juliac—, porque esta mujer vale por dos... y hasta por tres.

El hombre no podía comprender que una mujer pudiera dormir con dos hombres... como camarada. Yo me

acosté en el rincón, luego Cabada, después Juliac. Al día siguiente cuando salimos, el hotelero seguía intrigado, viéndome de abajo arriba.

—Quién sabe qué se estará imaginando este viejo desgraciado —les dije.

—Pues qué se ha de imaginar, que hicimos vaca —dijo Juliac…

Salimos a la calle y cada quien se fue por su lado.

Al verme en la situación en que estaba, sin trabajo, sin dinero, sola, pensaba: ¿qué, tendré que volver otra vez a hacer la vida que hacía antes? ¡No! Buscaré trabajo, aunque sea de portera... Pero como era tan conocida como comunista, nadie me quería dar chamba.

Siguió la lucha contra el callismo, contra el PNR.[2] Yo seguía luchando a lado de mis compañeros. Nadie tomó en serio lo de mi expulsión ni se volvió a hablar de eso. Cuando había un mitin, yo era la primera que caía, porque todos los policías me conocían re bien, porque yo siempre me agarraba con ellos.

Después de una de tantas caídas al bote, salí a la calle. Me encontré sin dinero, sin saber qué hacer. Con hambre. Aquello no era vida. Entonces resolví volver al cabaret, con una pena que mejor me quería morir. Sentía asco al ver cómo se explotaba allí a los trabajadores que iban a dejar su raya, y mis compañeras me daban lástima cómo eran explotadas por el dueño del cabaret, que les cobraba cinco pesos cada vez que salían con algún amigo...

Entonces sentía más rabia contra el régimen capitalista, que es el culpable de que existan esas cosas. Decía: yo seguiré luchando en el Partido Comunista con más ganas que antes, hasta acabar con este régimen burgués...

—Un día se me presenta un agente de la reservada.

—¡Oye! ¿Pues qué ya no eres comunista?

—¿Y a usted qué le importa? —le contesté.

¡Caracoles! Es terrible de veras que nosotras las revolucionarias no nos podamos ganar la vida en otra forma. Así la burguesía tiene por dónde atacarnos.

Una noche llegó un gringo al cabaret y me invitó a tomar unas copas. Como yo sabía que no debía tomar, le dije que no. Me insistió pero no lo logró. Entonces se quedó platicando conmigo. A las dos de la mañana, cuando se fue, me dice: como no quiso tomar nada le regalo este billete. Mañana la veré.

Al día siguiente fue a la casa a invitarme a dar la vuelta. Acepté. Paseamos.

Luego me dijo que si no quería ser su mujer. Yo le contesté:

—¡Lo pensaré!

—Pero luego, porque me voy. Soy gerente de El Águila y vivo en Tampico. Debo salir luego.

Pensé que si me iba tendría que abandonar el movimiento; pero entre eso y seguir en el cabaret, preferí irme. Acepté y me fui con él a Tampico. Me puso una casa muy bonita con muchos muebles. Tenía dos criados chinos y una criada para mí sola, para que me cuidara. El gringo me quería bastante, con exageración. Yo no hacía nada y tenía todo lo que quería... ¡hasta lujos!

Pero un día recibí una carta de Manuel Rodríguez, donde me decía que estaba preso y que si no iba a sacarlo.

Rompí la carta y no le contesté. A los pocos días recibí otra donde me decía:

"Benita, te recuerdo más que nunca, porque en la cárcel y en la cama es donde se experimenta a los amigos, pero ya sé que aquél que a hierro mata a hierro muere. Sólo quiero ser tu consejero, tu ángel de la guarda. Sé que estás muy bien; sólo te pido que vengas a sacarme. Sé que tú lo harás porque te conozco bastante que eres capaz de hacerlo"...

Cuando llegó el gringo le conté todo y le pedí dinero para ir a México a sacar a Manuel, como el gringo me quería tanto y no me negaba nada me lo dio, pero con la condición de que regresara a su lado. Se lo prometí y me vine a México.

Fui a ver a Manuel. Me nombró su defensor para que pudiera entrar a la cárcel a la hora que quisiera. Me indicó lo que debía hacer: ver al juez y otras cosas. Por fin salió. Entonces él quería que volviéramos. Le expliqué que el que lo hubiera sacado no quería decir nada. Que, yo no volvería con él, en primer lugar porque siendo él trotskista no merecía que una mujer revolucionaria se ocupara de él.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Te regresarás a Tampico?

—No, porque yo ambiciono mi libertad y no quiero depender de nadie. Seguiré luchando como hasta ahora, bajo la bandera del Partido Comunista.

—Yo te ayudaré —me dijo Manuel. Esta separación fue la última. Yo ya no podía volver con Manuel, que se había hecho trotskista descarado. Yo no podía perdonarle que hubiera traicionado la causa de los trabajadores. Dejé de sentir estimación por él, y a propósito de los que

han traicionado la causa, me acuerdo de Rubén Salazar Mallén.

Por aquellos tiempos Salazar Mallén había ingresado al Partido. Entonces las reuniones se hacían en las casas de los simpatizantes o de los compañeros. En algunas ocasiones sesionamos en la casa de Salazar Mallén, que vivía por Venezuela. Casi siempre salíamos de pleito con él en las sesiones, porque no podía entender las cosas, ni la táctica del Partido, por más que se le explicara.

Se decía que lo que lo había llevado al Partido era su amor por una compañera militante. Debe haber sido cierto eso, porque el caso es que él nunca estaba de acuerdo con la línea del Partido. Yo le decía a veces cuando platicábamos:

—Yo creo que usted piensa así porque está enfermo. Las personas que tienen algún defecto físico se vuelven muy envidiosas. Si no estuviera usted así...

Él me contestaba, arrastrando la lengua:

—Se... se... sería lo mismo.

La compañera de que él estaba enamorado procuraba interesarlo en la lucha, pensando seguramente que sería bueno para el Partido contar con un intelectual como Salazar Mallén. Cuando lo acompañaba, lo tomaba del brazo, del lado que cojea. Entonces, ella cojeaba también. En las sesiones, cuando ella tenía que pararse para algo, cojeaba por Salazar Mallén.

Por fin y como éste no llegó nunca a entender la línea del Partido y como no tuvo éxito con la compañera que pretendía, se puso en un plano en que hubo que echarlo fuera del Partido.

—Algunas veces lo encontraba en la calle.

Me decía:

—Benita, ya salió usted de la cárcel...

—Sí, y usted brilló allí por su ausencia.

—Es que yo la admiro desde fuera. Es usted muy valiente. Está siempre dispuesta a pelear.

Todavía después de su expulsión asistía a nuestros mítines, hasta que una vez los trabajadores lo arrojaron del Anfiteatro de la Preparatoria. Su traición a la Revolución, su amistad con los "Camisas Doradas", lo habían hecho odioso.

La última vez que lo encontré me dice:

—¿Cómo está, Benita? ¿Sigue usted siendo valiente? ¿Sigue usted militando bajo sus compañeros?

—No bajo —le dije—, ¡a lado de ellos!

Me invitó al café París. Yo rechacé la invitación.

La huelga de hambre

Yo seguí con más entusiasmo que nunca luchando en el Partido Comunista. La represión seguía. Constantemente teníamos choques con la policía. En una ocasión nos comisionaron a mí y a Revueltas para que hiciéramos unos mítines por la libertad de unos compañeros que estaban presos en Santiago.

Andábamos en eso Revueltas y yo, por Arcos de Belén, cuando nos detuvieron y nos llevaron a la jefatura. Allí nos tuvieron un rato y luego nos condujeron en un coche particular al Palacio Nacional, donde estaban los demás compañeros detenidos. Cuando llegamos, ya les habían tomado declaración a todos; nomás faltábamos

nosotros. Me pasaron a mí primero a declarar. El que tomaba la declaración era un militar que no nos conocía. Preguntó:

—Señorita, y a usted, ¿por qué la detuvieron?

—¡Ay, señor! Pues no sé. Yo estaba platicando con este joven que es amigo de mi familia. Le estaba preguntando por sus hermanas, cuando llegaron los agentes y lo detuvieron; entonces yo le dije: "Oye, ¿pero qué hiciste?.. ¿Robaste, o qué?". Y entonces el agente, sin más ni más, nos dice a los dos: "Jálenle".

Hice tan bien mi papel que el militar movió la cabeza y dijo:

—¡Qué barbaridad! Estos agentes de la policía cometen cada atropello que da miedo. Seguramente usted es católica, ¿no?

El militar se fijó en una medallita que yo llevaba en el cuello, un recuerdo de familia, y pensó que sería algún santo o cosa de Iglesia.

Por de pronto no supe qué contestarle.

No sabía si debía decir que sí era católica o no. Revueltas me hizo señas con los ojos que le dijera que sí.

—Sí, muy católica.

—Ya lo estoy viendo, por la medallita. No, si no le digo que esos agentes de la jefatura hacen una de barbaridades... ¡Esta señorita queda libre inmediatamente...! —ordenó.

En ese momento llegó un empleado de la jefatura, y le dice al militar:

—Aquí están los expedientes de los comunistas detenidos.

El mío iba mero arriba.

Salí lo más aprisa que pude de Palacio, con la intención de echarme a correr nomás que llegara a la calle. Cuando ya iba a llegar a la puerta, sentí que venían detrás de mí. Apreté el paso. Luego sentí que me cogían de un brazo:

—Un momento, señora.

Me llevan para adentro otra vez. El militar se me quedó viendo muy enojado. Dijo:

—Con que muy católica, ¿no?... Es usted un águila descalza.

Se llevaron a los demás camaradas, y nos dejaron sólo a Revueltas y a mí. No querían sacarnos a todos juntos para que no se hiciera el escándalo. Por fin dieron la orden de partir. Se formó una escolta de treinta hombres, soldados con bayoneta calada y un oficial. Nos pusieron en medio a Revueltas y a mí y dieron orden de salir. Antes, el oficial me dijo:

—Señorita, tiene que guardar mucha compostura, porque si provoca usted algún escándalo me veré precisado a hacer uso de mis armas.

—¿Sí? —le contesté. Y si yo tuviera otra, los dos haríamos uso de ellas.

El oficial dio la orden: "¡Armas al hombro! ¡De frente! ¡Marchen!". Salimos. Como en la puerta de Palacio hay muchos soldados, yo dije: no desperdicio esta oportunidad... y empecé a gritar:

—¡Abajo, el gobierno de Ortiz Rubio que encarcela a los trabajadores y los envía, a las Islas Marías! ¡Viva el Partido Comunista de México!

Yo segura caminando y gritando cosas.

Ya se había juntado mucha gente. El oficial no sabía qué hacer. Entonces dio orden de alto y de dar media vuelta. Nos llevaron otra vez adentro. Nos metieron en una sala y nos tuvieron allí un rato. El oficial se acercó y me dijo:

—Ahora sí, señorita, vuelve a haber escándalo, le garantizo que haré uso de mis armas.

—Bueno —le dije—, le prometo que no volveré a gritar si me dice adónde nos llevan.

—De acuerdo —me dijo. Los llevamos a Santiago.

Yo aproveché un momento que nos dejaron solos, para robarme un pedazo de cartón donde escribí, como pude: ME LLEVAN PRESA POR COMUNISTA. Yo dije: no gritaré, pero me pongo el cartón en el pecho. Al poco rato se formaron otra vez los soldados y ahí vamos…

Salí sin gritar por la puerta de Palacio, como había ofrecido, pero ya por la calle de la Moneda vi tanta gente que no pude aguantar las ganas y empecé a gritar "mueras" al gobierno de Ortiz Rubio, a la burguesía, y me puse el letrerito en el pecho.

El pueblo empezó a gritar también:

—¡Déjenlos! ¡Suéltenlos!

Yo llevaba un vestido largo, café, de *chermeusse,* muy bonito y elegante. La gente comentaba: "¡Nunca se había visto que llevaran a una señorita así entre tantos soldados!".

El pueblo nos seguía. Cada vez eran más y más. Los soldados tenían miedo que el pueblo se echara sobre ellos, para libertarnos. Con los rifles se iban abrien-

do paso a culatazos, pues el pueblo casi no nos dejaba avanzar. Yo seguía echando gritos contra el gobierno que asesina campesinos y encarcela trabajadores, y todas las consignas del Partido.

El pueblo gritaba también cada vez más: "¡Suéltenlos! ¡Qué pueden haber hecho esos muchachos tan jóvenes!".

Unas señoras que estaban en la banqueta dijeron: "¡Se parece a la Mata-Hari! ¡Igualita cuando la llevaban a fusilar!".

Una ancianita, abriéndose paso entre la multitud y entre las filas de los soldados, llegó hasta mí, me abrazó y me dijo llorando, con el rostro arrugado inundado de lágrimas: "¿Verdad que no hiciste nada malo, linda?".

Se me hizo un nudo en la garganta.

Ya llegando a Santiago, iban acompañándonos como doscientas personas. Hubo un momento, ya cerca del cuartel, en que el pueblo se quiso echar sobre los soldados para libertarnos. El oficial tuvo que pedir auxilio a la guarnición de Santiago.

Llegamos. Revueltas con los compañeros y yo con las compañeras. Cuando me vieron llegar:

—Allí viene Benita a visitarnos. ¿Qué nos traes?

—¡Qué les voy a traer, si vengo presa! Hicimos comentarios y acordamos tener una reunión para ver qué hacíamos. Se hablaba de que nos iban a mandar a todos a las Islas Marías en esos días. En la reunión acordamos declararnos en huelga de hambre como protesta por eso.

Un día vimos llegar al licenciado Carlos Zapata Vela y a Pedro Juliac, que iban a alguna cosa del juzgado. Yo creía que iban a visitarnos. Les dije a las compañeras:

—Muchachas, corran, que aquí vienen los muchachos a visitarnos.

Todas salieron. Cuando llegaron ellos donde estábamos, les dije:

—¿Ya saben que nos vamos a la huelga de hambre?

Zapata Vela me contestó muy serio:

—No sé nada, y además, yo no la conozco a usted, señorita.

Juliac no hablaba nada. Los dos, que son prietitos, se habían puesto blancos. Juliac iba haciéndola de notario; Zapata Vela de no sé qué.

—¡Cállate! Ya echaste a perder la cosa —me dijo una de las compañeras.

Se metieron a una oficina y al poco rato salieron. Ahora sí ya venían prietitos otra vez. Al pasar nos dijeron:

—Adiós. Muchachas, que les vaya bien. Nosotras nos dedicamos entonces, a hacer labor entre los soldados.

Les dijimos que nos íbamos a la huelga de hambre y les pedimos que fueran a los periódicos a avisar. En la tarde ya traía la prensa la noticia: "CINCUENTA COMUNISTAS EN HUELGA DE HAMBRE". Ésa era la señal que nosotras esperábamos para iniciar la huelga.

Al día siguiente que nos llevaron el desayuno, les tiramos al suelo las charolas y los platos:

—¡No queremos comer, estamos en huelga de hambre! —les dijimos.

Luego hicimos un mitin, cantando La Internacional, "mueras" a Ortiz Rubio y "vivas" al Partido Comunista de México. En los discursos atacábamos a los jefes y defendíamos a los soldados, que entonces ganaban sólo un

peso cuarenta centavos. Les hablamos de la miseria de sus familias, de sus hijos sin zapatos, sin escuela.

Los soldados se solidarizaron con nosotras, pero los oficiales dieron orden de que se nos encerrara de nuevo. Nosotras estábamos que nos ardía el alma. Nos cogimos todas a la puerta de la celda y nos pusimos a sacudirla con todas nuestras fuerzas.

Al oír el escándalo se presenta el director de la prisión, acompañado de varios oficiales y soldados. Uno de los oficiales sacó su espada y ordenó a los soldados que nos separaran y nos enviaran a "cartuchos". Dijimos:

—Nosotras no salimos de aquí, y si salimos vamos juntas.

—¡Pues ustedes salen a huevo! —contestó el oficial, y ordenó a los soldados que nos sacaran. Nosotras cogimos las latas, las bacinicas, los platos, todos los objetos que teníamos a mano, y nos enfrentamos a los oficiales.

—¡A huevo no nos sacan, y si nos sacan, nos sacan muertas!

Una de las compañeras propuso que nos subieran a Evelio Vadillo. El director de la prisión aceptó, para poner fin al escándalo.

Llegó Evelio:

—¿Qué les pasa, muchachas?

—Nos quieren separar —contestamos.

—No lo permitan, compañeras. Las mujeres comunistas deben estar juntas y morir juntas si es necesario.

Luego, dirigiéndose a los soldados, hizo un mitin. Les habló de sus problemas económicos y de que debían solidarizarse con los trabajadores. Ya para terminar, se dirigió a los oficiales y les dijo:

—¡Dejen a las comunistas juntas. Yo respondo de que termine el escándalo!

Durante toda la huelga de hambre los soldados estuvieron con nosotras. Cuando les hablábamos, nos escuchaban con mucha atención y nos aplaudían. A veces gritaban: "¡Vivan las comunistas!". Entonces, cuando los soldados presos que estaban en el patio se empezaban a poner de nuestra parte, los encerraban otra vez en sus celdas. Pero desde allí nos gritaban: "¡Arriba la huelga de hambre!". Y hasta los soldados libres que andaban por allí nos saludaban con cara alegre. Estábamos encantadas con ellos, que tan bien se portaban con nosotras. Gritábamos:

—¡Arriba los soldados que se solidarizan con los trabajadores y que pronto nos ayudarán a tomar al poder!

Ellos contestaban:

—¡Arriba las mujeres comunistas! Entonces salían los jefes y oficiales a aplacar a los soldados. Pero ellos procuraban ponerse en contacto con nosotras. Se ofrecían para hacernos algún mandado. Se portaban muy bien. Cuando teníamos alguna sospecha de alguno de ellos le decíamos:

—Pero, ¿no nos vas a denunciar?

—¡No soy rajón!

—¿Palabra de soldado?

—¡Palabra de soldado!

—¿Palabra de comunista?

—¡Palabra de comunista!

Nunca tuvimos una traición de parte de ellos.

Seguimos en huelga de hambre una semana. Estábamos Margarita Gutiérrez, María Luisa de Carrillo, una judía que se llamaba Dina, Catalina Peña y yo.

Una madrugada, a las cinco, nos despertó el toque de corneta. Los soldados nos gritaron:

—¡Muchachas, muchachas! ¡Ya van rumbo a Manzanillo!

Los habían sacado a medianoche para que no nos diéramos cuenta. Se los llevaron a las Islas Marías: Gómez Lorenzo, José Revueltas y otros... Ese mismo día nos pusieron en libertad.

La judía fue expulsada. Margarita, Catalina y María Luisa salieron por su propio pie. A mí me tuvieron que sacar en peso porque estaba muy débil. Me sentía mal. Fui a ver a un doctor amigo mío. Me puso una inyección y me dio un jugo de uva. Me tuvo así tres días. Luego empecé a ponerme mala de la vista y estuve a punto de perderla. No podía mover los ojos. De repente se me paraban y entonces no podía caminar. Me parecía que el suelo estaba lleno de hoyancos. Chano Urueta me estuvo ayudando para comprar medicinas. Me compró mis primeros lentes...

Dos amigos

Con el dinero que me había sobrado del que me dio el gringo de Tampico, yo había rentado una casa en la calle de Galeana, número 31, y alquilaba cuartos y con eso me ayudaba. Un día llegó un viejito a rentar un cuarto. Se llamaba don Luis Camargo y era de familia muy rica. Me pagaba cincuenta pesos al mes, por casa y asistencia. Era muy buena gente. Me quería y me paseaba mucho; me regalaba vestidos, lo mismo que a mi hija. Trabajaba en la Suprema Corte. Tenía ya como ochenta años.

Cuando salíamos a pasear me presentaba siempre como su hija. Yo lo quería y lo cuidaba cuando se enfermaba. Él estaba agradecido y me decía que todo lo que tenía me lo dejaría a mí.

Me contaba que de joven se enamoró de una muchacha. Se quería casar con ella, pero su familia se opuso, "porque no era de su clase". Don Luis se sometió al capricho de su familia y no se casó con su novia, pero juró que no volvería a querer a otra mujer y que no se casaría jamás. El viejito había cumplido su promesa. No se había casado, pero en cambio se dio a la borrachera. Tomaba mucho, mucho; se desayunaba con un vaso de alcohol con canela. Pero nunca perdía el control y siempre era muy educado.

A veces llegaba con rayones de colorete en la cara o muy perfumado:

—¿Qué te pasó, don Güicho? —le preguntaba.

—Esas mujeres de la Suprema Corte que me traen loco: se me han pegado a besos. Quieren que sea su marido.

—¿Todas?

—Sí, todas; y son como cien...

Don Güicho tenía la costumbre de comprarse barritas de colorete, perfumes o lociones, y él mismo se pintaba la cara o se perfumaba, para hacer creer que las empleadas lo habían besado y abrazado. Otras veces hablaba solo en su cuarto, se tronaba besos en la mano o hacía rechinar la cama, tanteando el momento en que yo pudiera oírlo. Al día siguiente yo le preguntaba:

—Bueno, Güicho. ¿Y qué lío te traías anoche, con tantos ruidos y besos?

—¿Pues qué, oíste?

—¡Cómo no, si estaba despierta!

—¡Una vieja que me cayó!...

Le gustaba llevarme a comer a los restaurantes elegantes. Antes de entrar me decía:

—Te portas bien, ¿eh?

Algunas veces íbamos al Concordia.

Él cogía la carta y pedía platillos de esos que tienen nombres muy trabajosos. Yo le decía a la mesera:

—Señorita, mis tortillas.

De todas las mesas volteaban a verme.

—Pero mujer, si esas cosas no se comen con tortillas.

La mesera contestaba:

—Aquí no hay tortillas, señorita.

Don Luis sudaba frío. Sacaba el pañuelo, se lo pasaba sobre la frente. Yo seguía haciéndolo renegar. Cuando venía la mesera con los cubiertos, le decía recio, para que oyeran los de las otras mesas:

—¿Y estos fierros para qué sirven? A mí tráigame de comer.

El viejito se comía todo, y a la salida me decía muy enojado:

—¡No me toques!

—Pero ¿por qué, don Güicho?

—Porque me has hecho pasar una vergüenza. Ni siquiera he comido...

Trabajaba yo en una joyería, ganando veinticinco pesos al mes. Un día se presenta un señor a mandar hacer una pulsera. Se me quedó viendo:

—¡Caramba! ¡Tanto tiempo buscando este tipo, y dónde lo vengo a encontrar!

Estuvo platicando conmigo. Me preguntó que de dónde era, quiénes eran mis padres, y muchas otras cosas. Pidió que le enseñaran un fistol con un brillante, que le había gustado, y le dijo al dueño de la joyería:

—Le compro esto, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que me lo mande a la casa con la señorita.

—Cómo no, con mucho gusto.

Fui a llevarle el fistol. Yo creía que el viejo tenía malas intenciones conmigo. Llegué a su casa. Supe que se trataba de don Francisco Iturbide, un millonario. Me recibió muy atento. Me enseñó toda su casa. Su colección de cuadros, tallas en madera, repujados en los que él es el único modelo y aparece en diferentes actitudes y situaciones, en unos entrando a la iglesia, en otros vestido de indio, en otros con una corona en el momento de ser coronado, con un paraguas, en fin, una galería completa de sí mismo. A lado de esta galería me enseñó un cuarto en donde había vivido una señora que se llamaba Anita. Tenía una colección de cuadros que representaban a Anita en diferentes momentos de su muerte: en cama, enferma, grave, agonizante, expirando, muerta, tendida, en el ataúd, camino del cementerio, y en el momento de ser bajada a la tumba.

—¿Hace mucho que murió? —le pregunté.

—No ha muerto, se fue; pero para mí como si hubiera muerto.

Me preguntó si me gustaban sus cuadros.

—Ninguno —le dije.

—¡Claro! Esto es para la gente que entiende.

Al despedirme me regaló diez pesos como propina por el mandado, y me invitó a merendar a Sanborn's esa misma tarde.

Al llegar a Sanborn's me dijo:

—Ven, te voy a enseñar una cosa. Me llevó por la escalera, y me detuvo frente al fresco de José Clemente Orozco.

—¿Ése sí te gusta? —me preguntó.

—Sí, es muy bonito.

—Pero, ¿y por qué te gusta?

—Pues no le sé decir, pero me gusta mucho.

Fuimos a merendar, platicamos y quedamos amigos. Me regalaba cosas, dinero, vestidos; nunca me pidió nada en cambio. Le gustaba llevarme a comer a los puestos de La Lagunilla. Otras veces llamaba a los papelerillos y los llevaba a cenar a los cafés de San Juan de Letrán y les daba dinero. Los chamacos lo querían mucho.

En una ocasión llegó a México Lola del Río. Don Francisco me habló por teléfono y me invitó a cenar.

—Pero vienes de rebozo y con tus moños en las trenzas —me dijo.

Me llevó a Prendes. Nos sentamos.

Pidió la cena. En lo que la traían, me di cuenta que entraba mucha gente. Le pregunté:

—¿Qué, siempre hay tanta gente?

—No. Están llegando porque quieren ver a Lola del Río.

—Pues qué, ¿está aquí?

—Sí. Es ésa que está de negro.

—¿Y cómo, no habla con la gente?

—Seguro que no. Sólo vienen por verla y por admirar sus lujos.

Ella seguía habla y habla, y habla... inglés sin hacer caso de la gente; le pregunté a don Francisco:

—¿Qué, no sabe hablar español?

—Sí, pero parece que ya se le olvidó.

Don Francisco y yo seguimos siendo amigos...

Sólo se interesaba en mí como en un cuadro que faltaba en su colección.

La muerte de Benjamín Jiménez

La lucha contra el callismo y el ortizrubismo seguía a todo meter. La policía no nos dejaba ni respirar. Pero el Partido no se amilanaba por eso. Hacía sus mítines por encima de la policía y de quien se opusiera. Una vez se organizó un mitin en el cine Mina. En ese mitin iba a hablar Hernán Laborde, el jefe de nuestro Partido. Se habían tomado precauciones, porque ya se esperaba que la policía fuera a disolverlo.

Como a Laborde le traían ganas, mandaron muchos agentes al mitin y agentes confidenciales de la Presidencia de la República recibieron orden de detenerlo. Cuando el mitin empezó, ya había muchos agentes disfrazados en el salón. A pesar de eso, Laborde habló en sus propias narices y los agentes tuvieron que escuchar la voz del Partido Comunista, planteando todos los problemas del momento. No se atrevieron a aprehenderlo dentro del salón y esperaron que saliera para cogerlo en la calle.

Hicimos correr la voz: "¡Todos a cuidar a Laborde! ¡Laborde no debe ser detenido!".

Terminó el mitin en medio de gran entusiasmo y de "vivas" al Partido Comunista de México. Yo no supe a qué horas desapareció Laborde por estar pendiente de unos agentes disfrazados que estaban en el salón. Laborde pudo salir sin que lo detuvieran, pero en la calle los agentes lo reconocieron y lo siguieron en un coche.

Benjamín Jiménez, que estaba encargado de la guardia, al ver eso se fue detrás de los agentes. Llevaba un hacha en la mano, con la que se habían hecho los carteles.

Los agentes persiguieron a Laborde y en la calle de Guatemala trataron de aprehenderlo. Benjamín Jiménez llegó en ese momento y cuando un agente echaba mano a Laborde, le descargó un hachazo y lo tumbó. Casi al mismo tiempo, uno de los agentes de la Presidencia que andaban detrás de Laborde, disparó sobre Benjamín, que cayó también muy grave. Laborde pudo escapar y la policía quedó burlada.

Jiménez fue llevado a un puesto de la Cruz Roja. Allí lo curaron, lo operaron, pero se vio que no podría vivir. Entonces alguien del hospital le llevó un cura para que se confesara. Jiménez se opuso. No quería ni que estuviera allí el cura. Cuando éste se acercó a su cama, lo corrió.

Con ese motivo Benjamín hizo un coraje muy grande. La enfermera le llevó un vaso de agua. Benjamín se puso más malo y poco después se murió. Se llegó a suponer que la enfermera le dio agua con toda mala fe, sabiendo que le haría daño después del coraje que había hecho Jiménez por lo del cura.

Del puesto de la Cruz Roja se le llevó a la agencia Alcázar, y allí estuvo siendo velado por espacio de cinco

días. Hubo que inyectar el cadáver para que se conservara. El Partido quería hacer un entierro importante. La policía no dejaba de vigilarnos, porque quería que el cadáver se enterrara sin ruido.

A un lado, en otra sala de la misma agencia, se estaba velando el cadáver de un japonés. Cuando lo sacaron, la policía creyó que era el de Benjamín Jiménez, y se fue detrás del japonés.

Como comprendimos que la policía no nos dejaría hacer un mitin en el panteón, antes de iniciar el cortejo fúnebre, hicimos un pequeño acto en la misma sala de la agencia Alcázar, en donde habló el hijo de Benjamín Jiménez, Mauro, que entonces tenía trece años, quien condenó a los asesinos de su padre y juró seguir luchando en el Partido Comunista contra el régimen capitalista.

Se organizó el entierro, íbamos como 400 personas cantando la Marcha fúnebre de Lenin, La Internacional, y otros coros revolucionarios que conocíamos. En El Caballito, la policía nos da el encuentro. Nos preparamos para luchar contra los gendarmes que nos querían quitar el cadáver de Jiménez. Los policías nos echaron unas bombas de gases lacrimógenos y desbarataron nuestra columna. A pesar de eso, se luchó, pero al fin la policía se apoderó del cadáver y lo condujo rápidamente al panteón de Dolores.

Todos nosotros nos fuimos también a Dolores. Cuando llegamos, la policía estaba rodeando el lugar donde iba a ser sepultado Jiménez. Todos los policías estaban armados de carabinas y apostados, pecho a tierra, apuntando hacia la tumba, listos para hacer una masacre si se intentaba efectuar allí un mitin.

El cadáver se enterró sin discursos. Salimos todos del panteón silenciosos y con ganas de desahogar nuestra rabia. Cuando vimos que la policía se retiraba nos amotinamos para hacer un mitin, pero no contábamos con los agentes de la reservada que se habían quedado allí. Se nos echaron encima. Todas las mujeres llevábamos algún fierro. Yo llevaba un martillo escondido en una gabardina y sólo esperaba que los hombres hicieran algún movimiento para ponerlo a funcionar.

—¿Usted qué trae allí? —me dijo el agente cuando me agarró.

—Nada —le dije.

—¿Cómo no?, si se le ve una cosa muy larga.

Me quitaron el martillo. A las demás compañeras también las desarmaron y nos subieron a todas en un coche para llevarnos a la Jefatura. Cuando ya estábamos cerca, le digo al chofer:

—¡Esquina!

El agente se rió. Me dice:

—Pero, Benita, ¿por qué te metes en estos líos? Tú debieras estar en tu casa, guisando los frijoles en lugar de andar en estas cosas. ¿Qué negoceas con esto? Si te dejo libre, ¿me prometes no meterte más en esto?

—Te lo prometo.

Nos dejaron a todas en libertad.

La lucha con los "Dorados"

Con los "dorados" nos dimos dos agarrones buenos. El primero, fue en la Plaza de Santo Domingo, con motivo de la inauguración del nuevo local del Partido y del ani-

versario de la muerte de Carlos Marx. El Partido había organizado un mitin. Se había hecho mucha propaganda. Había mucha animación. Como nadie esperaba una agresión de los "dorados", nadie iba preparado para rechazar al enemigo. A mí se me había dado la comisión de vender *El Machete,* el órgano central del Partido Comunista.

Cuando se estaba efectuando el mitin, se presentan los "dorados" y arremeten contra los comunistas, con macanas, piedras, cuchillos, pistolas, palos. Hirieron a Carlos Sánchez Cárdenas, que estaba hablando en ese momento. Muchos camaradas resultaron heridos en el primer choque. Hubo un momento de desorientación a causa de la sorpresa. Yo me di cuenta de que no había más remedio que entrarle duro a los carambazos y empecé a organizar a algunos compañeros y gente del pueblo que había por allí. Cuando los "dorados" daban rienda suelta contra los comunistas, y había ya muchos camaradas heridos, empezó de nuevo el combate. Ellos con pistolas y cuchillos y nosotros con palos y piedras. Llevábamos la de perder, naturalmente, pero le entramos duro.

Estábamos bien agarrados cuando me llamó la atención un compañero que repartía garrotazos a los "dorados" con una muleta. Era un camarada del Partido, Emilio Arias, que tenía un puesto de libros viejos en el mercado Hidalgo. Este compañero había ingresado al P. C. hacía poco. Sucede que como seguido íbamos al mercado Hidalgo a hacer mítines cerca de su puesto, él había escuchado todos nuestros discursos y se había convencido de que el Partido Comunista era el único que defiende los intereses de los trabajadores. Arias ingresó al Partido. A

los pocos días se enfermó de tifo y lo llevaron al hospital: como consecuencia de la enfermedad, le tuvieron que amputar las dos piernas, una a la altura de la rodilla, la otra cerca del tobillo. De manera que, como las piernas no estaban cortadas a la misma altura, el compañero tenía grandes dificultades para caminar y usaba dos muletas.

En medio del combate reconocí a Arias. Acababa de salir del hospital. Tenía todavía los muñones de las piernas casi frescos. Estaba muy flaco, tenía los ojos saltados, había perdido también todos los dientes delanteros. Su aspecto era horrible y magnífico, al mismo tiempo. Cada vez que soltaba un garrotazo contra los "dorados", como no podía sostenerse en las piernas desiguales, rodaba como un bulto. Se levantaba como podía y se lanzaba de nuevo contra los fascistas.

Cuando lo reconocí bien, corrí hacia él. Lo cogí en brazos, como si fuera un niño y lo senté en el pretil del jardín de Santo Domingo:

—Compañero, usted no debe meterse en esto, está usted mutilado: déjenos a nosotros.

Arias tenía un gesto horrible: los ojos saltados, la cara contraída por la rabia, desmuelado; parecía una calavera. Lo dejé sentado y corrí de nuevo a la lucha. Al poco rato, vi que Arias andaba de nuevo repartiendo muletazos a los "dorados". Lo volví a levantar en los brazos, pues no pesaba casi nada porque era como medio cuerpo nomás y además estaba muy flaco. Lo senté en el pretil, pero esta vez le quité las muletas para que no tuviera la tentación y no volviera a meterse en la bola.

Yo me fui a repartir garrotazos y a recibirlos. En la lucha quebré las muletas de Arias. Luego, en medio de la

agitación, se me olvidó el compañero y no lo volví a ver. No sé qué sería de él.

Cuando yo estaba hablando frente a los "dorados" y estos se me echaron encima, el pueblo se puso de mi parte y me defendió, evitó que me lincharan pero de todos modos recibí muchos golpes. Cuando íbamos varios compañeros ya de regreso, al pasar por la Alameda, tuve un vómito de sangre, seguramente de alguna lesión interior que recibí. Yo no me acuerdo de nada. En medio de la lucha ni siente uno los golpes. Me llevaron con un doctor, me puso unas inyecciones y se me calmó el vómito, pero me tuvo allí hasta las cinco de la mañana, en que, me llevaron a mi casa los compañeros.

El segundo agarrón con los "Camisas Doradas" fue en el Zócalo, el 20 de noviembre de 1935. El Partido estaba resuelto a desbaratar el desfile de los "dorados" a como hubiera lugar. Se nos había citado a todos, en la esquina de avenida Chapultepec y Bucareli, por donde debían pasar. Estaba yo en la Sindical Unitaria, cuando llegó el camarada Valentín S. Campa, del Buró Político y me dice:

—Tú, Benita, te quedas aquí cuidando el local y atendiendo el teléfono. A los compañeros que lleguen los despachas para el lugar de reunión.

A mí no me hacía mucha gracia quedarme a cuidar teléfonos cuando los compañeros se batían en la calle con los fascistas.

Los camaradas andaban enchilados y no se presentaron en el local: se fueron directamente al lugar de reunión. El único que se presentó fue Carlos Salinas Vela. Me dice:

—¿Qué estás haciendo aquí tan sola?

—Cuidando los teléfonos y esperando órdenes para reconcentrar a la gente.

En eso llegaron unos compañeros. Me dijeron:

—¿Qué haces aquí Benita?

—Cuidando el local.

—¿Y tienes con qué defenderte?

—No.

—Bueno, pues aquí te dejamos esta pistola para que, si te llegan los "dorados", te eches siquiera a uno.

Se fueron. Como ya era tarde y no llegaban compañeros, pues todos andaban ya en la calle, me impacienté y le dije a Salinas Vela:

—Vámonos a Bucareli, a darles el encuentro.

Nos fuimos volados. En Bucareli y Chapultepec, nos encontramos con una gran manifestación de "dorados" montados bien armados, con botellones de pulque colgados de las sillas. Me dieron ganas de echar unos gritos, pero los compañeros me contuvieron. "No es el momento oportuno", me dijeron.

Como éramos pocos los comunistas reunidos en ese lugar, entonces nos regresamos a la calle de Lucerna, a ver si ahí había más compañeros. Tampoco. Entonces, hasta el Zócalo.

Frente al Palacio estaban reunidos como trescientos comunistas, más unos campesinos que habían venido a México. Frente a Palacio se hizo un mitin y se dio la consigna de no dejar pasar a los "dorados". La columna de Nicolás Rodríguez iba entrando ya al Zócalo. Se presentía que iba a haber un zafarrancho sangriento.

Salinas Vela me decía:

—Quién sabe cuántos de nosotros vayamos a quedar en este zafarrancho.

—Quién sabe si no haya nada —le contesté—: ya ves que no tenemos gente para hacer frente a esa columna.

Eran como cinco mil "Camisas Doradas", montados y armados, muy bien organizados militarmente.

En eso, los "dorados" dan vuelta para pasar frente a Palacio, pero allí estábamos los comunistas. Nos lanzamos sobre ellos con palos que habíamos arrancado de las tribunas que se habían hecho para el desfile del 20 de noviembre. Ellos se abrieron en un movimiento envolvente para rodearnos y aniquilarnos, pero nosotros retrocedimos sin dejar de echarles palo. La caballería de los "dorados" nos estaba ya envolviendo cuando entraron en acción los coches de los compañeros del Frente Único del Volante, que se lanzaron como tanques contra la caballería de los "Camisas Doradas".

Los caballos azotaban patas arriba en el asfalto. Los coches desbarataron la ofensiva "dorada" y desconcertaron al enemigo. El combate duró como cuarenta minutos. En un momento en que yo me incliné para coger una piedra, sentí que algo se me caía de la cintura. Era la pistola que me habían dado en la Sindical Unitaria y de la que no me había vuelto a acordar. La saqué para disparar, pero en ese momento pasó un compañero y me la arrebató:

—¡Préstala —me dijo—, tú no sabes disparar!

Yo andaba con Gómez Lorenzo, con Lola Gómez, Nacho Herrera y otros camaradas, frente a Palacio. Entonces se me ocurre arrebatarle un rifle a uno de los sol-

dados de la guardia para disparar contra los "dorados". Naturalmente me aprehendieron. Les prometí estarme quieta y me dejaron luego en libertad.

Salinas Vela cayó casi frente a nosotros, con una bala en el estómago. Esto nos enfureció más. Yo quería arrojarme sobre la abanderada de los "Camisas Doradas", para quitarle la bandera, pero cada vez que avanzaba hacia ella, me llovían balas y palos.

Fue un combate muy bonito, pero muy desigual. Cinco mil contra quinientos. Nosotros tuvimos dos muertos y varios heridos. Pero ellos también tuvieron muchos heridos y su jefe, Nicolás Rodríguez, sacó un piquete en la barriga, aunque, por desgracia, no fue de consecuencias.

Un grito anticardenista

Yo seguía trabajando en el Partido cada vez con más cariño y confianza en la causa. Las prisiones no hacían sino reforzar mi fe en la Revolución. Después de todo, en la cárcel se aprenden muchas cosas, por lo menos a odiar el sistema capitalista...

Un día el compañero Carlos Olaguibel, ferrocarrilero, me invita a un baile. Acepté. Allí me presentó a un compañero también ferrocarrilero y miembro del Partido: Humberto Padilla. Me invitó a tomar una cerveza, pero como ese día no estaba de humor no acepté y nos quedamos platicando. Desde luego, me encantó su conversación. Era un pequeño-burgués recientemente ingresado al Partido. Me dio la impresión de ser un buen camarada.

Yo siempre había pensado en un hombre así como él. Sentí que era el hombre que me convenía y que mi camino en adelante sería sincero y noble para él.

Nos entendimos luego luego y al poco tiempo era su mujer. Él ganaba doscientos diez pesos, pero como tenía que ayudar a su madre, el sueldo no le ajustaba bien. Teníamos un mes de estar viviendo juntos cuando se le presenta la oportunidad de ir al sureste con un sueldo de quinientos pesos y gastos. Me dice:

—Benita, me voy al sureste.

Yo pensé inmediatamente: éste ya me va a largar también, como los otros. Pero no fue así. A los diez días de haberse ido me pone un telegrama diciéndome que me adoraba y que todos sus deseos eran tenerme a su lado y para eso me enviaba dinero, para que me fuera en avión porque estaba impaciente por tenerme a su lado. Me mandó doscientos pesos. Me fui en tren hasta Tejería; allí tomé el avión hasta Villahermosa y después a Salto de Agua, Chiapas, donde él estaba.

Me hizo un gran recibimiento; me dijo que me adoraba y que nunca me dejaría. Él estaba encantado y yo también. Comprendí que al fin había encontrado el gran amor que yo siempre había anhelado. Nos prometimos que nunca nos dejaríamos.

Pero yo no olvidaba la lucha y a mi Partido. Quería seguir luchando, como en México; quería seguir en contacto con los trabajadores.

El presidente municipal de Salto de Agua se había hecho muy amigo de nosotros. Nos mandaba caballos para que saliéramos a pasear al campo. Nos visitaba, nos tenía muchas consideraciones.

Se acercaba el 15 de septiembre. La Presidencia Municipal empezó a organizar las fiestas. Entre ellas, había

una velada en la que hablarían varios oradores. Yo le dije al presidente municipal que si me dejaba hablar en ese acto. "Cómo no, me dijo, con mucho gusto".

En seguida corrió la voz por todo el pueblo. "Va a hablar la esposa del ingeniero el 15." Yo tenía mucho alboroto por que se llegara la fecha.

Por esos días habían llegado a Salto de Agua unos maestros misioneros y se les invitó para que pintaran unas decoraciones para el salón de la escuela donde se iba a hacer la velada. Los misioneros pintaron un cartel grande, con el Papa por un lado y Lenin por otro.

Un día me dice mi marido:

—¿No quieres ir a ver 125 pinturas que hicieron los maestros?

Fuimos. Yo hice algunos comentarios delante de unos trabajadores:

—El Papa —les dije— representa el capital; Lenin al proletariado.

Antes de salir de México yo había sabido de un folleto de Laborde que decía:

"Ni con Calles, ni con Cárdenas". Yo sabía que en México no estábamos con el nuevo presidente y quería hablarles a los trabajadores del sureste de esas cosas.

Por fin llegó el momento. Empezó el acto. Hablaron primero algunos oradores. Yo había pedido que me pusieran en último lugar. Quería oír primero lo que decían los otros, para poder referirme a ello en mi discurso. Subió a la tribuna el maestro. Este se aprovechó para hablar de política. Dijo: "Camaradas chiapanecos: Ahora sí tenemos un buen presidente; debemos alzar nuestra voz

de alegría para respaldar al gobierno del general Lázaro Cárdenas...". Y por ahí iba, soltando elogios y más elogios para Cárdenas.

Entonces, que me llega mi turno. Eran exactamente las diez y cuarto cuando yo subí a la tribuna. Todo el mundo estaba con ansias de que yo hablara. Las señoras se decían unas a otras: "Es la esposa del ingeniero Padilla".

El presidente municipal estaba muy satisfecho, presidiendo el acto con su banda tricolor atravesada en el pecho, orgulloso de contar entre los números de aquella velada a una oradora de México y que era nada menos que la esposa del ingeniero de los FF.CC.

Se hizo el silencio. Como ya les digo que yo llevaba de México la impresión de que mi Partido no estaba de acuerdo con Cárdenas, empecé así mi discurso:

"¡Camaradas! Yo, en nombre de todos los revolucionarios de la capital, repruebo lo dicho por el maestro que acaba de hacer uso de la palabra. En México, no estamos de acuerdo con el nuevo presidente, porque no garantiza los derechos de los trabajadores, porque está al servicio de los capitalistas...".

Apenas empecé a decir esas cosas se armó el relajo. Las gentes empezaron a verse unas a otras. El presidente municipal miraba para todos lados nerviosísimo. Algunas gentes sisearon... Yo seguí hablando:

"En esta fecha en que se recuerda nuestra Independencia, cuando Hidalgo y Morelos y demás héroes pelearon por librarnos de la esclavitud de los gachupines, tenemos que protestar porque sube al poder en México un hombre que va a ser enemigo de los trabajadores, que va

a remachar en México las cadenas del Imperialismo…". Y así por ese estilo seguí atacando a Cárdenas.

En la sala la agitación era cada vez mayor. Las esposas de los riquillos iban de un lado a otro, pidiendo que me callaran, que me bajaran de la tribuna. El presidente municipal seguía sin saber qué hacer, limpiándose el sudor frío de la frente. El maestro que había hablado antes que yo, estaba pálido de coraje. Yo seguí hablando, a pesar de las protestas.

Para eso, el cartel que habían pintado los misioneros con el retrato de Lenin, había sido tapado con una manta, dejando sólo el del Papa. Eso me había dado a mí mucho coraje cuando lo vi. Busqué pues una oportunidad para referirme a ello y cuando la encontré les dije: "Este cuadro, representaba al proletariado porque era el retrato de Lenin, el jefe de la Revolución Mundial... Pero ustedes no lo pueden ver, porque ahora está tapado, tan tapado como el que lo mandó tapar".

Resulta que el que lo había hecho tapar era el mismo presidente municipal, muy amigo de mi marido y que se había portado muy bien con nosotros. Los hacendados y demás ricachones empezaron a protestar ya abiertamente contra mí, pidiendo que me bajaran de la tribuna. Pero me cabe la satisfacción de que los trabajadores que estaban en la sala no hicieron ninguna demostración contra mí, sino que al contrario, seguían escuchando con mucha atención.

Seguí yo en mis ataques al nuevo presidente y entonces el profesor ya no se pudo aguantar. Se levantó y gritó:

—¡Chiapaecos, si todavía corre sangre brava por sus venas, yo los llamo a defender a nuestro presidente Cárdenas...!

—Usted está mintiendo, profesor —lo interrumpí— lo que les corre por las venas a los chiapanecos no es sangre, sino puritito paludismo. Además, se le olvidó a usted decirles en su discurso a los aquí reunidos que usted pondrá algo de su parte para que mejoren las condiciones de vida de los chiapanecos, por ejemplo, pedir al gobierno medicinas para combatir el paludismo, que construyan algibes para que los pobres tengan agua buena en lugar de tomar la del río que es puro cobre.

Esas cosas son las que usted debe exigir del gobierno que tanto defiende...

Con estas cosas, se acabó de armar el lío. El profesor trataba de bajarme por la fuerza de la tribuna, pero yo le dije:

—De aquí no me baja nadie, solamente los trabajadores.

—Pero señora, ¡si faltan diez minutos para las once y el presidente municipal tiene que dar el grito!

—No tenga cuidado... —le contesté—, que también los trabajadores lo sabemos dar. ¡Está la tribuna en buenas manos! Yo daré el grito, si es que los trabajadores me lo permiten.

Entonces me dirigí a los trabajadores que estaban en la sala para preguntarles si estaban de acuerdo en que yo diera el grito:

—Los que estén de acuerdo, sírvanse manifestarlo.

No contestaron nada. Viendo eso, el profesor se me echó encima, pero yo no me moví. Entonces se dirigió al

pueblo pidiéndole que me bajaran por la fuerza, pero yo insistí: ¡De aquí no me baja nadie! ¡Yo daré el grito por encima de los que se opongan!

Los que se oponían eran los traidores, los hacendados y sus mujeres. Para contener la bola, pedí que me dejaran hablar siquiera unos minutos más. Aproveché el tiempo para desenmascarar al profesor que era muy cuate de los ingenieros del ferrocarril en donde se explotaba más a los trabajadores. Le dije que por qué no luchaba porque a los peones que se quedaban en el campo, les pagaran doble; que se hiciera efectiva la jornada de ocho horas y se aumentaran los salarios a todos los obreros; que se les dieran bestias para que salieran a su trabajo a lugares lejanos... En fin, que planteé las demandas concretas y económicas de los trabajadores y logré desarmar al profesor y que no me bajaran de la tribuna.

Cuando tanteé que ya era hora de dar el grito, vi el reloj y le dije al pueblo: "Nosotros, los que sentimos la miseria, somos los que daremos el grito. Estos tíos ya están llenos de gritar y nosotros no. Hidalgo y demás héroes lucharon por los pobres y ahora ustedes me van a acompañar a dar el grito".

—¡Compañeros! ¡Viva México!

—¡Vivaaa!

—¡Vivan los héroes de la Independencia!

—¡Vivaaan!

—¡Vivan los trabajadores que en estos momentos luchan por la independencia económica de México!

—¡Vivaan!

El presidente municipal y todos los que estaban presidiendo el acto se habían puesto de pie. Nomás se mira-

ban unos a otros. "Bueno, ¿qué hacemos? —se preguntaban. —Esta mujer ya nos echó a perder el 15."

Después de vitorear a los héroes de la Independencia, me bajé de la tribuna. Mi marido estaba encantado conmigo por el triunfo que había tenido. Yo, entonces, también me sentía muy satisfecha, porque creía que había dicho un buen discurso y porque noté que los trabajadores estaban de mi parte, pues no hicieron ninguna demostración contra mí y al terminar me aplaudieron mucho.

(Ahora, cuando escribo esto, comprendo que hice mal en atacar a Cárdenas, pero es que entonces no lo conocíamos bien y el Partido tenía una línea equivocada.)

Las autoridades y los caciques estaban indignados contra mí. Al día siguiente tuvieron una reunión para ver qué medida tomaban. Acordaron mandarme aprehender y remitirme presa a la capital del Estado. Los comerciantes, también enojados conmigo, me decretaron el boicot. El lechero dejó de llevarme la leche. Fui a comprar pan: ¡que ya se acabó!, y así todo. Yo creí que nos iba a ir mal, cuando se nos presentó un grupo de campesinos de los que habían estado en la fiesta del 15 y nos dijeron:

—No tengan miedo, nosotros los respaldamos en todo.

Yo me alegré mucho al ver que tenía la simpatía de los campesinos. Les di las gracias. Ellos no quisieron retirarse. Se pasaron varios días haciendo guardia en el corredor de la casa para que no fueran a aprehendernos. El comandante me tuvo vigilada algunos días. Después, todo se fue olvidando. Empezaron otra vez a venderme de todo. Pero eso sí, no volví a tener las atenciones del

presidente municipal. Pero eso no me importaba; yo estaba orgullosa porque tenía la confianza de los campesinos que iban a verme para que les ayudara en sus luchas, pero como digo, a mí me falta instrucción para dirigir una lucha grande por el estado de Chiapas. Además, yo había perdido el contacto con el Partido.

En Chiapas estuvimos como un año. Después salimos para Campeche. Recorrimos algunos pueblos. Yo tenía ganas de seguir luchando. Supimos que iba a haber un mitin en un pueblo bastante retirado. Hicimos viaje especial, pero llegamos tarde, cuando ya se había terminado porque se agarraron a machetazos...

Sin contacto con el Partido, no supe qué había pasado con la política cardenista. Encontrándonos en el pueblo de Hol, me di cuenta de que se abrían las iglesias por órdenes de Cárdenas y se celebraba la fiesta de la Virgen de ese lugar. Vi que la gente tenía mucha simpatía por el presidente. Pensé que estaba bien...

Lo mejor es trabajar

Cuando regresamos a México, mi marido empezó a decirme:

—¿Cómo le haremos con tu chamaca?

—¿Por qué?

—Porque te quiero tanto que no quisiera que nadie se interpusiera entre nosotros.

—¿Pero tú crees que mi hija se meta con la vida nuestra?

—¡No seas tonta!

Y así estas discusiones casi todos los días, hasta que acepté meterla de interna en un colegio oficial. Allí estu-

vo dos años. Él se salió con la suya. Logró separarme de mi hija.

Después empezó a impedirme que fuera al Partido, que luchara.

—Vamos a un mitin —le decía.

—Oye, ¿por qué no vamos mejor al cine? Van a poner una película muy bonita —me contestaba, y así me evitaba que fuera al mitin.

Que era 1o. de mayo y yo quería ir a la manifestación. Me decía como chiqueándome:

—Usted se queda en su casa, yo voy a la manifestación por usted.

Y así me frenaba constantemente. No permitía que me hablaran los compañeros del Partido y como yo soy tan conocida, pues no podía decirles que no me hablaran, y entonces él me pellizcaba y me decía:

—Ya te he dicho que no me gusta que te hable nadie.

—¡Pero si son del Partido!

—No le hace. Y no quiero que vuelvas al Partido.

Yo sufría con eso. Lloraba al pensar que no podía ser la misma y luchar como antes, a lado de mis compañeros, y porque sabía que eso me impediría ser completamente feliz, ya que algún día sería la causa de nuestra separación. Yo le decía:

—Pero. Humberto, si tú eres comunista no puedes tener esos prejuicios pequeño-burgueses. Déjame seguir luchando.

—¡No! ¡Eso ni creas!

—¡Pero, se puede creer que un comunista...!

Así fueron pasando los años. Yo me alejé del Partido. Tenía miedo perder a mi marido. ¡Lo adoraba! Yo

pensaba: en realidad, él me quiere y yo también lo quiero. Yo tengo que dejar el movimiento revolucionario, para conservar un cariño que he anhelado toda mi vida... No, no lo destruiré ahora que lo he encontrado.

"Benita, ¿no te cansas de estar siempre aquí en la casa limpiando pisos y haciendo esas cosas tan fastidiosas? ¿No te gustaría más trabajar en alguna oficina? ¿Por qué no estudias? El quehacer doméstico es muy pesado, embrutece a la gente. Busca trabajo fuera, mejor. Algún día te falto yo, o nos separamos y entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Volver otra vez a hacer la vida que hacías antes?"

Yo comprendí que Humberto tenía razón al decirme eso y me eché a la calle a buscar trabajo, tanto para complacer como porque vi que me convenía. Por todas partes me decían: "¿Es usted taquígrafa?". "¿Sabe mecanografía?" No. Yo no sabía nada de esas cosas. ¿Qué haré? Fui a ver a la doctora Esther Chapa. Le dije:

—Óyeme, Chapa, yo necesito trabajar y tú me tienes que ayudar a conseguir chamba.

—Oye, pero tú no sabes leer ni escribir ni hacer nada.

—Pues a ver cómo le haces, pero yo tengo que trabajar... y a propósito, sé que en el correo solicitan personal.

—Pero para trabajar en el correo se necesita saber leer y escribir. En fin, vamos a ver a Matilde Rodríguez Cabo.

Vimos a la señora Rodríguez Cabo. Me dio una tarjeta para el director de Correos, que entonces era Morentín. Se la llevé. Me dieron chamba, pero también me preguntaron:

—¿Es usted taquimecanógrafa?

—No.

—¿Pero sabe leer y escribir? —yo me quedé callada.

—¿Pero entonces, cómo quiere trabajar en el correo?

—Yo he visto que allá abajo están pasando bultos. Yo puedo hacer eso.

Me mandaron al Departamento de Segunda Clase a jalar sacos. Como ya podía deletrear un poco, algunos días más tarde me pasaron a distribución de cartas.

Allí, el jefe nos trataba muy mal. No nos bajaba de "mulas" que no servíamos para nada. "Tengo aquí una punta de flojas, decía, que nomás quieren ganar el dinero sin hacer nada."

Entonces yo propuse a las compañeras que hiciéramos una carta pidiendo su destitución. Como él lo supo, al día siguiente se presentó al Departamento y nos puso una maltratiza de todos los diablos. Se me acercó a mí y me dijo:

—Oiga, ¿usted es comunista?

—Sí —le contesté.

—Con razón anda por ahí agitando a las empleadas para que se me echen encima, y a mí, que soy tan considerado con ustedes. Si las regaño a veces, es por su bien, para que aprendan a trabajar.

Me siguió regañando a mí sola, hasta que me hizo perder la paciencia. Ya no aguanté más y entonces lo cogí del saco y le di un golpe con todas mis fuerzas que fue a dar hasta por allá. El hombre se quedó azorado. Me reportó con una llegada tarde, para vengarse.

A los pocos días me mandaron al expendio de timbres de la colonia de Santa María. Como no sabía de

cuentas, me equivocaba; daba de más en el vuelto, pero el público siempre me regresaba el dinero. En cambio el jefe que tenía allí me hacía mal las cuentas, me enredaba para que saliera desfalcada. Una vez me cargó cuarenta pesos que dijo había perdido yo, en timbres de a cinco centavos. Después, me pasaron a otro departamento.

El 23 de julio de 1938 se organizó una manifestación contra la prensa reaccionaria de México. Como yo estaba en vacaciones y andaba libre, fui al correo a ver si reclutaba algunos compañeros para ir a esa manifestación y llevar la bandera del Sindicato SCOP. Logré sacar a diez y con ellos organicé el grupo y extendimos la bandera.

Humberto me había dicho que no fuera a la manifestación, que él iría con los ferrocarrileros. Yo no creí que nos iríamos a ver en medio de tanta gente. Pero iba yo muy oronda con la bandera por delante, cuando voy viendo a mi marido que me quería fulminar con los ojos. Pasé la bandera a un compañero y me fui a verlo. Él, al ver eso, tomó un coche y se fue a la casa. Allá, él me puso una maltratiza; yo le di disculpas por haberlo desobedecido. Por fin, se calmó un poco y me llevó a comer a un restaurante. Pero allí siguió enojado. Se levantó de repente y me dejó sola.

Cuando terminé de comer llovía mucho. Estaba esperando que dejara de llover en la puerta de La Sevillana, cuando pasó un billetero:

—Señorita, su billete. Aquí está el de la suerte.

—¡No me esté molestando!

Se fue, al poco rato regresó:

—Señorita, su billete. ¡Aquí está su billete!

Para que me dejara en paz, compré el billete. Al día siguiente mi marido compró el periódico...

Él vio la lista.

—Ándale, que me saqué la Lotería —le dije.

—¡Hombre, de veras! ¡Te sacaste dos mil quinientos pesos!

Es raro, pero no me dio gusto.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Humberto—, ¿no estás contenta?

—Mejor no me hubiera sacado nada —le contesté, siguiendo el hilo de mis pensamientos. —Porque dice un dicho: cuando viene un mal, se espera un bien y cuando viene un bien, se espera un mal.

—Qué supersticiosa te has vuelto.

—No sé, pero presiento que te voy a perder a ti y preferiría no haberme sacado la lotería.

—¡Bueno, déjate de tonterías y vamos a cobrar y a pasearnos! ¡Alégrate! Ya verás cómo vamos a divertirnos.

—Bueno, pero primero debo separar algún dinero para la República Española, para *La Voz,* para mi Partido... luego, ¡a pasearnos!

Desde entonces tuve el presentimiento de que ese dinero me traería un mal. A los seis meses me abandonó Humberto.

La lucha por el amor

Yo no salía sin Humberto a ningún lado. Por donde quiera andábamos juntos, siempre jugando y bromeando. Pero a veces, en medio de las bromas, se ponía muy se-

rio, como que pensaba alguna cosa. Se arreglaba el traje; cambiaba hasta de modo de andar. Su cara entonces no era la misma.

—¿Qué te pasa? —le preguntaba.

—No, nada.

Yo sabía lo que era, aunque no podía explicármelo claramente. En la casa le reclamaba:

—Ya sé —le decía—, que soy una vergüenza para ti.

—No, no es eso.

Cuando hablábamos de esas cosas, él sufría. Yo sé que él pensaba en su familia, en él, en su porvenir, en mi pasado... Sobre todo en mi pasado, del cual él no sabía nada o casi nada. Se imaginaba muchas cosas y se ponía muy serio y esquivo conmigo.

Cuando se casó una de sus hermanas, la única que faltaba por casarse, le dije a Humberto:

—Ahora sí, qué contenta estará tu mamá porque ya casó a toda su familia.

—Sí, nomás yo falto.

—¡Cómo!, ¿pues qué no me tienes a mí?

Se sorprendió. Vio que había metido el choclo. Me abrazó muy cariñoso.

Ahora, yo ya veía claramente cuál era su preocupación: su familia, sus hermanas casadas y él viviendo en amasiato con una mujer que, ¡quién sabe qué habría hecho antes de estar con él! Estas cosas me hacían sentir que se acercaba el momento en que él me dejaría. Me ponía muy inquieta. Comprendía que él necesitaba una mujer que le ayudara en su trabajo, pero no se me quitaba de la cabeza que él me tendría que dejar...

Un día Humberto faltó a comer a la casa. Cuando llegó le pregunté:

—¿Por qué no veniste a comer?

—Figúrate que una muchacha del Ferrocarril me invitó a comer a su casa... y vengo con hambre. No comí bien.

Sentí una cosa muy fea, algo así como miedo y coraje al mismo tiempo.

—¡Ah, sí? ¿Y por qué? —le contesté.

—Pues porque me dio asco la comida.

Además como ella es protestante, tuvo que pararse a rezar sus oraciones y... bueno, ¡que traigo hambre!

—¿Y por qué hiciste eso? —le dije. —¿No ves que si yo te encuentro con ella le parto el alma?

—¡No seas tonta! Yo no te dejaré por ninguna mujer.

—Pues mira, a mí me tiene sin cuidado. Yo sé que tú no serás mío siempre. Eres joven. Además, yo no te puedo dar un hijo. Yo no soy tonta y conozco las exigencias de los hombres. Sólo te pido que cuando eso sea, me lo digas claramente para que yo no vaya a hacer una tontería. Los celos son los celos...

—Está tranquila, que no hay nada de eso que tú crees.

Pasó el tiempo. Un día me sale con que entró a una quinta de basquetbol. ¡Chirriones!, pensé, las cosas andan mal porque mi anterior marido también entró a la Guay y a los pocos días me dejó.

—¡Me choca la Guay! —le dije. —¡Me choca el deporte!

—¿Pero no ves que son exigencias del Ferrocarril?

—Yo siento que tú me vas a dejar pronto... ¡Así son todos!

—Mira, a mí no me andes comparando con nadie. Tú habrás tenido hombres que te hayan hecho una mala jugada y por eso...

—¡Tú qué sabes de mi vida!

En efecto, no sabía nada de mi vida. Yo no podía dejar de observar que Humberto, lo mismo que Manuel en vísperas de dejarme, empezó por comprarse perfumes, "Varón Dandy"; se arreglaba mucho y luego la entrada a la Guay para mí era muy significativa. Hasta cuando se sentaban a escribir en máquina me parecían igualitos: se rascaban con un dedo la cabeza o tamborileaban con los dedos en la mesa. Se echa de ver cuando los hombres andan ya enredados con otra. Eso me tenía a mí muy nerviosa y escamada.

Una noche llegó. Yo ya estaba acostada. Me dijo:

—Apaga la luz.

—Apágala tú si quieres: tan cansado estás tú como yo.

Él se enojó. Hizo como que me iba a pegar. Yo también me enojé.

—A mí no me asustas —le dije.—Acuérdate que a los gendarmes los ponía moros.

—Pues mira, tú a mí no me amenazas. Me tiró un golpe. Yo me le eché encima y lo cocí del cuello. Ya mero lo estrangulaba. Se me zafó y me dijo:

—Ésta será la separación.

—Si yo ya sabía que buscarías un pretexto.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ya has de tener otra.

Pasaron como dos meses. Él seguía en la casa. Una vez llegó nervioso, con mucha prisa. Arréglame la ropa, me dijo, que voy a salir de viaje. Yo presentí que había llegado el momento. Los hombres casi siempre que quieren largar a una mujer inventan un viaje. Le arreglé la ropa pensando en todo eso. Cuando estuvo lista le dije:

—Te voy a dejar a la estación.

—No, para qué.

Salimos juntos. En la esquina nos despedimos. Lo besé. Él no me quiso besar. Caminó unos pasos y luego sacó el pañuelo y se limpió con coraje el beso que le había dado. Entonces ya no me cupo duda de que me iba a dejar y de que no volvería. Regresé llorando a la casa. Las vecinas me preguntaron.

—¿Pero qué le pasa, Benita?

—Se fue mi marido y yo creo que ya no regresa.

—¿Pero por qué no?, si ni siquiera se pelearon.

—Sí, pero yo presiento que ya no vuelve.

—¿Por qué?

—Porque se llevó la máquina de escribir.

Al día siguiente en la oficina, le conté lo mismo a las compañeras.

—¿Pero por qué piensas eso? —me decían.

—No sé, pero estoy segura de que me engañó con un viaje falso. Si no, ahora verán.

Cogí el teléfono y llamé a su oficina...

Alguien lo llamó. Luego contestaron que no estaba, que había salido. Le pedí entonces a un compañero que llamara. Como era voz de hombre contestó. Yo cogí el aparato:

—¿Qué pasó? —le dije. —¿No que te habías ido de viaje?

—Pues nada… es que se me hizo noche y para no molestarte...

—¡Ay, desgraciado! ¡Nos arreglaremos luego!

Lo fui a esperar a la estación. Me invitó a comer, porque ya no quiso regresar a la casa.

—¿Qué pasó con tu ropa?

—La dejé en el Ferrocarril.

—¿Pero qué, no piensas volver a la casa?

—No, mira, no te había querido decir... pero nos vamos a separar.

—¡Eso yo ya lo sabía! ¡Igual que todos!

Aun cuando ya lo esperaba, sentí una impresión muy fea. Me dieron ganas de pegarle. Me estuve un momento pensativa. No comí nada pensando en la jugada tan fea que me había hecho. Me levanté para irme. Él me siguió:

—Espérate, me voy contigo.

—No te molestes.

Me alcanzó y me dijo:

—Mira, te voy a llevar la máquina de escribir; te la voy a dejar porque me doy cuenta de que la quieres más que a mí.

No le contesté nada. Seguí yo sola, con un nudo en la garganta...

Esa misma noche se presentó en la casa a poner todos los muebles a mi nombre. Le arreglé sus trajes tranquilamente. Le pregunté:

—¿Quién fue la mujer que te quitó de mi lado? ¿Es inteligente? ¿Es bonita?

—No hay nada de eso —me contestó.

El caso es que... este... que yo me di cuenta de que no pude quitarte el cariño de tu hija...

—¡Claro que no!

Mi hija, ahora me doy cuenta, era para él la representación de mi pasado y no quería que viviera con nosotros.

Discutimos todavía un rato sobre esto y cuando ya estuvo todo listo me dice:

—Bueno me voy, yo estaré al cuidado tuyo. Toma estos cincuenta pesos.

—¡No quiero nada! Yo trabajo y me basto sola.

—Tómalos —insistió—, para que te compres ropa o alguna cosa.

Me acordaba de que nunca tuve pasión por la ropa. Me decían mis amiguitas:

Viste bien, porque la mujer compuesta quita al hombre de la otra puerta. A pesar de que él me lo podía dar, yo no me compraba vestidos. Yo sabía que la mujer que viste no es para agradar al marido sino para que la admire todo el mundo. Por otra parte, comprendía que si yo gastaba su dinero en ropa, él no le daría dinero a su madre.

Él insistía en que tomara los cincuenta pesos. Yo sabía que serían los últimos que me daría. Entonces los cogí y los guardé.

Nos despedimos.

Supe que se había ido a Guadalajara. Yo hacía lo posible por resignarme, pero no podía. Yo achacaba el pleito a los golpecitos que habíamos tenido por la cuestión de la luz. Un día fui a ver a su mamá. Le dije:

—Señora, me voy a Guadalajara.

—¿Pero qué va a hacer, Benita?

—Pues tengo ganas de ver a mi marido.

—Mire, mejor no vaya... porque Humberto se portó muy mal con usted. Salió de su casa para casarse.

—¿Ah, sí?

La noticia me dejó atarantada. De pronto no supe qué decir. Me quedé pensativa, tratando de dominarme. Luego que me pasó la impresión, le dije:

—Con que casarse con otra, ¿eh?

Me entró una rabia y al mismo tiempo, como un alivio, al pensar que no valía la pena que yo siguiera sufriendo por ese hombre tan falso.

—Pues ahora ¡a engordar, a ponerme guapa y a pasear!

La señora estaba muy apenada, porque me quería mucho.

En realidad me dediqué a pasearme, a distraerme, a emborracharme y comer mucho para engordar. Me iba a Puebla, a Cuernavaca. Me gastaba hasta doscientos pesos en una parranda. Empecé a subir de peso. Cuando me dejó Humberto pesaba cuarenta y cuatro kilos. Luego bajé hasta treinta y cinco. Cuando supe que se había casado con la protestante comencé a engordar. Ahora peso cincuenta y cuatro kilos.

Tenía cuatro meses separada de Humberto y todavía no podía sentirme bien. Entonces resolví ir a buscar a un viejo amigo, al auditor que conocí en Tulancingo, el primero con quien viví en México. Averigüé que estaba en Queré-

taro. Fui a buscarlo. Lo encontré. Habían pasado quince años. Él no me conocía:

—¿Qué desea usted, señora? —me dijo.

—¿Pero es que no te acuerdas de mí? Soy Benita.

—¿Benita Galeana? ¡Qué barbaridad! Hicimos recuerdos: reanudamos la vieja amistad. Me contó que no era feliz con su mujer, que quería separarse de ella y unirse conmigo. Desde que lo conocí, hacía quince años, ya hablaba de divorciarse de su mujer.

—No, mira —le dije—, tú tienes hijos. Sigue con tu mujer. Yo regreso a México a seguir luchando.

Le conté que estaba escribiendo mi libro.

—No lo vayas a leer, por favor —le dije.

—Bueno, lo compraré para hacer el consumo, pero no lo leeré, te lo prometo.

Como en otros tiempos

El 6 de enero de 1940 me hallaba en el Seccional Cuatro del Partido. Me dice un camarada:

—Benita, tenemos que hacer unos mítines mañana, te esperamos aquí a las diez.

—Pero es que no puedo, es domingo y...

—Nada de domingo, tú te presentas aquí mañana.

Al día siguiente me presenté. Éramos como diez. Nos fuimos al mercado de San Lucas.

—Benita, tienes que hablar.

—Pero si hace más de cinco años que no me paro en una tribuna y ya no sé ni cómo andan las cosas.

—No importa, tú tienes que hablar.

—¿Bueno, de qué se trata?

—Pues es el 7 de enero, aniversario de la matanza de Río Blanco.

—Bueno, hablaré, pues.

Antes que yo habló otra compañera, maestra. Lo hizo muy mal. Luego hablé yo. Lo hice peor todavía. La gente del mercado no nos hizo caso. Nos fuimos a otro lado. Por el camino íbamos comentando, con unos compañeros refugiados:

—¡Caramba! —decían ellos—, al Partido le hacen falta oradores. Ahora nos explicamos que ande como anda, si no ha preparado gente que sepa interesar a las masas, planteando correctamente sus problemas.

Yo estaba de acuerdo con ellos, pero me sentí triste porque ya no podía yo hablar en público con la misma naturalidad que lo hacía antes.

Llegamos a la esquina de Claudio Bernardo. Allí hicimos otro mitin. Fue un desastre también. Muy poca gente. El público nos oía y se iba. Yo hablé de nuevo, pero esta vez fue peor. Se me olvidaban las cosas. Cuando se me iban las ideas, me golpeaba la frente con la mano, pero nada...

Llegamos al mercado Hidalgo. Yo me negué a hablar. Me daba vergüenza haber quedado tan mal. Los compañeros españoles estaban decepcionados de nosotros. Entonces subió a la tribuna (un huacal) una profesora de Oaxaca. Había mucha gente que estaba escuchando a un merolico, que tenía un muñeco con un altoparlante. La maestra se puso a hablar. Nadie le hacía caso. La gente estaba encantada con el muñeco que hablaba de una medicina muy buena para los dolores de muelas. Luego

empezó a chotear a la maestra, a sabotearla gritando más fuerte en el micrófono para que no se oyera a la oradora.

Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo el tío del muñeco, parece que me prendieron un cohete:

—¡Bájate! —le dije a la maestra. —¡Voy a hablar yo!

Me subí al huacal y grité con todas mis fuerzas:

—¡¡¡Camaradas!!!

Toda la gente, como movida por un resorte se volvió hacia donde yo estaba.

—En nombre de las mujeres del Partido Comunista vengo a protestar en contra de los hambreadores del pueblo... y por ahí seguí, tratando los problemas candentes de la carestía de la vida, de las miserias que pasan las gentes del pueblo, miserias que yo conozco tan bien. El público dejó al muñeco y se vino conmigo.

—¡Ahora sí nos fregaron, mano! —decía el muñeco.

Yo seguí hablándole a la gente de la necesidad de organizarse para luchar contra los acaparadores. Luego continué hablando del 7 de enero:

—Compañeros, ahora que celebramos el aniversario de la matanza de Río Frío...

—¡Río Blanco! —me dijo algún compañero.

Pero yo seguí adelante como si tal cosa.

El público estaba encantado conmigo:

—Debemos seguir el ejemplo de nuestros camaradas de Río Blanco que se echaron sobre las tiendas y las saquearon. ¿Están ustedes dispuestos a ir a saquear las tiendas de los ricos y tomar los artículos de primera necesidad, antes de dejar morir de hambre a sus hijos?

Todos me contestaron que sí estaban dispuestos.

Cuando bajé del huacal las gentes se me echaron encima para abrazarme. Una viejita del pueblo, me dijo:

—Gracias, señorita, que viene usted con los pobres a ayudarnos.

Otros me felicitaron, repitiéndome que estaban dispuestos a ir conmigo a la lucha.

Yo me sentí encantada. Me parecía que vivía los otros tiempos, cuando en plena lucha ilegal hacía yo mítines en todas partes y lograba arrastrar al pueblo; me sentía feliz como en los años en que el público en los mítines de barrio, gritaba: "¡Que hable la compañera de las trenzas!". Los camaradas me felicitaron. Los refugiados españoles decían:

—¡Coño! ¡Qué voz tiene esta mujer! ¡Qué manera de gritar y cómo dominó al público y al muñeco con su altoparlante! Si el Partido se hubiera preocupado por educar a esta mujer, tal vez tuvieran ahora una Pasionaria en México...

Yo estaba orgullosa, contenta de sentirme la Benita libre de otros tiempos, segura al contacto con las masas, dispuesta más que nunca a continuar luchando al lado de ellas por sus reivindicaciones inmediatas.

[1] El viejo se casó al año con Rosita, una amiga íntima mía. Cuando después de algún tiempo volví al pueblo, me encontré con que Rosita estaba muy grave, según se decía, de una patada en el pecho que le había dado el viejo. A los pocos días se murió. El viejo se volvió a casar con una sobrina mía, Carlotita, y al poco tiempo la dejó con una niña, y no la mató porque Carlota se fajó con él. Después lo dejó.

[2] Partido Nacional de la Revolución.

Benita Galeana

Nació el 10 de septiembre de 1903 en San Jerónimo de Juárez, México. Fue una escritora, sindicalista y activista mexicana, en pro de los derechos de las mujeres y los derechos de los trabajadores. Siendo joven militó en el Partido Comunista. Luchó por un estatuto jurídico y un seguro social para los trabajadores. Por sus actividades políticas fue detenida en 58 ocasiones. Padeció de una lesión de columna (durante muchos años usó un corsé de madera) a causa de malos tratos por parte de la policía. Fue precursora del feminismo socialista en México, participó en 1935 en la creación del Frente Único Pro-Derechos de la Mujer FUPDM. Tomó parte en el último mitin en la explanada de la Procuraduría General de la República para exigir libertad a las presas de Yanga, Cacalomacán Estado de México y D.F., acusadas de pertenecer al Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Fue fundadora del movimiento feminista socialista mexicano, y trabajó por el derecho al voto femenino, salas cunas, el derecho al aborto y el derecho al descanso materno. Falleció en la Ciudad de México, el 17 de abril de 1995.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

1. **Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
2. **El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
3. **Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
4. **Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
5. **Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
6. **San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
7. **La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
8. **Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
9. **Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
10. **La lucha contra los gringos: 1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
11. **Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
12. **Testimonios del 68.** Antología literaria.
13. **De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
14. **Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
15. **Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
16. **Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.
17. **La oveja negra,** de Armando Bartra.

18. El principio, de Francisco Pérez Arce.
19. Hijos del águila, de Gerardo de la Torre.
20. Morelos. El machete de la Nación, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
21. No hay virtud en el servilismo, de Juan Hernández Luna.
22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español, de Paco Ignacio Taibo I.
23. Con el puño en alto, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
23. El viento me pertenece un poco (poemario), de Enrique González Rojo.
24. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial, de Luis Hernández Navarro.
25. Las dos muertes de Juan Escudero, de Paco Ignacio Taibo II.
26. Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía. Varios autores.
27. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México. Antología literaria.
28. De los cuates pa' la raza 2. Antología literaria.
29. El exilio rojo. Antología literaria.
30. Siembra de concreto, cosecha de ira, de Luis Hernández Navarro.
31. El Retorno, de Roberto Rico Ramírez.

32. Irapuato mi amor, de Paco Ignacio Taibo II.
33. López Obrador: los comienzos, de Paco Ignacio Taibo II.
34. Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto, de Emilio Carballido.
35. Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20, de Mario Gill.
36. ¿Por qué votar por AMLO?, de Guillermo Zamora.
37. El desafuero: la gran ignominia, de Héctor Díaz Polanco.
38. Las muertes de Aurora, de Gerardo de la Torre.
39. Si Villa viviera con López anduviera, de Paco Ignacio Taibo II.
40. Emiliano y Pancho, de Pedro Salmerón.
41. La chispa, de Pedro Moctezuma.
42. Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc. Antología literaria.
43. El bardo y el bandolero, de Jacinto Barrera Bassols.
44. Historia de una huelga, de Francisco Pérez Arce.
45. Hablar en tiempos oscuros, de Bertold Brecht.
46. Fraude 2012. Antología varios autores.
47. Inquilinos del DF, de Paco Ignacio Taibo II.
48. Folleto contra la Reforma Laboral, de Jorge Fernández Souza.
49. México indómito, de Fabrizio Mejía Madrid.

50. 68: Gesta, fiesta y protesta, de Humberto Musacchio.

51. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antolgía de poesía para resistentes. Varios autores.

52. 1968. El mayo de la revolución, de Armando Bartra.

53. 3 años leyendo en libertad. Antología literaria.

54. El viejo y el horno, de Eduardo Heras León.

55. El mundo en los ojos de un ciego, de Paco Ignacio Taibo II.

56. Más libros, más libres, de Huidobro (no descargable).

57. No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial), de Luis Hérnandez Navarro.

59. Sin novedad en el frente, de Erich Maria Remarque.

60. Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida, de Jorge Belarmino Fernández.

61. Los brazos de Morelos, de Francisco González.

62. La revolución de los pintos, de Jorge Belarmino Fernández.

63. Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas, de Guillermo Cabrera Álvarez.

64. En recuerdo de Nezahualcóyotl, de Marco Antonio Campos.

65. Piedras rodantes, de Jorge F. Hernández.

66. Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX), de José C. Valadés.

67. El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano, de Martí Batres.
68. Rebeliones, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
69. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013. Antología literaria.
70. Un transporte de aventuras. **El Metro a través de la mirada de los niños.** Antología.
71. Padrecito Stalin no vuelvas. Antología.
72. En un descuido de lo imposible, de Enrique González Rojo.
73. Tierra Negra. Cómic (no descargable).
74. Memorias Chilenas 1973, de Marc Cooper.
75. Ese cáncer que llamamos crimen organizado. Antología de relatos sobre el narcotráfico. Varios autores.
76. Lázaro Cárdenas: el poder moral, de José C. Valadés.
77. Canek, de Ermilo Abreu.
78. La línea dura, de Gerardo de la Torre.
79. San Isidro futbol, de Pino Cacucci.
80. Niña Mar, de Francisco Haghenbeck y Tony Sandoval.
81. Otras historias. Antología.
82. Tierra de Coyote. Antología.
83. El muro y el machete, de Paco Ignacio Taibo II.
84. Antología Literaria 2da feria en Neza. Varios autores.
85. Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana, de Pedro Salmerón.

86. Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX, de Paco Ignacio Taibo II.
87. Topolobampo, de José C. Valadés.
89. De golpe. Antología.
90. Sobre la luz. Poesía militante, de Óscar de Pablo.
91. Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas, de Luis Hernández Navarro.
92. Teresa Urrea. La Santa de Cabora, de Mario Gill.
93. Memorias de Zapatilla, de Guillermo Prieto.
94. Práxedis Guerrero y la otra Revolución posible, de Jesús Vargas Valdés.
95. La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza, de Patricia Galeana.
96. Espartaco, de Howard Fast.
97. Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 1). Antología literaria.
98. Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 2). Antología literaria.
99. Los hombres de Panfílov, de Alejandro Bek.
100. Diez días que conmovieron al mundo, de John Reed.
101. Viethan heroica. Varios autores.
102. Operación masacre, de Rodolfo Walsh (no descargable).
103. Cananea, de Arturo Cano.
104. Guerrero bronco, de Armando Bartra.

105. Misterios de seis a doce, de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
106. La descendencia del mayor Julio Novoa, de Gerardo de la Torre.
107. Otras miradas. Varios autores.
108. Relatos de impunidad, de Lorena Amkie.
109. No sabe a mermelada, de Carlos Imaz.
110. Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México 1964-1965, de Ricardo Pozas Horcasitas.
111. Ciudad Cenzontle, de José Alfonso Suárez del Real.
112. Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México. Varios autores.
113. Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo, de los Hermanos Cerezo.
114. El pueblo es inmortal, de Vassili Grossman.
115. Dos historias, de Horacio Altuna (no descargable)
116. Tierra negra 2. Cómic (no descargable).
117. El estilo Holtz, de Paco Ignacio Taibo II.
118. Julio César Mondragón. Varios autores.
119. Abrapalabra, de Luis Britto.
120. Los 43 de Ayotzinapa, de Federico Mastrogiovanni.
121. Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica, de Armando Bartra.
122. Asesinato en la Cuesta de los millonarios, de Gisbert Haefs.
123. Terraza Marlowe, de Bruno Arpaia.

124. Juárez. La rebelión interminable, de Pedro Salmerón.
125. La gran marcha. **Reminiscencias.** Varios autores.
126. Taxco en lucha, de Aarón Álvarez.
127. El capitán sangrefría, de Óscar de Pablo.
128. Norman Bethune, de Eduardo Monteverde.
129. El poeta cautivo, de Alfonso Mateo-Sagasta.
130. El hombre de la leica, de Fermín Goñi.
131. La balada de Chicago, de Hans Magnus Enzensberger.
132. DFendiendo derechos y libertades de los y las capitalinas, de José Alfonso Suárez del Real.
133. Las ratas invaden la escena del cuadrúple crimen, de Javier Sinay.
134. La marca del Zorro, de Sergio Ramírez.
135. ¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?
136. La novena ola magisterial, de Luis H. Navarro.
137. Banana Gold, de Carleton Beals.
138. Libertad es osadía, de Leonel Manzano.
139. La jungla, de Upton Sinclair.
140. La huelga que vivimos, de Francisco P. Arce.
141. Un dólar al día, de Giovanni Porzio.
142. Queremos todo, de Nanni Balestrini.
143. Pinturas de guerra, de Ángel de la Calle.
144. La cara oculta del Vaticano, de Sanjuana Martínez.
145. Milpas de la ira, de Armando Bartra.
146. Una latinoamericana forma de morir. Varios autores.
147. Una antología levemente odiosa, de Roque Dalton.

148. Pesadilla de último momento, de Aarón Álvarez.
149. CEU, de Martí Batres.
150. Un corresponsal de guerra mexicano, de Guillermo Zamora.
151. Herón Proal, de Paco Ignacio Taibo II.
152. Manifiesto comunista, de Enrique González Rojo.
153. Más REVUELTAS. Cinco aproximaciones a la vida de Pepe. Varios autores.
154. Lo que no fue, de Kike Ferrari.
155. Damas del tiempo, de Pedro Miguel.
156. Mis gloriosos hermanos, de Howard Fast.
157. Iván, de Vladimir Bogomolov.
158. Antología cuentos, de Raúl Argemí.
159. Benita, de Benita Galeana.
160. Antología de cuentos, de Juan Miguel Aguilera y Luis Britto.
161. La ciudad, la otra de Raúl Bautista González, Súper Barrio.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

@BRIGADACULTURAL

Este libro se editó la Ciudad de México
en el mes de junio del año 2017.

Todos los derechos reservados.